



Una proposición en
NAVIDAD

JANA WESTWOOD

UNA PROPOSICIÓN EN NAVIDAD

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Fragmento de: Tu voz bajo la lluvia

UNA PROPOSICIÓN EN NAVIDAD

Jana Westwood



Créditos

© Jana Westwood

Edición de noviembre de 2021

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Esta novela fue anteriormente publicada bajo el pseudónimo de Kate Dawson. Kate Dawson y Jana Westwood son la misma autora.



Capítulo 1

La tímida rebelión de Jane Bradford consistió en sacar el brazo de debajo de las mantas para ponerlo decidida sobre el botón del despertador. Nada de asegurarse de que volvería a sonar en cinco minutos. Apagado. Se dio la vuelta dispuesta a seguir durmiendo, pero su cerebro ya había encendido las luces y empezaba a desperezarse sin que ella pudiese evitarlo. «Tenemos mucho trabajo, Jane», escuchó en su cabeza y la envolvió con la almohada como si con ello pudiese evitar que sus ondas cerebrales siguieran comunicándose entre ellas.

Después de unos minutos de resistencia se sentó en la cama aún con los ojos cerrados. No podía ni imaginarse lo que sería poder vivir sin trabajar. ¿Por qué ese privilegio estaba solo destinado a unos pocos afortunados? Debería ser algo rotativo y que todo el mundo pudiese disfrutarlo al menos durante un año de su vida.

Miró hacia la ventana, la nieve ya había hecho acto de presencia para anunciar que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Se

dejó caer en la almohada y bufó, irritada. ¡Cómo odiaba la Navidad! Toda esa parafernalia excesiva y cargante. La gente, eufórica, comprando sin parar... Lo único que no le desagradaba de esas fechas era la alegría sincera de los niños. Su excitación ante la llegada de Santa Klaus.

Sonrió orgullosa, ella era una de las ayudantes de ese gordo barbudo y eso era algo que la hacía feliz. Era diseñadora de juguetes y se tomaba su trabajo muy en serio. Los juguetes que ella había creado se vendían en todo el mundo. Eran divertidos, seguros y educativos, pero ningún niño era consciente de estar aprendiendo nada. Simplemente ocurría.

Con aquellos pensamientos ya tuvo la energía suficiente para levantarse de la cama y arrastrarse hasta la cocina para prepararse el café. Cogió una de las mantas y se envolvió con ella. Odiaba las batas, le recordaban a una época que prefería olvidar.

Con una taza humeante en las manos se sentó frente a la ventana de la cocina y se distrajo viendo caer la nieve. Vivía en Manhattan desde hacía cinco años, desde que aceptó aquel trabajo

en Jangnangam Haengseong que ganó en un concurso de Internet. Cuando envió sus diseños a la empresa surcoreana no imaginaba lo mucho que cambiaría su vida. Pedían diseños de juguetes para niños del siglo XXI. Hablaban de innovación y sostenibilidad, pero ella solo pensó en los niños y en que debían divertirse. Contra todo pronóstico ganó el concurso una joven de Growville, Ohio, recién salida de la universidad, sin experiencia y con muchos pájaros en la cabeza. El premio consistía en un contrato para trabajar en la sucursal que la importante empresa coreana, cuyas creaciones habían copado el mercado mundial del juguete en los últimos años, acababa de abrir en La Gran Manzana.

Jane miró el reloj y apuró su café despejando su cabeza de todos aquellos pensamientos. Ya habían pasado cinco años desde entonces y se preguntó cuántas Navidades más iba a repasar aquellos intrincados días en los que su vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Fregó la taza y la dejó sobre el escurridor para ir a arreglarse. Se duchó y después se maquilló sobriamente. Secó su media melena y

le dio la forma deseada. Ya solo le quedaba vestirse. Le hubiera gustado ponerse unos vaqueros y una blusa, pero la empresa seguía unos estrictos cánones de elegancia. Abrió las puertas de su armario y un combinado de grises, negros y blancos junto a la gama de pasteles inundó su campo de visión. Recibía un suplemento a su sueldo únicamente para ropa. No querían que sus empleados escatimaran en ese ámbito y por ello se encargaban de subvencionarles el vestuario en una tienda de calidad del centro de Manhattan.

Escogió una falda negra y una blusa color crema con un lazo que caía sobre el pecho. Lo acompañaría con una chaqueta con estampado de serpiente y unos zapatos de medio tacón con el mismo motivo. Se miró al espejo para comprobar que tenía el aspecto buscado y asintió satisfecha.

Abrió el sencillo joyero y se colocó las mismas joyas que utilizaba todos los días. Unos pequeños pendientes de oro, una fina cadena del mismo material y un antiguo reloj, propiedad de su abuela, al

que había que darle cuerda. Se aseguró de que tenía la hora correcta y giró la ruedecilla hasta el tope con suavidad.

Salió de casa y dio dos vueltas a la llave, no quería sorpresas cuando regresara. No tenía amigos, pero se llevaba bien con todo el mundo. La vecina de enfrente salía a la misma hora que ella y la saludó con simpatía. Bajaron juntas en el ascensor hablando de trivialidades y se despidieron en la calle con una sonrisa. Para Jane era agradable esa clase de trato, no requería ningún esfuerzo ni exigía ningún tipo de sacrificio como sí ocurría con las amistades o la familia. Sonrió satisfecha, le gustaba su vida. Sin complicaciones.



Caminaba hacia su despacho cuando la interceptaron Walter y Caroline.

—¿Te has enterado? —preguntó la chica de administración.

—Buenos días —dijo ella con una sonrisa—. ¿Si me he enterado de qué?

—Lee Seo Joon llega hoy a la empresa —anunció Walter, el vigilante de día, orgulloso de ser el que se lo contase en primer lugar. Si había algo que le gustaba a Walter, era un buen cotilleo.

Jane frunció el ceño sorprendida.

—¿El hijo del presidente ha viajado desde Corea?

Sus dos compañeros asintieron a la vez. En ese momento el director apareció en el pasillo y le hizo un gesto a Jane para que lo siguiera a su despacho. Walter y Caroline volvieron rápidamente a sus lugares de trabajo.

—Siéntate —pidió Luke Maddoc señalando la silla al otro lado de su mesa y ocupando su sitio frente al escritorio—. Supongo que ya te han dado la noticia.

Luke Maddoc era un hombre corpulento, muy amigo de los pasteles de chocolate y la cerveza bien fría. Tenía cierta simpatía particular que le hacía reírse de sus propios chistes y Jane siempre se había llevado bien con él, a pesar de su falta de sensibilidad.

—¿Por qué viene el hijo del señor Lee? ¿Ocurre algo malo? —preguntó preocupada.

—No lo sé. No he conseguido que me digan el motivo de su visita y reconozco que no me llega la camisa al cuerpo. Las ventas no han decaído, el proyecto en el que has trabajado está siendo un completo éxito y es nuestra gama de producto más rentable.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó con temor—. ¿Que cuando Lee Seo Joon visita una sucursal es para cerrarla?

Maddoc giró su silla hacia la ventana y juntó las manos pensativo. Jane esperó hasta que quisiera responderle. Su jefe suspiró y dejó salir el aire que se había acumulado en sus pulmones.

—Esperemos que en esta ocasión tenga otros motivos para visitarnos. Lo cierto es que jamás ha estado aquí, así que no puedo hablar con conocimiento de causa.

—Debemos prepararnos —dijo Jane pensando rápido—. Advertir a los diferentes equipos para que puedan preparar presentaciones de sus proyectos. Y que el equipo de logística nos provea de ejemplares de todos ellos.

—¿Como una exposición?

Jane asintió.

—Sí, a los coreanos les gustan esas cosas —aseguró, convencida.

—¿Qué sabes tú de lo que les gusta a los coreanos? ¿Conoces a alguno acaso? —preguntó su jefe sorprendido.

Jane sonrió con timidez, no iba a decirle que era una adicta a los *doramas* surcoreanos.

—Bueno, son cosas que dice la gente...

—Pues menuda ayuda. —Maddoc se llevó la mano a la boca y golpeó suavemente con la uña del pulgar sobre sus dientes, como hacía siempre que algo lo ponía nervioso—. Pero tampoco tenemos mucho más qué hacer, así que... Adelante, organízalo todo, te pongo al mando de esta recepción.

Jane se levantó y se dirigió a la puerta, tenía mucho trabajo que hacer.

—Solo falta una semana para Navidad —habló para sí mismo—. Podría haber escogido otro momento.

Ella salió sin decir nada e inmediatamente convocó a los jefes de proyecto para explicarles la situación. Se esforzó mucho en hablar

ella para no permitir que los pesimistas comentarios de sus compañeros creasen un clima de desánimo y consiguió lo que se proponía.

—Tenemos un día para organizarlo todo —terminó—. Lee Seo Joon estará aquí mañana por la mañana.

Todo el mundo se puso manos a la obra para que sus proyectos tuviesen el mejor escaparate posible. Todos querían deslumbrar al hijo del presidente.



Jane colocó las verduras en su plato y lo depositó en la bandeja que luego llevó hasta la mesita de centro frente al sofá. Ya tenía preparado el capítulo de la serie que estaba viendo en ese momento. Se aseguró de tener la manta al alcance de la mano y la caja de pañuelos sobre la mesa por si fuese necesario. Era su plan para cada noche en esas fechas desde que descubrió por casualidad las series coreanas aquella Nochebuena. Cogió una

zanahoria de su plato y se recostó en el sofá, pensativa, recordando aquel momento mientras contemplaba el angelical rostro de la actriz congelado en la pantalla de su televisor.

Era extraño cómo sucedían las cosas a veces. En aquel momento su vida se había hecho pedazos y su corazón apenas titilaba como las lágrimas que se resistían a caer de sus ojos. Era tanto el dolor que sentía que apenas podía exteriorizarlo, como si temiese que si lo dejaba salir acabase por arrasar el pueblo entero con todos sus habitantes.

Después del desastre familiar salió de casa sin rumbo. Caminó sin saber a dónde la llevaban sus pasos y se vio en la avenida principal, que estaba iluminada como si de un centro comercial se tratase. La gente de Growville celebraba la Nochebuena en familia y prácticamente todos los locales estaban cerrados. Se sintió perdida hasta que se cruzó en su camino aquel hombre disfrazado de Papá Noel que hacía sonar una campana. Él fue quien le señaló la taberna de los Nam diciéndole que preparaban una sopa deliciosa. No conocía aquel bar, pero aquella noche no había mucho dónde

elegir y se moría de frío. Así que hizo caso al consejo de Papá Noel y cruzó la calle desierta para resguardarse en el mesón del matrimonio coreano.

Cogió otra zanahoria de su plato mientras seguía con la mirada fija en la actriz surcoreana. La señora Nam se parecía a ella, a pesar de sus canas conservaba intacta la belleza de su juventud. Su marido era un hombre sensible y callado que la trataba con delicadeza y cuidado. Recibieron a Jane con una sonrisa y le dijeron que se acercara a la estufa encendida. No había nadie más en el local y ellos estaban tranquilamente sentados delante de la pantalla del televisor. Le pusieron un cuenco de sopa hirviendo delante y le hablaron de la serie que estaban viendo: *Sinfonía silenciosa*. Le contaron brevemente de qué trataba la historia. Min Ho era un célebre pianista de treinta y cuatro años, muy rico y que había viajado por todo el mundo. Conocía a Jin, una joven que sufría una enfermedad incurable que no le permitiría cumplir un año más. Jang se enamoraba de ella y durante tres meses intentaba conquistarla, pero ella se negaba a dejarlo entrar en su corazón a sabiendas de

que iba a morir. Finalmente, caía rendida ante la evidencia, él era su gran amor y, aunque solo pudiera disfrutar de la felicidad unos pocos meses, valdría la pena. Jang empezaba a componer una sinfonía para ella y la terminaba el día en que Jin moría. Los Nam pusieron los subtítulos para que Jane pudiese ver ese último capítulo con ellos y enterarse de algo. Extrañamente quedó atrapada por la autenticidad de los desgarradores sentimientos del personaje masculino, que atravesaba la pantalla con sus ojos brillantes y su sonrisa triste.

Se pasó dos horas en aquel bar con el matrimonio coreano. Comió *kimchi*, cuyo ingrediente principal era col fermentada, y *ssiat hotteok*, unos deliciosos bollos hechos con harina de arroz. Aprendió lo que era un *dorama* coreano y escuchó de boca de la señora Nam que el ideal masculino de las coreanas no se parecía en nada al de las mujeres occidentales. A ellas les gustan los hombres delicados y buenos, con profundos sentimientos, que se preocupasen por ellas, más que esos hombres rudos y musculosos por los que suspiraban las occidentales.

Jane sonrió con cinismo al recordar sus palabras. La mujer tenía razón, ella misma se había enamorado de Derek porque era muy masculino, con desarrollados músculos y la clásica actitud chulesca del chico más popular del instituto.

Fueron los Nam los que le enseñaron el anuncio del concurso que organizaba la empresa surcoreana de juguetes y quienes la animaron a presentar sus diseños. Ella les habló de sus ideas e incluso les enseñó algunos dibujos que llevaba fotografiados en su móvil.

Se preguntó qué habría sido de ellos. Aunque no volvió a verlos, muchas veces se había obligado a recordar algo que le había dicho la señora Nam respecto a juzgar los actos de los demás: antes de juzgar a una persona hay que caminar un kilómetro dentro de sus zapatos. Aquella época fue la más difícil y triste de su vida y le resultó muy difícil seguir aquel precepto. No podía evitar juzgar a su hermana. A Derek. A sus padres.

Estaba a punto de darle al *play* cuando la pantalla de su móvil se encendió y vibró encima de la mesita.

—Abuelo —dijo al descolgar.

—Hola, Jane. ¿Te llamo en mal momento?

—Claro que no. —Soltó el mando de la tele y se recostó en el sofá—. ¿Ocurre algo?

—Tienes que venir estas Navidades.

—Abuelo, ya sabes que no...

—Serán las últimas para mí y quiero ver a mi querida nieta.



Capítulo 2

—Debéis estar tranquilos —decía el director en medio de la sala en la que se habían congregado todos—. Hemos hecho un gran esfuerzo y el señor Lee sabrá reconocerlo. Ahora será mejor volver al trabajo para que cuando llegue se encuentre con una total normalidad.

Jane se dirigió a su mesa de trabajo dispuesta a continuar el diseño que había empezado para la próxima temporada.

—Jane —la llamó Caroline acercándose con una enorme sonrisa—. Mi hermana me ha pedido que te dé las gracias por haber apartado uno de tus juguetes para Henry. Está segura de que será el regalo estrella de Papá Noel este año.

Jane sonrió con simpatía.

—Por suerte me avisaste a tiempo de que estaba en su lista.

Se disponía a marcharse cuando Caroline la detuvo de nuevo.

—Me ha dicho que te invite a cenar en Nochebuena —dijo la secretaria rápidamente—. Me preguntó si tenías familia en Nueva

York y le dije que creía que no. Como nunca hablas de ello...

Jane se ruborizó ligeramente.

—Dile a tu hermana que le agradezco mucho el gesto, pero no me gusta nada la Navidad y no la celebro. Aun así, ha sido un bonito detalle por su parte.

—Se lo dije —murmuró Caroline y al ver que ella la miraba desconcertada siguió hablando—: Hace cinco años que nos conocemos y, aunque no es fácil saber nada de tu vida, está claro que no te gusta la Navidad. Nunca compras regalos ni parece recibirlos. Nunca te quejas de lo pesados que son tus parientes a pesar de que todos regresamos con la misma canción, despotricando de cuñados, tíos, primos o hermanos.

—Eres muy observadora —dijo, sorprendida.

Caroline se encogió de hombros.

—Espero no haberte molestado. Yo soy muy navideña, me gusta todo de la Navidad. Los regalos, la comida, las reuniones, las luces... ¡Me encanta hacer galletas de jengibre! Y el chocolate caliente con nubes que prepara mi madre. Me encantan los jerséis

con motivos navideños y ver los calcetines colgados de la chimenea. Lo reconozco, soy una friki de la Navidad y por eso me di cuenta enseguida de que a ti no te gustaba nada de nada. No hace falta tener un sexto sentido.

—Ya veo. —No sabía qué decir.

—¿Te puedo preguntar algo?

Jane hubiera querido responder que no, pero no quería cargarse su buena imagen de un plumazo por algo tan insignificante. Asintió sin mucho entusiasmo.

—¿Qué harás en Nochebuena? No quiero imaginarme cosas tristes mientras pienso en ti porque eso no me dejará disfrutar esa noche.

—Pues... —Pensó qué decir y al final optó por ser sincera—. Voy a ir a casa.

—¿A casa?

—A Growville. Anoche me llamó mi abuelo y no pude decirle que no.

—¡Qué bien! —exclamó Caroline como si aquel fuese un motivo de alegría—. Entonces pasarás una Navidad en familia, como debe ser. Me alegro muchísimo.

Jane hubiese querido decirle que preferiría pasarlas en el hospital con un dolor de riñón, pero se contuvo.

—Gracias, Caroline. —Miró a su alrededor para confirmar que todo el mundo estaba trabajando en sus cosas y no les prestaban atención—. Y ahora volvamos al trabajo, hay mucho que hacer.

Caroline asintió y dejó que se marchara con una expresión de satisfacción en su rostro.

Cuando estuvo en su despacho se apoyó en la puerta, haciendo ejercicios de respiración. La sola idea de volver a casa alteraba todos sus biorritmos, fuesen los que fuesen. No podía pensar en eso en aquel momento, tenía que estar centrada para la visita del empresario coreano. ¿Por qué tenía que llamar su abuelo precisamente en ese instante? Podía haber esperado un día, al menos.

Se sintió mal. ¿Cómo podía reaccionar así después de saber que la única persona de su familia con la que tenía un estrecho vínculo iba a morir en breve? Caminó hasta su taburete de trabajo frente a la mesa de dibujo y se sentó. Apartó las escuadras y cartabones y acarició el plano desplegado. Su abuelo estaba orgulloso de ella, le dijo. «Sé lo mucho que has trabajado, sigo tus logros, hija». Él había sido arquitecto y, de algún modo, le había transmitido la semilla de la creación, aunque nada tuvieran que ver los juguetes que ella diseñaba con las casas que su abuelo construyó. Desde luego, lo que ella hacía se parecía mucho más que la abogacía a la que se habían dedicado su único hijo y su perfecta nieta mayor.

¿Por qué no había llorado? Escuchó su narración de los hechos y la sentencia que habían emitido los médicos: «No hay nada que hacer. De uno a seis meses». En cierta manera ella ya se había despedido de todos ellos cinco años atrás. No tenía pensado regresar jamás. Quizá era por eso por lo que no había llorado. O quizá estaba tan seca por dentro que solo podía llorar viendo esas series lacrimógenas que tanto le gustaban.



Lee Seo Joon era un hombre seguro de sí mismo, con mucha experiencia en su trabajo y un dominio natural para las relaciones sociales. Había llegado esa mañana y se había ido directamente al hotel para dejar su equipaje y cambiarse de ropa. Comió en el restaurante del establecimiento y después de hacer algunas llamadas se dirigió a Jangnangam Haengseong. Se había vestido de manera informal: pantalón negro, camisa gris perla y encima un abrigo corto de paño. En los pies zapatillas de deporte, también grises. Llegó solo y sin anunciarse y se dirigió a Walter, el vigilante que ni se imaginó que aquel joven que parecía un modelo fuese el hijo del dueño del gigante coreano.

—Buenas tardes, vengo a ver a la señorita Jane Bradford —pidió en un perfecto inglés.

Walter lo miró de arriba abajo sin disimulo. Así que era amigo de Jane. ¿De qué conocería esa muchacha a un modelo chino? Porque

Walter no era capaz de diferenciar entre chino, coreano o japonés.

Todos le parecían iguales.

Descolgó el teléfono interior para llamar a Jane.

—¿Quién le digo que viene a verla?

—Lee Seo Joon —respondió con tranquilidad.

Walter dio un respingo y colgó el teléfono.

—¿Lee Seo Joon? —¡Mierda!, pensó. ¡Ya la he cagado!—.

Entonces a quien usted quiere ver es al señor Maddoc, el director general...

Lee Seo Joon sonrió divertido.

—Estoy bastante seguro de a quién he venido a ver y le aseguro que es la señorita Bradford.

Walter se dio cuenta de que estaba reteniendo al hijo del presidente de la compañía en la entrada. No lo despidieron cuando confundió a la esposa de un conocido senador con la mujer de la limpieza, pero de esta no se salvaba.

—Discúlpeme por hacerle esperar. Lo llevaré con la señorita Bradford inmediatamente.

El vigilante lo escoltó hasta la zona de trabajo de Jane y le abrió la puerta para que entrase.

—Jane, el señor Lee Seo Joon quiere verte.

La diseñadora se volvió sorprendida y casi se cae del taburete al ver al hombre que acababa de entrar en su despacho. Tenía ante sí al mismísimo Min Ho resucitado. Parpadeó varias veces, segura de que se confundía. Pero una vez aclarada su visión siguió pensando que Lee Seo Joon era la viva imagen del actor protagonista de *Sinfonía silenciosa*, su serie coreana favorita.

Puso los pies en el suelo con cierta torpeza y se estiró la ropa como si estuviese ante su madre el día de Acción de Gracias.

—¿Señor Lee? —preguntó incrédula—. ¿Es usted el señor Lee Seo Joon?

—Eso pone en mis documentos, sí —dijo él con una ligera sonrisa. Después se volvió a Walter—. Gracias, Walter. Y, por favor, no vaya corriendo a avisar al director Maddoc. Después de mi conversación con la señorita Bradford iré a saludarlo. Y advierta al

resto de trabajadores que no vengo a hacer una auditoría de la empresa, estoy aquí por motivos personales.

¿Personales? Walter miró a Jane entornando los ojos, ella no había mencionado en ningún momento que se conocieran de nada. La diseñadora le hizo un ligero gesto con al mano para se marchara, consciente de lo incómoda que era la situación. Cuando el vigilante cerró la puerta el visitante sonrió al ver que Jane recuperaba la compostura.

—¿Quiere sentarse? —preguntó ella con un ligero temblor en la voz sin dejar de mirarlo con incredulidad.

Dicen que todos tenemos un doble en alguna parte, pero ¿de verdad tenía ante sí al mismísimo Min Ho? Ajeno al torbellino de sus pensamientos, el hijo del dueño de la empresa se quitó el abrigo, lo dejó en el perchero y tomó asiento después de ella.

—¿Quiere que le traigan algo? ¿Té, café...?

—No es necesario que me agasajes. ¿Podemos tutearnos? —preguntó después de haberlo hecho—. Sé que su cultura no es proclive a estos formulismos.

—Preferiría no hacerlo —lo contradijo—. Es usted el hijo del presidente de la corporación y no me sentiría cómoda tuteándolo.

—Está bien —cedió él—. Se preguntará por qué estoy aquí. Hace unos días recibí una propuesta de mi departamento de proyectos.

Jane frunció el ceño. No era posible que el hijo del presidente Lee hubiese viajado a Estados Unidos solo por eso.

—Veo que ya empiezan a aclararse sus ideas.

—¿Ha venido porque rechacé la oferta?

—Lo cierto es que no me esperaba un rechazo. Estoy seguro de que he sido muy generoso...

—¡Oh, sí! La oferta era excelente. No solo por el sueldo, también por el proyecto en sí y las posibilidades que ofrece. Adaptar la filosofía de mis diseños a juguetes para niños discapacitados me parece una idea maravillosa. Pero ya le dije en mi *mail* que no puedo trasladarme a Corea del Sur. Le comenté que estaría encantada de trabajar en ello siempre que lo hiciese desde aquí. No me parece necesario para...

—¿No puede ausentarse por un año? —la interrumpió—. ¿Qué hay aquí que la ate de ese modo? Me informé antes de hacerle la propuesta y, por lo que sé, no tiene ningún... compromiso personal.

Aquel comentario le pareció de muy mal gusto. No era necesario que le recordase que estaba más sola que la mantequilla sin pan. ¿Es que una no puede querer quedarse en su país, aunque esté sola? ¿Y qué significaba eso de que «se había informado»?

—Señorita Bradford, espero que disculpe mi indiscreción, pero tengo un interés muy personal en este proyecto y que esté aquí es prueba de ello. Pienso insistir de un modo muy... persuasivo.

Jane frunció el ceño al ver que su mirada se tornaba acerada. ¿Iba a despedirla si no aceptaba?

—Le reitero que me encanta la idea —dijo ella con evidente nerviosismo—. Pero ¿por qué cree que no puedo llevarla a cabo desde aquí? ¿Qué hay en Corea que no pueda conseguir en Nueva York? Solo necesito tener claras las carencias de esos niños para poder adecuar mis creaciones a sus perfiles.

—Quiero que adapte todas sus creaciones a una persona en concreto —dijo tajante—. Y esa persona está en Corea del Sur.

Jane lo miró confusa.

—No lo entiendo. ¿Quiere que rehaga toda mi colección de juguetes para un solo niño?

—Se trata de mi hijo, Hyun. Tiene diez años y es todo un personaje —sonrió con enorme cariño y la dureza de su mirada se derritió por completo—. Nació con un retraso cognitivo, su edad mental es de seis años, pero lo suple con una personalidad arrolladora. Es alegre y tremendamente divertido. Siempre dice lo que piensa y le encanta aprender cosas. Le encantan sus juguetes, pero nunca ha podido sacarles todo el partido que tienen. Los que crea para niños pequeños son demasiado fáciles y los de su edad son demasiado complicados para él. Y esa es la etapa en la que quiero que trabajemos. Quiero que los adapte. Todos. Quiero que pueda disfrutar de ellos y aprender en su medida. Pero para ello debe conocerlo, debe interactuar con él, saber cuáles son sus

carencias y sus fortalezas. No sirve que yo le haga una descripción, tiene que verlo con sus propios ojos, señorita Bradford.

Jane se sintió incómoda. No se esperaba algo tan personal. Ya se sabe, si te acercas demasiado es muy fácil que acabes recibiendo un puntapié y eso se temía. El proyecto era enriquecedor y le ponía el listón muy alto. Ya era difícil convencer a los niños, eran clientes exigentes y muy listos a los que no se les podía engañar. No estaba segura de estar a la altura de lo que Lee Seo Joon le pedía.

—Me parece una idea maravillosa —dijo con timidez—, pero...

—No me responda ahora —la interrumpió—. Cene conmigo esta noche. No me ha acompañado nadie en este viaje y es muy aburrido cenar solo. Charlaremos sobre el asunto y encontraremos el modo de que pueda realizarse. Creo que en el fondo quiere decirme que sí, pero necesita tiempo para asimilarlo.

Era cierto, quería ayudarlo, ayudar a ese niño al que le gustaban sus juguetes, aunque no pudiera disfrutar plenamente de ellos. Quizá pudiera convencerlo de hacerlo desde allí. Asintió lentamente.

—Bien —dijo Seo Joon sonriendo ante su buena disposición—. Iré a ver al director Maddoc y le dejaré que me enseñe las instalaciones y se explaye todo lo que quiera. Así haré tiempo para que usted acabe su jornada de trabajo.

—Puede invitarle a él también si...

—No —sentenció, rotundo—. Este es un asunto demasiado personal para que interfiera nadie. Solo usted y yo.

—De acuerdo.

Seo Joon le tendió la mano para que la estrechara y Jane lo hizo con firmeza.



Caroline entró en su despacho en cuanto se quedó sola y la miró interrogadora.

—¿Va a cerrarnos?

Jane sonrió para tranquilizarla.

—No, no es nada de eso —dijo la vuelta a su mesa y se sentó dispuesta a seguir trabajando.

La administrativa se acercó con la mano en el pecho como si pretendiera calmar a su corazón con aquel gesto.

—¿De verdad? ¡Dios!. Ya me veía anunciando el día de Navidad que estaba sin trabajo.

—Pues, tranquila, no está aquí para eso. Es por otro motivo.

La administrativa esperó a que continuara y Jane suspiró con evidente incomodidad.

—No puedo hablar de ello. Son razones personales.

—¿Razones personales? ¿Contigo?

—No, razones tuyas. Personales. Que le incumben a él.

Caroline frunció el ceño.

—¿Y si le incumben a él para qué ha venido a hablar contigo?

—Bueno es algo de trabajo, pero no tiene nada que ver con esta empresa.

—No entiendo nada, Jane. Puedes ser directa y decirme que me meta en mis asuntos, lo entenderé.

—No es eso, pero no puedo hablar de ello... es cosa suya.

La administrativa asintió, aunque seguía sin entender nada.

—Está bien, no te interrogo más, tranquila. Por cierto —dijo caminando hacia la puerta—, algunos vamos a ir a tomar algo después del trabajo. Con todo esto del señor Lee estamos un poco estresados y necesitamos una copa. ¿Te apuntas?

¡Mierda! Exclamó para sí.

—Nnnno, no puedo. He quedado.

Eso sí que era raro. ¿Jane Bradford había quedado un día entre semana?

—Otro día me apunto —se apresuró a decir para evitar más preguntas—, gracias por incluirme, Caroline. Perdóname, pero ahora tengo mucho trabajo...

—Sí, sí claro, ya me voy.

La administrativa salió de su despacho y se dirigió a su mesa, para lo que tenía que pasar por delante del despacho de Maddok. Miró el perfil de Lee Seo Joon, que escuchaba al director con aparente interés, y después giró la cabeza hacia el lugar del que

venía. Allí pasaba algo muy raro. Se encogió de hombros y volvió al trabajo. Acabaría enterándose más pronto que tarde, eso seguro.



Capítulo 3

—¿Le gusta el lugar que he elegido? —preguntó Seo Joon con interés.

—No había cenado nunca aquí, es demasiado caro —sonrió con timidez—. Así veré lo que me estoy perdiendo.

—No quiero que piense que la he traído a este restaurante porque sea caro. No es ese el motivo —dijo con expresión divertida. Entonces levantó la mano para hacer una señal a uno de los cocineros que acababa de entrar en el salón comedor.

—¡Seo Joon! —exclamó el hombre dándole un abrazo y después dijo una ristra de palabras en coreano que Jane, por supuesto, no entendió.

—Ha sido una visita sorpresa —contó Seo Joon hablando en inglés y señalando a Jane—. Tío Se Won, te presento a Jane Bradford, la diseñadora de nuestros mejores juguetes.

El cocinero estrechó la mano que Jane le ofrecía cogiéndosela con afecto.

—Encantado, señorita Bradford. Espero que la atiendan bien y que le gusten mucho nuestros platos.

—Estoy segura de que serán deliciosos —dijo ella.

—Espero que no haya venido pensando que servimos comida coreana —siguió el chef—. Tenemos otro restaurante en Park Avenue totalmente coreano, por si quiere probarlo. ¿Le gusta el picante?

—Me encanta —aseguró, sonriendo—, aunque en su justa medida.

—Seo Joon le dará la dirección, yo suelo estar allí los martes. — El cocinero se volvió a su sobrino—. ¿Cuántos días te vas a quedar?

—Pensaba marcharme antes de las fiestas, pero todo dependerá de si resuelvo lo que he venido a hacer.

—Ya veo que sigues tan tenaz como siempre, *teol-i manh-eun*. — Agitó su abundante cabellera.

Cuando el tío de Seo Joon regresó a la cocina Jane le preguntó qué era lo que lo había llamado.

—Peludo —sonrió—. No lleva bien lo de estar calvo.

—¿Es el dueño del restaurante? —preguntó, abriendo la carta.

Seo Joon sonrió.

—Tiene restaurantes en varios Estados. Los hermanos Lee siempre han sido rivales en todo, eso les ha llevado a trabajar duro para tratar de conseguir más éxito que su hermano, cada uno en lo suyo.

Jane se sorprendió.

—A usted parece tenerle mucho afecto.

—Oh, no es lo que piensa. Mi padre y mi tío se adoran. Somos una familia muy unida. Lo de su rivalidad es algo infantil, como un juego.

El camarero se acercó a tomarles nota y durante los siguientes minutos solo hablaron de la cena.

—Así que es aficionada a las series coreanas —dijo Seo Joon tomándola por sorpresa.

—¿Cómo lo...?

—Por la cara de susto que puso cuando entré en su despacho esta tarde —confesó él cogiendo la copa de vino y llevándosela a los labios.

Jane abrió los ojos con sorpresa.

—¿En qué *dorama* me ha visto?

—*Sinfonía silenciosa* —dijo con la voz contenida.

—Mi último trabajo —asintió y volvió a dejar la copa en su sitio—. Mi nombre profesional era Lee Do San. Mi padre es muy conocido en Corea y no quería que eso afectase a mi trabajo, así que cambié mi nombre.

Jane trataba de aguantarse la risa, aquello era demasiado surrealista.

—Vaya, me alegra ver que le hace gracia.

—Es que es muy... inesperado —reconoció sin dejar de reír—. El hijo del presidente de la compañía en la que trabajo resulta que es el protagonista de mi *dorama* coreano preferido.

—Ya no soy actor —aclaró Seo Joon—. No era algo que deseara hacer toda mi vida, tan solo fue una experiencia interesante.

Siempre supe que debía regresar a la empresa de mi padre. Hace seis años fue necesaria mi incorporación inmediata y en cuanto finalicé el rodaje me despedí de mi nombre artístico y recuperé mi verdadera identidad.

—Entonces, ¿no era su vocación?

Negó con la cabeza.

—No, yo soy economista. Solo quería unas vacaciones antes de sumergirme de lleno en el mundo de los juguetes —sonrió—. Lo cierto es que mi padre sufrió un infarto y tuvo que dejar la empresa durante un año. Mi madre lo obligó a tomarse ese tiempo, segura de que con sus cuidados se repondría por completo, como así fue. No sé cómo será su madre, pero la mía es una mujer con mucho carácter.

La expresión de Jane se endureció y se hizo un tenso silencio que salvó la llegada del camarero con el primer plato: crema de marisco con crujiente de jengibre.

—Con los mejores deseos de nuestro chef —dijo antes de alejarse.

—Te he hablado de mi hijo, de mis padres, has conocido a mi tío... Creo que ha llegado el momento de que nos tuteemos.

Jane aceptó con un gesto de asentimiento.

—Siento haber mencionado a tu familia, no pretendía ser indiscreto.

—No te preocupes. No me ha molestado.

Seo Joon la miró un instante y después volvió a prestar atención a su plato.

—Tu padre sigue con sus funciones de presidente de la compañía. —La joven intentó retomar la conversación—. De manera que supongo que está completamente restablecido. ¿No te atrae la idea de volver a actuar?

—No. Lo cierto es que abandoné esa carrera en el momento perfecto. Tenía treinta años y fue divertido mientras duró, pero no era el mundo en el que quería vivir. Todo aquello era demasiado intenso. No podía caminar por la calle sin que me parasen. Se juzga tu aspecto, tu estado de ánimo... Cuando te cortas el pelo se hacen

debates para averiguar el motivo. No tienes vida personal, todo es público.

—Tal como lo pintas parece horrible y, sin embargo, es el sueño de muchos jóvenes en el mundo. También en Corea.

—No me malinterpretes. La fama tiene muchas cosas buenas y, sobre todo, divertidas. Pero yo soy de la opinión de que si te quedas el tiempo suficiente, las malas llegarán y puede que acaben ahogando a las buenas. ¿Demasiado intenso?

—Un poco —sonrió Jane.

—Digamos que a veces la vida te empuja y tienes que dejarte llevar.

Ella dejó escapar un suave y silencioso sonido de placer.

—¡Dios mío! Nunca había comido una crema de marisco tan deliciosa.

—Luego felicitamos al chef.

Tenía la misma sonrisa que Min Ho y eso la confundía de un modo inquietante. Lo recordaba tocando el piano, llorando desconsolado por la muerte del amor de su vida...

—Háblame del proyecto —dijo rápidamente—. ¿Qué es lo que tienes en mente exactamente?

Seo Joon captó el cambio en su mirada, pero no dijo nada al respecto y comenzó a hablar de Hyun y de su habitación llena de los juguetes que ella había creado. Jane lo escuchaba atenta y poco a poco la personalidad de aquel niño empezó a hacerse un hueco en su cerebro. Estaba claro que era muy especial, no solo para su padre.

—¿Damos un paseo? —preguntó Seo Joon al salir del restaurante—. Hace una noche preciosa y no me apetece encerrarme en la habitación del hotel.

—Perfecto. Y cuando estemos helados de frío te llevaré a un sitio que conozco donde hacen el mejor chocolate caliente que hayas probado jamás.

Seo Joon asintió e iniciaron el paseo.

—¿Cómo conociste *Sinfonía silenciosa*? —preguntó con curiosidad.

—Pues es una historia extraña. Fue la Nochebuena de hace cinco años. Tuve una pelea familiar y me marché de casa para no seguir... discutiendo. Salí tan precipitadamente que me olvidé del abrigo. Estaba nevando y hacía muchísimo frío en Growville, tanto como aquí hoy —dijo, sonriendo—, y el único lugar que estaba abierto era el pequeño restaurante de los Nam, un local al que nunca había entrado y que regenta un matrimonio coreano. La cuestión es que me moría de frío y alguien me dijo que servían una sopa buenísima, así que entré esperando recuperarme, en todos los sentidos, antes de regresar a casa. Lo de la sopa era cierto, era la más deliciosa que había probado nunca y, además, estaba tan caliente que hizo que me recuperara por completo. Cuando entré estaban viendo el último capítulo de *Sinfonía silenciosa* y, después de servirme la sopa, volvieron a ponerlo, añadiendo los subtítulos para que yo me enterase.

Seo Joon la escuchaba atentamente.

—Nunca había visto uno de esos dramas coreanos que llaman «dramas». Me pareció fascinante. Todo era tan diferente. Y el protagonista... —Se calló antes de decir algo de lo que tuviese que arrepentirse.

El empresario sonrió y metió las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Fue edificante, la verdad —siguió Jane—. Pasé dos horas con ellos y fue como tomarse un analgésico cuando te duele la cabeza. Todo el peso que llevaba se quedó fuera de aquel bar, me olvidé por completo de lo que había pasado. Supongo que por eso cuando me instalé en Nueva York me aficioné a ver esas series. Me hacen sentir bien y me fascina vuestra manera de vivir...

—Vaya. Casi me haces lamentar haberlo dejado.

—Deberías lamentarlo. Eres un actor magnífico —asintió exageradamente—. Ese personaje, Min Ho, era tan... tan... No sé cómo explicarlo. ¿De verdad existen los hombres así? Yo jamás he conocido a ninguno. Bueno, sí, a mi abuelo. Él también vivió una

historia de amor como la de Min Ho, aunque mi abuela tuvo la delicadeza de morir a una edad más soportable.

—Para mí también fue agradable hacer ese personaje —dijo pensativo—. Diría que actuar fue el trabajo más sencillo que he hecho en mi vida. Te aseguro que dirigir una empresa como la de mi padre es muchísimo más complicado. El año que cargué con ese peso me hizo admirarlo aún más de lo que ya lo hacía antes.

—Lo supongo. —Empezó a tiritar.

Seo Joon se detuvo en medio de la calle.

—¿De verdad no hay manera de convencerte de que aceptes el proyecto?

Jane tenía las manos en los bolsillos y se movía hacia delante y hacia atrás tratando de recuperar el calor.

—Moriré de frío si no entramos ya —señaló la cafetería que Seo Joon tenía detrás.

—Hola, Jane —saludó la camarera cuando se acercó a preguntarles—. ¿Un chocolate bien caliente?

—Que sean dos, por favor. —Se quitó los guantes—. ¡Qué bien se está aquí!

Seo Joon miraba el local, que era de lo más americano. Adornos de Navidad por todas partes, colores suaves y una falsa chimenea acorde con la decoración victoriana.

—Me encanta este sitio —dijo Jane sonriendo.

—Es encantador —admitió él.

Ella sabía que esperaba una respuesta a su pregunta y no se hizo de rogar.

—Has venido en un mal momento —se sinceró—. Odio la Navidad. Hace cinco años que no veo a mi familia y anoche me llamó mi abuelo para pedirme que vuelva a casa.

—Y vas a ir.

—Debo hacerlo, a utilizado la carta de la salud. Dice que no tendré otras navidades con él. —Trató de sonreír, aunque sus ojos

se llenaron de lágrimas—. Tengo esperanza de que haya exagerado para convencerme. No estoy lista para decirle adiós.

Seo Joon no dijo nada, simplemente la dejó hablar.

—Mi abuelo es una persona muy especial para mí. Es el único que... —Soltó el aire de golpe, no estaba segura de que fuese buena idea seguir por ese camino.

La camarera llegó con las tazas de chocolate. Cuando la tuvo en las manos la acercó rápidamente a su boca y bebió un sorbo, tratando de no abrasarse la garganta.

—Sí que está caliente —dijo Seo Joon sonriendo afable antes de empezar a contarle algo muy personal—. Yo tuve un fuerte enfrentamiento con mi madre hace algunos años. Cinco años atrás mi padre sufrió un infarto, como te he contado. Y también tuve una Nochebuena bastante dura por otros motivos. La cuestión es que mi madre estaba preocupada por mí y por mi futuro. Dejé mi carrera de actor y me volqué completamente en dirigir la empresa familiar mientras él se recuperaba. Trabajé muy duro porque quería que estuviese orgulloso de mí. Un año después, cuando él regresó y yo

pude descargarme un poco de obligaciones, mi madre decidió que había llegado el momento de encontrar una esposa para mí. Sin consultarlo conmigo, empezó a hacer averiguaciones para encontrar a la que ella consideraba la candidata perfecta. Y no le costó mucho decidirse por Chae Won, la hija de unos buenos amigos de la familia. Su padre tiene una gran empresa de cosméticos y ella trabaja allí como directora de *marketing*. Se le da bien lo de vender.

—Hizo una pausa y Jane apoyó la barbilla en la mano mirándolo muy interesada.

Seo Joon sonrió con ironía.

—No te estoy contando el argumento de una telenovela, aunque lo parezca.

Ella se incorporó y lo miró orgullosa.

—No sé de qué hablas.

—Solo te ha faltado pedir palomitas —dijo él divertido.

Jane iba a protestar, pero tenía tantas ganas de conocer el resto de la historia que no dijo nada esperando que continuara.

—Se pusieron de acuerdo las dos para engatusarme. Reconozco que yo actué como un pardillo, no me di cuenta de nada. Me chocaba que mi madre hubiese entablado una relación tan estrecha con Chae Won y que siempre estuviese en casa cuando yo aparecía, pero ni se me pasó por la cabeza que todo fuese un plan para cazarme.

—¿Vivías con tus padres?

—Sí, pero no. Mis padres tienen una hermosa mansión con bastante terreno y en ese terreno hay una casa aparte que es donde yo vivo.

—Qué práctico —admitió, riéndose.

—Los coreanos somos muy familiares.

Jane asintió, eso era algo que sabía.

—¿Y qué ocurrió con Chae Won? —preguntó con interés.

—Como yo no daba el paso, a pesar de que mi madre me la metía hasta en la sopa, pues un día me dio el empujón. Fue bochornoso. Tuve que decirle delante de ella que no me atraía en ese aspecto. Fue muy desagradable.

—Sobre todo para ella —musitó Jane.

Seo Joon movió la cabeza con expresión reprobadora.

—Te aseguro que el más avergonzado en aquella habitación era yo con diferencia. Mi madre se comportó como si la hubiese ofendido. Estuvo casi un mes sin dirigirme la palabra. Como ves, sé muy bien lo que es tener una madre dura. Estoy seguro de que, después de oír mi historia, la tuya ya no te lo parece tanto —sonrió.

La diseñadora pasó el dedo por el borde de su taza para limpiar el chocolate que se había quedado impregnado y después puso la yema del dedo en sus labios, distraída.

—Hagamos la prueba —dijo con expresión cínica—. Derek y yo llevábamos saliendo desde el instituto. Aquella semana, mi amiga Cindy y yo, habíamos encontrado, por fin, el vestido de novia perfecto. Ya había acabado mis estudios, él trabajaba en el bufete de mi padre, era Nochebuena y teníamos la famosa cena familiar de los Bradford. No es una manera de hablar, es cierto que la Navidad para los Bradford siempre fue algo sonado. Tendrías que ver cómo iluminan el exterior de la casa. Y mi padre encarga el árbol más

grande de la plantación de Teddy. Cuando construyeron la casa lo hicieron pensando exactamente el sitio en el que pondrían el árbol en Navidad.

—Vaya, sí que es importante.

—Mi hermana llevaba días muy rara. Apenas aguantaba más de dos minutos en la misma habitación que yo. Creí que estaba enfadada porque le había pedido a Cindy que fuese mi primera dama. —Hizo un gesto con la mano para escenificar lo tonta que había sido—. La cena de Nochebuena ya estaba servida y salí a buscarlos al jardín porque no los encontraba por ninguna parte. Los pillé. Se habían escondido en el sitio en el que Derek me dio mi primer beso. El mundo se desplomó sobre mi cabeza.

Seo Joon estaba muy serio, pero sorprendentemente no había ninguna expresión en su rostro, solo sus ojos parecían traspasarla de la intensidad con la que la miraba.

—Derek y ella se habían enamorado —siguió, tratando de sonreír—. Lo dijo así, delante de mis padres y de mi abuelo. Se habían enamorado, ya estaba todo dicho. Yo no pensaba con claridad y me

dije que podrían haberse dado cuenta un año antes, cuando aún no habíamos fijado la fecha de la boda. O seis meses antes, cuando aún no habíamos contratado la ceremonia y el *catering*. Incluso una semana antes me habría valido porque aún no había encontrado el vestido perfecto. —Movié la cabeza con pesar—. Pero el agujero de mi pecho se hizo más grande cuando mi madre trató de calmarme pidiéndome que fuera comprensiva con mi hermana, que estaba sufriendo mucho. Melanie lloraba desconsoladamente mientras yo estaba pálida como una muerta, pero sin soltar una lágrima. Todos se arremolinaron a su alrededor tratando de apaciguar los exagerados sollozos y gimoteos de la hija predilecta de los Bradford mientras la hija imperfecta miraba la escena fría como un témpano. Pero lo que nadie veía era el dolor que me atravesaba de parte a parte. Bueno, alguien sí lo vio. Mi abuelo. Gracias a él salí de allí. Me llevó hasta el saloncito en el que solía pasar un rato leyendo todas las noches antes de irse a dormir y me dejó su butaca, esa en la que no permitía que se sentara nadie. Me sirvió una bebida, no recuerdo lo que era, algo fuerte, y empujó el vaso conminándome a

beber. No sé cómo me encontré de repente en medio de la calle, sin abrigo y con un frío terrible.

—Hasta que llegaste al restaurante de los Nam —dijo Seo Joon.

Jane levantó la mirada y la clavó en aquellos ojos brillantes y rasgados que la miraban con simpatía. Entonces fue consciente de que le había contado a un desconocido su secreto mejor guardado. Aquello que jamás le había contado a nadie desde que se marchó de Growville. No, no se lo había contado a un desconocido, le había abierto su corazón al hijo del presidente de Jangnangam Haengseong. Poco a poco su rostro se fue tiñendo de rojo y sus ojos parecieron los de una niña pillada en una trastada.

—Me siento fatal. Qué vergüenza —murmuró—. No entiendo cómo...

Seo Joon puso una mano sobre la suya.

—No tienes que preocuparte. Es más fácil hablar con alguien a quien acabamos de conocer. Yo tampoco le había explicado a nadie lo de mi casamentera madre.

Jane apartó la mano suavemente en un gesto instintivo y durante unos segundos los dos se quedaron callados. Hasta que ella recuperó el color normal de sus mejillas.

—¿Vas a ir? —preguntó él al fin sin poder contenerse—. ¿Vas a responder a la llamada de tu abuelo?

Ella asintió ligeramente.

—Aunque me aterra la idea, debo hacerlo.

—¿Por qué te aterra?

—Voy a llegar allí como una completa fracasada. Mi hermana y Derek tienen ya dos niños mientras que yo he sido incapaz de confiar en nadie para... No me hagas caso, es una estupidez preocuparse por eso. Siento que hayas llegado en medio de toda esta marabunta emocional. Pero ya ves que no tengo la cabeza para tomar decisiones importantes.

—Por supuesto —concedió—. Esperaré a que vuelvas.

—¿Qué? ¡No! No puedo permitirlo. Tu familia... ¿No celebráis la Navidad?

—Sí. A Hyun le encanta la Navidad.

—Entonces debes regresar. Te daré una respuesta cuando vuelva, pero no es necesario que...

—No me iré sin haber haberte convencido. Ya te he dicho que este proyecto es muy importante para mí.

Jane lo miró sorprendida. No se consideraba tan valiosa como para esperar semejante comportamiento.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó él.

—Pasado mañana. Quiero dedicarle mis días libres a mi abuelo. En los últimos cinco años no me he cogido vacaciones de Navidad y...

—No tienes que justificarte conmigo —la cortó rápidamente—. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

Lo miró agradecida y tuvo que apartar la mirada de nuevo para que no viera aquella expresión tonta en ellos. Debía quitarse la imagen de Min Ho de la cabeza. Tenían la misma cara y el mismo cuerpo, pero no eran la misma persona. De hecho Min Ho ni siquiera existía, por mucho que a ella le hubiese encantado que así

fuese. Jamás permitiría que supiera las veces que había visto esa serie. A pesar de lo que pudiera parecer, todavía tenía orgullo.



Aquella noche tuvo un sueño agitado y se despertó sudorosa y respirando con dificultad. Había soñado con su hermana y con Derek. Se sentó, apoyándose contra el cabezal, mientras se apartaba el pelo de la cara. Aquel viaje iba a ser mucho más duro de lo que pensaba. Quizá no era tan mala idea lo de irse a Corea del Sur un año. Cambiar de aires a lo bestia, ¿no era eso lo que necesitaba? Pero, claro, primero tendría que pasar por el calvario de presentarse en casa sola. Casi podía ver la expresión decepcionada de su madre. Y tendría que escuchar lo maravillosa que era la vida de Melanie.

Se metió debajo de las mantas y se tapó la cabeza. Ojalá pudiera fingir ser huérfana y quedarse en casa encerrada todas las fiestas, esperando que pasaran cuanto antes.

—Min Ho... —gimió al pensar que este año no podría pasar la Nochebuena llorando a moco tendido mientras el hombre más maravilloso del mundo se quedaba solo para siempre.



Capítulo 4

Lee Seo Joon entró en las oficinas de Jangnangam Haengseong con paso decidido y se dirigió al despacho de Jane Bradford sin que Walter se lo impidiese esa vez.

—Tengo una proposición que hacerte —le soltó a bocajarro.

Jane dejó el lápiz sobre el papel y lo miró sorprendida.

—Estoy segura de que en Corea también se llama a la puerta antes de entrar.

Seo Joon se acercó rápidamente y la ayudó a bajar del taburete en el que le gustaba sentarse a trabajar.

—Se me ocurrió anoche y le he dado muchas vueltas para convencerme de que no es una locura y estoy seguro de que puede funcionar —dijo, excitado—. Soy un buen actor, aunque estoy algo desentrenado.

Jane frunció el ceño. Cada vez estaba más confusa.

—Te acompañaré a *Glowville*...

—Growville —corrigió ella aún desconcertada.

—A Growville. Me presentaré ante tu familia como tu novio. Seré Min Ho, un famoso pianista...

—¿De qué estás hablando? —Comenzaba a enfadarse—. ¿Te burlas de mí?

—No me burlo —sonrió—. Temes volver a tu casa y enfrentarte a tu exitosa hermana. Bien, pues crearemos una realidad para ellos. Será como hacer un papel en uno de esos *doramas* que tanto te gustan. Pan comido.

La idea empezó a germinar en la mente de Jane y a buscar sitio en el lugar de las buenas ideas.

—Yo no soy actriz, no podré fingir...

—Solo tienes que ser tú misma y dejarte llevar. Con unas pequeñas directrices lo conseguirás —aseguró—. A cambio, vendrás a trabajar a la central de Corea durante un año.

Jane reculó y volvió a sentarse en el taburete.

—¿En serio me estás proponiendo esto?

—Claro que sí, es una idea genial y cuando lo pienses un poco te darás cuenta de que tengo razón. Lo de ser Min Ho será fácil para

mí. Esa serie tuvo treinta capítulos, más que ninguna otra de las que hice, y para ti será más fácil si soy él porque lo conoces más que a mí.

—¡Es un personaje! No hables de él como si existiese de verdad.

—*Para eso ya estoy yo*—. ¿Y qué pasará si alguien ha visto la serie?

—¿Una serie coreana? ¿Crees que en Growville ven series coreanas?

No, realmente no lo creía.

—¿Y qué les diremos?

—Pues que estamos enamorados.

—Se darán cuenta de que es mentira. —Jane se mordió una uña.

—No hagas eso —la regañó, cogiéndole la mano. Ella se soltó, pero él volvió a cogérsela—. Debes acostumbrarte al contacto físico, no podré ser tu novio si no puedo ni tocarte.

Se bajó de nuevo del taburete y se alejó de él con expresión preocupada.

—Ya te digo que no podré hacerlo.

Seo Joon la sujetó por los hombros y la miró a los ojos.

—Escúchame. Tienes que volver a tu casa para estar con tu abuelo antes de que muera, pero no tienes por qué permitir que te humillen ni te maltraten. Lo que ocurrió aquella noche fue injusto y cruel. Para tu abuelo también será muy placentero ver que su nieta es feliz y tiene una vida plena.

—Claro, porque mi vida real es patética.

—No he dicho eso. —La soltó, pero sin apartar sus ojos de los de ella—. Tienes la vida que tú has elegido y eso es lo único que debería importarte. Pero, mientras no cierres esa puerta de tu pasado, no podrás ser plenamente feliz. Lo que te ofrezco es ir contigo y protegerte para que nadie te haga daño esta vez.

—Hablas como un personaje de novela. —Arrugó la nariz.

Seo Joon soltó una carcajada.

—Pues estaba siendo totalmente sincero.

—Quizá pueda hacerlo... —musitó, viendo la idea crecer en su cabeza.

Seo Joon le guiñó un ojo y se dirigió a la puerta con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Growville? —preguntó.

—Más de seiscientos.

—¿Tienes coche?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres conducir seiscientos kilómetros? —preguntó, sorprendida.

Seo Joon sonrió.

—Así tendremos tiempo para conocernos mejor. Hace mucho tiempo que no tengo novia y debo refrescar mis talentos para la seducción. Voy a preparar mi equipaje. Ojalá no lo hubiera deshecho —dijo antes de salir.

Jane se quedó mirando aquella puerta con cara de boba. ¿En serio había hecho un pacto con Seo Joon, alias Min Ho, para aparecer en casa de los Bradford como pareja? Algo no estaba funcionando bien en su cabeza.



—¿Te vas a ir una semana? —Luke Maddoc la miraba con los ojos demasiado abiertos.

—Hace cinco años que no me cojo ni un día en Navidad —le recordó—. ¿No te parece que me merezco un descanso? Además, ya he acabado el siguiente proyecto.

—Lo sé, lo sé, no es eso, Jane —dijo el hombre relajando su expresión—. Es que eres la única que siempre está disponible, la única con la que siempre puedo contar.

Jane trató de no ahondar en lo que su jefe acababa de decir porque no quería ver lo triste que era su vida. Siempre estaba disponible porque no tenía nada fuera de aquella empresa. Ni familia ni amigos. Nada.

—¿Qué le pasa a tu abuelo? —preguntó Luke dándose cuenta del poco tacto que había demostrado.

—Se está muriendo. Hace cinco años que no me ve y no quiere morirse sin volver a abrazarme.

—Lo entiendo, no hace falta que seas tan dramática. —Se sentó en el pico de la mesa, más cerca de ella—. Ya sabes que mi padre murió hace dos años.

Sí, lo sabía. Allí había estado para escucharlo y tratar de consolarlo.

—No teníamos buena relación y apenas nos habíamos visto en los últimos diez años, pero... ¡Joder! Me dolió como una patada en los huevos. Creo que tardé un año en recuperarme del todo.

—Adoro a mi abuelo —dijo ella de pronto—. No debería haberme mantenido alejada también de él, pero vive con mis padres...

Luke la miraba con curiosidad. Jane nunca hablaba de cosas personales y estaba sorprendido.

—Puedes hablar conmigo si lo necesitas. —No estaba acostumbrado a relacionarse con sus subordinados y dudaba acerca de lo que debía decir.

Jane regresó de sus pensamientos y se dio cuenta de que estaba hablando con Luke Maddoc, el hombre menos sensible de todo

Manhattan. Negó con la cabeza rápidamente. ¿Qué le estaba pasando?

—No, tranquilo, todo está bien. Pero necesito esos días.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana.

—Mira qué casualidad, Lee Seo Joon acaba de decirme que se marcha mañana también.

—Hay otra cosa que tengo que decirte. —Se frotó las manos nerviosa—. Probablemente cuando vuelva me traslade a la central en Corea.

—¿¡Qué!?

—El señor Lee ha venido para ofrecerme trabajo en un proyecto personal.

Su jefe se levantó del pico de la mesa y fue a sentarse en su silla con expresión enfadada.

—¿Y cuándo pensabas contarme que estabais conspirando a mis espaldas?

—No estábamos conspirando, yo no sabía que vendría...

—¿Me estás diciendo que no te habían contactado antes?

—Sí, me enviaron varios *mails* hablándome del proyecto y pidiendo mi colaboración, a lo que yo respondí que estaría encantada de participar... desde aquí.

—¿Entonces? ¿Qué ha cambiado? —preguntó Luke con una mínima esperanza.

—Lee Seo Joon ha venido hasta aquí para explicarme la importancia de ese proyecto. Ha venido desde Corea, Luke. Será solo un año y después espero que me dejes volver.

—¿Qué proyecto es ese? ¿Es algo secreto?

—Mejor pregúntale a él, ya te he dicho que es algo personal.

—Vale, vale. O sea, que no te tomas unos días, te tomas unos días y un año. Pues a tus compañeros se lo dices tú.

—No pensaba decir nada. —De pronto se dio cuenta de que no podía irse sin más.

—No serás tan capulla.



Cuando salió de la oficina ya eran más de las ocho de la tarde. Se había despedido de todo el mundo, uno a uno, y fue una experiencia muy curiosa. Resultó que había personas con las que no había cruzado más que un fortuito saludo durante los años que había trabajado allí. A algunos ni siquiera los conocía de vista porque llevaban poco tiempo trabajando en la empresa. Caroline se alegró mucho de saber que iba a pasar las Navidades con su familia y su tristeza pareció sincera cuando explicó lo de su viaje a Corea.

Se ajustó bien el gorro de lana y se puso los guantes, hacía mucho frío. Se metió las manos en los bolsillos de su abrigo e inició la caminata hasta su casa.

Cuando era niña le gustaba la Navidad a pesar de que casi siempre había sido una época de decepciones. Papá Noel no acertaba nunca con sus regalos, incluso a veces se equivocaba de hermana al dejarlos. Aún recordaba la desilusión tan enorme que se llevó cuando Melanie recibió los preciosos patines que ella había pedido y con los que soñó durante todo el año. O cuando pidió un

coche teledirigido y le trajeron una Barbie con patines. A ella no le gustaban las Barbies.

No podía decir que sus padres la hubiesen tratado mal. Casi siempre eran amables y cubrían todas sus necesidades, pero ella sentía que nada de lo que hacía les importaba. Nunca acudían a las funciones del colegio en las que ella participaba, no conocían a las madres de sus amigos... Pero lo que más le dolía era recordar todas las veces que entraba en el salón porque quería contarles algo y la regañaban, diciéndole que estaba hablando su hermana y que tuviera un poco de respeto. La hacían esperar hasta que Melanie había terminado de hablar de todo lo que quisiera y solo después de eso le preguntaban en tono irónico qué era eso tan importante que tenía que decirles. La mayoría de las veces Melanie salía de la habitación sin escucharla y su padre se ponía a hojear el periódico. Su madre era la única que la miraba y fingía atender, pero era muy mala actriz.

Se detuvo frente a un escaparate de juguetes. Allí estaba su proyecto de ese año, una caja con compartimentos secretos que

solo podían abrirse si realizabas los puzles que incluía. Esos compartimentos, a su vez, guardaban otros juegos que desvelaban más funciones de los objetos que ocultaba. Era una aventura completa con muchas horas de jugabilidad para niños de ocho a diez años. Se sentía muy orgullosa de lo que había logrado y ya formaba parte de su pequeño museo del juguete.

Siguió caminando. La noche era fría, pero no le calaba los huesos, así que, yendo bien abrigado, el paseo resultaba agradable. Se llevó una sorpresa al llegar frente a la puerta de su edificio.

—¿Qué haces aquí?

Seo Joon se movía de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—Te estaba esperando, pero me gustaría que abrieses la puerta para no morir congelado.

Jane sonrió y lo dejó pasar primero.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—Una hora y ha sido demasiado. Hace un frío que pela.

—Bueno, lo normal en esta época.

—Ya.

Entraron al piso y Jane fue directa al termostato de la calefacción y lo subió dos grados.

—Enseguida te recuperarás. —Se quitó el abrigo y lo dejó en un perchero.

Seo Joon siguió con él puesto.

—No me has dicho a qué has venido.

—Si a partir de mañana vamos a ser novios, al menos tengo que conocer el sitio en el que vives.

Jane movió la cabeza sonriendo.

—Esto va a salir fatal, no quiero ni pensar lo que pasará cuando lo descubran. Eso va a ser épico, nivel pringada superlativo.

—No se darán cuenta de nada —afirmó él—. Confía en mí.

—Me encanta ver la te que tienes en tus dotes de actor, pero olvidas que yo soy la mitad del reparto.

—¿No me vas a ofrecer algo de beber?

—¿Un vaso de leche caliente? —ofreció con ironía.

—Pues me encantaría.

—¿No prefieres una copa de vino? —preguntó, sorprendida.

—En este momento lo único que quiero es entrar en calor.



Capítulo 5

Jane sacó una bandeja con jamón, queso y unas tostadas, además de la leche caliente y el vino, y se sentaron en el sofá para charlar.

—¿Cómo fue ese interés tuyo por diseñar juguetes? ¿De dónde proviene? ¿No te gustaban los juguetes que te traía Papá Noel y querías alegrarles la vida a tus futuros hijos?

Sonrió, pensando en sus motivos.

—Enfrente de la casa de mis padres vivían los Breedlove. Yo era amiga de su hijo, Tommy, que era de mi edad. Tommy tenía una hermana, Ellen, una niña muy especial. Sus padres siempre decían que no se entretenía con nada y siempre estaba haciendo trastadas. Esos pobres padres tenían demasiados problemas con sus hijos. — Se recostó en el sillón, apoyando las piernas sobre uno de los reposabrazos, con expresión pensativa—. Recuerdo aquella casa. Silenciosa y vacía... La cuestión es que durante un verano trabajé cuidando de Ellen. Sus padres trabajaban y no tenían con quién dejarla. Enseguida vi que los juegos normales no la entretenían,

como ya me habían advertido, así que empecé a inventarme cosas para jugar. Utilizaba cualquier objeto: los cubiertos, los cojines, los libros... Pero no los usábamos para lo que estaban hechos, les cambiábamos el rol. Recuerdo que fue una experiencia increíble. En un mes Ellen parecía otra niña.

—Sus padres estarían contentos —dijo Seo Joon cogiendo un pedazo de queso y poniéndose cómodo también.

—No lo sé. Normalmente, la gente no suele decirme que están contentos con lo que hago. Debe ser alguna clase de energía que emito —sonrió irónica.

—¿Y así nació tu vocación?

—Sí. Fue una experiencia muy reveladora en todos los sentidos —admitió misteriosa—. ¿Y tú? ¿Por qué no querías ser actor? Pero dime la verdad, no esas típicas excusas de que la fama apesta.

Seo Joon sonrió divertido. No estaba seguro de si era por el vino, pero parecía más relajada y natural.

—A mí también me ocurrió algo hace cinco años. Y también fue en Navidad, como el infarto de mi padre. Se llamaba Seo-Yeon...

—¡Ah, el amor! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco—. Te rompió el corazón.

—No es eso. —Se puso serio—. Solía ir al set de rodaje todos los días. Era una fervorosa fan de esas que empapan su cuarto con tus fotografías, beben en tazas con tu cara y creen que te conocen más que tu madre. Luego supe todo esto porque entonces lo único que sabía de ella era que se trataba de alguien muy joven y que tenía muy poca experiencia en la vida. —Jane ya no se reía y escuchaba atentamente—. Creía haberse enamorado de mí. Quizá sí era amor, aunque yo no lo crea posible ya que no me conocía en absoluto. Yo para ella era Min Ho o cualquiera de los otros personajes que había interpretado, porque lo cierto es que siempre me hacían interpretar el mismo papel, aunque lo disfrazaran un poco. —Cogió la botella de vino y rellenó las dos copas—. Una mañana no apareció. Te confieso que me sentí extraño, como cuando te acostumbras a ver un jarrón en un mueble y un día no está. No habías reparado en él, ni siquiera recuerdas de qué color era, pero sabes que no está en su lugar. Le pedí a alguien de la

productora que averiguara discretamente por qué había dejado de ir. Yo esperaba que fuese porque se había echado novio y yo había dejado de ser interesante para ella. —Se llevó la copa a los labios y bebió un largo sorbo. Su expresión era muy triste—. Se había suicidado. Al parecer llevaba meses anunciándolo en casa, pero nadie le hizo caso. Ya sabes eso que dicen de que cuando alguien quiere suicidarse de verdad no lo dice. Pues ella lo hizo. Se tiró desde un quinto piso.

—Dios mío —susurró Jane.

—Probablemente no tenía nada que ver conmigo, pero de repente perdí por completo las ganas de seguir haciendo lo que hacía. Mis amigos, los que había hecho gracias a las series, no eran auténticos amigos. Lo confirmé en esa época, aunque siempre lo había sabido. Tampoco tenía relaciones sentimentales sanas. Las chicas con las que había salido buscaban en mí al personaje y, quizá por eso, me encontraba representándolo todo el tiempo. Así estaban las cosas cuando mi padre sufrió un infarto. Verlo en la cama del hospital, con agujas y tubos por todas partes,

inconsciente, me hizo reflexionar. ¿De verdad estaba viviendo la vida que quería vivir?

Ella asintió. Entendía muy bien lo que quería decir.

—He sentido muchas veces la sensación de estar viviendo una vida que no era la mía. Sobre todo, antes de aquellas Navidades. Me obligaba a ser la persona que ellos querían sin importar lo que sacrificase en el intento... Y entonces pasa algo que hace que todo se desplome sobre tu cabeza y te des cuenta de que has vivido una mentira, que tú ni siquiera eras esa persona a la que han querido hacer daño...

—Y entonces te das cuenta del alivio que se siente al ser uno mismo.

La miraba con una tierna expresión y Jane sintió aquella mirada como una dulce caricia.



Miró el brillante coche color dorado como si hubiese un pelo en su sopa.

—¿En serio? ¿No has encontrado un coche más ostentoso?

Seo Joon la miraba desde el otro lado, apoyado en el techo del Jaguar y con la puerta abierta, listo para subirse.

—¿No te gusta?

—No es una cuestión de gustos. —Movi6 la cabeza.

Metió su equipaje en el maletero y lo miró con el ceño fruncido.

—¿No llevas demasiada ropa?

—Es todo lo que he traído. No sabía cuántos días tendría que quedarme —dijo él.

Entraron en el vehículo y Jane seguía pareciendo malhumorada.

—¿Quieres recriminarme algo más? —preguntó él con una sonrisa.

—No es una recriminación. No me gusta la gente ostentosa.

—Venga, si sonríes te dejo conducirlo un rato.

Lo miró con expresión irónica.

—¿Qué te hace pensar que me apetece?

Seo Joon sonrió divertido.

—Así que eres una chica difícil, ¿eh? —Encendió el motor y empezó a maniobrar para sacar el coche del aparcamiento—. Voy a tener que esforzarme más.

Hasta que tomaron la autopista se limitaron a comentar trivialidades sobre el viaje, pero en cuanto se relajaron volvieron a la complicidad con la que se despidieron la noche anterior.

—Ayer no hablamos mucho de detalles. Deberíamos esforzarnos un poco por conocernos más —propuso él sin perder de vista la circulación—. ¿Te gustaba estudiar? ¿Eras una empollona?

—No —reconoció Jane—. Más bien al contrario. La inteligente y guapa de la familia es Melanie. De hecho, no descarto que te enamores de ella en cuanto la conozcas. Mi hermana es una seductora nata. No solo enamora al sexo contrario, también a las mujeres. Su verdadero nombre es Simpatía y su apellido es Perfección.

—Estoy deseando conocerla. —Se puso falsamente serio sin mucho éxito.

Jane lo miró y soltó el aire en un suspiro.

—Sí, tú ríete, ya veremos si no tengo que volver en avión.

Seo Joon la miró un instante para asegurarse de que hablaba en serio.

—Tranquila, he alquilado el coche a tu nombre así que, en caso de que decida quedarme para siempre en Growville, podrás regresar conduciendo.

Lo miró, preguntándose si debía enfadarse o echarse a reír. Hacía mucho que no conducía y no estaba segura de que deseara hacerlo.

—Que tengas claro que si eso sucede no pienso ir a Corea.

—Debería haberte hecho firmar un contrato. —Golpeó el volante como si estuviese enfadado, pero después la miró de nuevo con una sonrisa—. Ahora en serio, cuéntame cosas de ti. De cuando ibas al instituto, de cuando te mudaste a Manhattan... Para hacer bien mi papel necesito conocerte más.

—Anoche ya te conté muchas cosas. —Miró por la ventanilla—. De hecho, hablé demasiado.

Seo Joon la miró un instante y luego volvió la mirada a la carretera.

—Yo tampoco me quedé callado. ¿Sabes que nunca le había hablado a nadie de Seo-Yeon?

Jane asintió y después de unos segundos de silencio empezó a hablar. Le habló de su abuela Tamy y le enseñó el reloj de cuerda que llevaba en la muñeca. El coreano la miró como si le hubiese enseñado una auténtica reliquia sagrada. Mencionó al abuelo Bill y le contó que se trasladó a vivir con ellos cuando murió la abuela Tamy. Ella tenía doce años. Le habló de su mejor amiga, Cindy, que tenía una auténtica obsesión con el peso. Le contó cómo conoció a Derek y se enamoró de él. No mencionó a sus padres ni a sus abuelos maternos.

—Tu abuelo fue el que te inspiró a diseñar juguetes.

—Mis padres tuvieron dos hijas. Cuando nació Melanie, como era la primera, no les importó que fuera niña y disfrutaron de las delicias de tener una princesa que era la admiración de todos sus amigos y vecinos. Después nació yo y mi madre sufrió un problema grave

durante el postparto que provocó que le extirpasen el útero. Los Bradford habían perdido la posibilidad de aumentar la familia. Y allí estaba yo, feúcha y niña. No sé si sería por la poca alegría con la que me aceptaron en la familia, pero nunca fui una hija dulce y cariñosa, era más bien una alocada mascota. No era raro que llegara magullada del colegio por haberme peleado con algún imbécil. Siempre tenía rascaduras en las rodillas y golpes de caídas por hacer el burro. Nunca conservaba un vestido limpio. —Giró la cabeza para mirarlo con cara de disgusto—. Odiaba que me pusieran vestidos, sentía que iba disfrazada y mis amigos se reían de mí. —Hizo una larga pausa antes de continuar—. No sé en qué momento me di cuenta de que me detestaban. Mi padre no soportaba que le respondiese cuando me humillaba en público y sospecho que el que lo hiciese siempre, sin perder los nervios y sin gritar, lo sacaba por completo de sus casillas. Una vez me enseñó su puño. Así.

Jane se inclinó hacia él y le puso el puño a dos centímetros de la cara y Seo Joon apretó los dientes al imaginarse la escena.

—Yo tenía diecisiete años y nos estaba contando cómo uno de sus colegas había cerrado un negocio muy rentable. Yo le dije que su amigo era un estafador, que había engañado a una pobre anciana quitándole los ahorros de toda una vida. Mi padre no paraba de decir que me callara, pero yo no lo hice. Entonces se levantó y me puso el puño delante de los ojos. Estaba rojo de ira. Nunca lo había visto así. De verdad creí que me iba a pegar. —Sonrió al mirarlo—. Pero no lo hizo, tuvo la fuerza de voluntad suficiente para aguantarse.

—No hay nada más infame que un hombre que pega a una mujer —dijo Seo Joon mordiendo las palabras sin poder disimular la rabia que le producía—. No soporto a esa clase de tío.

Jane se sintió reconfortada por aquella declaración.

—Lo cierto es que a veces no podía dejar de provocarlo, era como si mi boca hablara sin consultarme.

—Eras una rebelde —dijo, imaginando todo lo que no decía.

—Mi hermana, en cambio, era dulce y cariñosa. Siempre tenía detalles con todo el mundo y sabía decir las palabras adecuadas

para cada situación. Era esa clase de persona que sabía lo que tenía que decir dependiendo de a quién tuviera delante. A mí me maravillaba su camaleónica personalidad. Yo era un barril de pólvora que actuaba siempre sin prevención. Recuerdo unas vacaciones. Teníamos un vecino, Tommy... ¿Te acuerdas de lo que te conté de Ellen?

—¿La niña que no se divertía con juguetes normales? — preguntó, mirándola un instante—. Sí, me acuerdo.

—Bien, pues Tommy es su hermano. Era un buen chaval, pero tenía problemas de autoestima y se rodeó de malos chicos. Cuando hubo un robo en el barrio todos señalaron a Tommy, pero yo sabía que él no había sido porque a esa hora estaba conmigo espiando a la señora Travis, una anciana que vivía en una mansión a las afueras de Growville. Yo solía ir a espiarla porque me fascinaba. Se ponía vestidos de fiesta para regar las flores de su destartado jardín. A veces nos acercábamos a las ventanas y la veíamos bailando sola en el salón, como si estuviese con alguien. Tommy decía que era una princesa rusa desterrada. A mí me provocaba

una romántica tristeza, era como un sueño. Melanie decía que estaba loca, pero a mí me daba igual. Eso sí, lo decía siempre que mi abuelo no estuviese presente porque habían sido amigos en su juventud y no consentía que se hablase mal de ella. La cuestión es que me había encontrado con Tommy y se vino conmigo, por eso yo sabía que él no había hecho lo que decían. —Bajó la cabeza y clavó la vista en el bolso que descansaba sobre sus rodillas—. Nadie me creyó. Sus padres pagaron lo sustraído y enviaron a Tommy a un internado. Nunca volvió, cuando tuvo edad para decidir por sí mismo dejó los estudios y se marchó a Boston. Me lo contó su madre mientras cuidaba de Ellen y rompió a llorar cuando volví a repetirle que él no hizo nada malo, que estuvo conmigo aquel día. Y entonces me miró y me dijo: «Ojalá hubiese estado con tu hermana».

Seo Joon la miró con el ceño fruncido y expresión de incredulidad.

—¿Te dijo eso?

Jane seguía mirando su bolso.

—Si hubiese sido Melanie, todo el mundo la habría creído. A ella siempre la creían, no importaba cuánto mintiese.



Capítulo 6

Al llegar al territorio de Pennsylvania pararon a comer un bocadillo en un bar. Tan solo llevaba dos horas conduciendo, pero Seo Joon quería estirar las piernas y beber algo. Se sentaron en una mesa junto a la ventana para poder vigilar el vehículo que estaba aparcado fuera, revisaron la carta y pidieron. Dos hamburguesas con cebolla y extra de queso y dos cervezas.

—Yo fui un niño rico —explicaba—. Me apuntaron siempre a colegios a los que iban otros niños ricos. Sin embargo, mi mejor amigo fue y sigue siendo Kang, el hijo de nuestra cocinera. No creas que fue porque yo tuviese conciencia de clases y me preocupasen las injusticias sociales. No seré tan imbécil de ponerme medallas que no me he ganado. Simplemente, Kang estaba en mi casa muchos días y nuestros caracteres eran muy afines. Teníamos una manera de pensar muy parecida y nos gustaban las mismas cosas.

—El hecho de que no te plantearas que ser amigo del hijo de la cocinera fuese algo malo ya dice mucho de ti. —Jane trató de

llevarse la hamburguesa a la boca, pero era tan grande que no sabía por dónde atacarla—. Debería haber pedido el tamaño infantil.

Seo Joon sonrió ante sus dificultades. Él le había dado un mordisco enorme a la suya y ya iba a por el segundo. Finalmente, Jane consiguió darle un primer bocado y soltó el sándwich satisfecha con su logro.

—¿Y seguís siendo amigos? —preguntó cuando tuvo la boca libre de nuevo.

—Sí.

—Cindy y yo crecimos juntas. Sus padres viven en la casa de al lado de los míos. Pero cuando me marché de Growville perdimos el contacto—. Bajó la cabeza, avergonzada, y negó—. Ni siquiera me despedí de ella. Me porté fatal, pero en aquel momento no podía hablar con nadie...

—Quizá ahora puedas arreglarlo.

Ella lo miró escéptica.

—¿Después de cinco años? No lo creo. Seguro que si me la encuentro por la calle ni siquiera me saluda. Se habrá convertido en

una señora casada y con hijos...

—¿Y qué pasa con eso?

—Bueno, ya sabes. Me mirará y pensará: «anda mira, es esa chica con la que crecí y que se largó sin decir ni adiós. Las únicas tonterías infantiles para las que tengo tiempo son para las que hacen mi marido y mis hijos todos los días».

—No tengo ni idea de lo que me hablas, te recuerdo que estoy tan soltero como tú.

Durante los siguientes segundos Jane volvió a intentar dar un mordisco a su hamburguesa y se puso perdida de ketchup y mayonesa. Seo Joon le limpió la cara con delicadeza y sin dejar de sonreír. Estaba muy graciosa.

—¿No tuviste más amigas? —preguntó. Ya había archivado el nombre de Cindy en la carpeta de no olvidar, junto a su familia.

Jane vagó por sus recuerdos y llegó hasta el primer año de instituto, cuando conoció a Lucía.

—Era una chica de origen colombiano y durante el primer trimestre entablamos una estrecha relación —relató—. Había buena

sintonía entre nosotras. Lucía era abierta y desenvuelta, siempre estaba riendo y su alegría me resultaba contagiosa. Por eso quise llevarla a casa, después de todo eso es lo que hacen las amigas. Pero a mis padres no les gustó. No hicieron nada en concreto, le hablaban de manera agradable, pero no pudieron disimular su rechazo por el hecho de que fuese originaria de Colombia.

De pronto abrió los ojos y la boca con sorpresa, como si se acabase de dar cuenta de algo.

—¡Mis padres son racistas! —exclamó.

Seo Joon miró a su alrededor y cruzó la mirada con varios de los que estaban en la cafetería y que se habían enterado perfectamente de ese defecto de los Bradford.

—Lo siento —murmuró Jane avergonzada—. No me daba cuenta de que tenía el volumen tan alto, pero es que me acabo de dar cuenta de algo terrible. ¡Mis padres no te van a aceptar en casa! Está claro que son racistas.

En ese momento hablaba en susurros y Seo Joon no pudo evitar reírse.

—Te pones muy graciosa cuando conspiras —dijo.

—Te aseguro que no exagero nada. A Lucía le hicieron un auténtico tercer grado. Que si de dónde era su familia, que si se habían ido de Colombia por el problema de las drogas... Lucía no quiso volver y se distanció de mí. Y luego está lo de Tommy...

—El chico al que acusaron de haber robado en la casa de los vecinos.

—Sí. El padre de Tommy es afroamericano.

—Como una gran parte de la población de Estados Unidos.

—No soy de las que define a la gente por su color de piel o por el tamaño de su culo —dijo, enfadada—. Pero ¿cómo no me había dado cuenta? Te juro que nunca escuché a mis padres hacer un comentario xenófobo, pero está claro que son racistas.

—Bueno, no creo que eso importe mucho en este caso.

—Cuando vean que eres coreano...

—En el caso de tus padres —dijo Seo Joon poniéndose serio—, me temo que es más una cuestión económica que racial. Así que, no te preocupes, cuando nos vean llegar en un Jaguar y les

contemos que soy un afamado pianista que da conciertos por todo el mundo, podrán tolerar el color de mi piel y mis ojos rasgados.

Jane pensó que tenía razón. Sus padres no le harían ascos a alguien que conducía un Jaguar.

—Además, no olvides que no vas a tener que casarte conmigo. Se trata solo de una función navideña.



La casa de los Bradford estaba situada en lo alto de la colina de Growville. Tenía las mejores vistas de la ciudad y un amplio terreno en el que la señora Bradford, más conocida por Samantha, plantaba toda clase de flores ornamentales en sus ratos libres. Era decoradora de interiores y la belleza era un ingrediente imprescindible en su trabajo.

El señor Bradford, Thomas para los amigos, era un abogado de prestigio. Presidía el bufete encargado de los asuntos legales de la mayoría de los negocios de Growville. Su mano derecha era su hija

Melanie, que había compensado su falta de masculinidad con un ferviente sometimiento a los deseos paternos y maternos y, desde su matrimonio, también a los de su querido esposo Derek.

Derek era un hombre con suerte. Además de ser físicamente muy atractivo, algo que solía decirse a menudo cuando se miraba al espejo, también había conseguido a la primogénita de su mentor profesional. Derek aspiraba a ser como Thomas Bradford. Tener una bonita y enorme casa con sus buenas hectáreas y que todo el mundo lo respetase... por su dinero. Derek y Melanie tenían dos hijos, Jackson y Peter, dos gemelos terribles capaces de alterar los nervios de sus padres sin demasiado esfuerzo.

Cuando Jane y Seo Joon aparcaron el coche frente a la preciosa casa de los Bradford el empresario coreano hizo un repaso mental de todo lo que estaba a la vista y sacó algunas conclusiones. La primera, que los Bradford eran realmente ostentosos. Querían tener la casa más iluminada de Growville poniendo en riesgo la belleza del edificio, que era notable. Dejaban el coche a la entrada del

garaje para que sus vecinos vieran el carísimo BMW en todo su esplendor.

—Es el coche de mi padre —dijo Jane junto al maletero—. Cuando me marché lo acababa de comprar.

—Jane... ¡Jane! —Un anciano avanzaba hacia ellos con paso algo renqueante pero seguro.

Seo Joon se apresuró a acercarse a él por temor a que perdiera el equilibrio en cualquier momento, pero el hombre lo ignoró por completo y siguió hasta su nieta, a la que abrazó con evidente entusiasmo.

—Mi niña, mi preciosa Jane —decía el hombre emocionado.

—Abuelo... —Su nieta lo abrazó con cariño sintiendo con sus brazos lo frágil y delgado que estaba.

—Qué alegría, qué alegría —repetía sin soltarla.

Después de un largo abrazo Jane consiguió presentarle a Seo Joon.

—Abuelo, te presento a Min Ho, mi... —dudó.

—Soy su novio, señor Bradford —dijo Seo Joon estrechándole la mano.

—¿Eres chino, muchacho? —preguntó sin tapujos el anciano.

—Coreano.

—¿Coreano? ¿Como ese *Kimyoyun*?

—Kim Jong-Un es el presidente de Corea del Norte. Yo soy surcoreano —aclaró Seo Joon con expresión seria.

—Vale, vale, ya veo —Bill Bradford asintió—. Será mejor que entremos, hace frío y mis huesos se resienten.

Cogieron las maletas y las arrastraron hasta la entrada de la casa. Antes de que subieran los dos escalones la puerta se abrió y apareció Samantha, la madre de Jane.

Su hija pensó que parecía más pequeña, ya no era aquella mujer imponente que ella recordaba. Cuando pensaba en su infancia la veía casi gigante, a la altura del techo de la casa, pero ahora podría mirarla a los ojos, aunque estuviese subida en esos tacones de infarto que tanto le gustaban.

La expresión de Samantha Bradford no habría variado lo más mínimo si quien estuviese ante su puerta fuese el cartero, con una multa de tráfico, en lugar de su hija pequeña a la que no veía desde hacía cinco años. Su mirada se desvió rápidamente, como impelida por un resorte o atraída por un imán, hacia el joven de ojos rasgados que sostenía una maleta Monograma, de Louis Vuitton. Después de calibrar la maleta como una de las más caras del mercado, si no la que más, dirigió la vista hacia el Jaguar que habían aparcado en su puerta. Cuando volvió a fijarse en los ojos del joven ya no le parecieron tan rasgados.

—¡Jane! —exclamó con falsa alegría—. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Y has traído a un amigo!

Seo Joon le estrechó la mano que le ofrecía.

—Yo soy Samantha, la madre de Jane. ¿Y usted es?

—El novio de su hija —dijo con una seductora sonrisa.



—Así que surcoreano —habló Thomas Bradford entregándole la copa que le había ofrecido—. Y pianista.

Seo Joon estaba de pie en medio del salón sintiendo las miradas de los padres de Jane clavadas en él.

—Qué pena que no tengamos piano —siguió Samantha—. Lo maravilloso que habría sido poder escucharte tocar.

—Nunca toca en vacaciones. —Jane se acercó rápidamente. Solo faltaba que lo hiciesen tocar el piano y descubrieran que solo era un actor haciendo un papel—. Es una norma estricta que sigue a rajatabla. Sus dedos tienen que descansar.

Jane cogió la mano de Seo Joon y la acarició con delicadeza. Él sonrió y enlazó sus dedos con los de ella, reteniéndola cuando trató de zafarse con disimulo.

—En el caso de que tuvieran piano no tendría inconveniente —dijo y giró la cara para mirarla con ternura—. Jane es muy protectora conmigo y procura que descanse, pero siendo sus padres haría una excepción, por supuesto.

—Nada de excepciones... cariño —trató de sonreír sin que se le notasen los nervios.

—Nuestros vecinos, los Salk, tienen uno. Y seguro que en cuanto le digan a su hija que estás aquí se apresurará a acudir para darte un abrazo. Cindy es la mejor amiga de Jane —le explicó a Seo Joon.

—Lo sé —respondió él tocando la punta de la nariz de su falsa novia con el dedo mientras sonreía—. Jane me ha hablado mucho de ella.

—Aunque mi hija se marchó sin despedirse —añadió Samantha sin dejar de lado su sonrisa.

—¿Y hace mucho que... salís? —preguntó Thomas cambiando de tema.

—Oficialmente, seis meses —dijo el coreano—, pero estuve por lo menos tres intentando conquistarla.

—¿Solo tres meses? —Su madre la miró con sorpresa—. En mi época las mujeres nos hacíamos valer mucho más.

Jane dejó de intentar soltarse de su mano, de pronto ya no le resultaba tan molesto.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Samantha.

—En una cafetería —explicó Jane, tal y como habían quedado.

—Yo cogí su café late y ella mi doble sin azúcar —siguió Seo Joon—. Nos miramos desde dónde estaba cada uno y nos echamos a reír.

Jane sonrió también.

—Cuando se acercó empezamos a hablar y acabamos sentándonos juntos. Nos hicimos buenos amigos —dijo.

—Yo quería otra cosa —aclaró él—, pero me di cuenta enseguida de que con una chica como Jane debía ir despacio. Tres meses después conseguí nuestra primera cita y ya no nos hemos separado.

—¡Qué romántico! —exclamó Samantha—. Perdonadme un momento, enseguida vuelvo.

—¿Te relleno el vaso? —preguntó Thomas cogiéndoselo de la mano.

—Ha ido a llamar a mi hermana —susurró Jane aprovechando que su padre se había alejado y que su abuelo estaba sordo.

Seo Joon hizo entonces algo inesperado, se inclinó y la besó en la frente.

—Cuanto antes mejor —musitó sin separar sus labios.

Se sintió reconfortada. Él estaba allí con ella y todo estaba resultando increíblemente bien.

Cuando Samantha regresó habían hablado un buen rato y se habían bebido sus copas. Aún faltaban un par de horas para cenar y Seo Joon dijo que le gustaría dar una vuelta por el pueblo para conocer el lugar en el que había vivido Jane tantos años. Se despidieron, asegurándole a su madre que regresarían puntuales para la cena.

—Le he dicho a tu hermana que venga a cenar. —Su madre los acompañó a la puerta—. Así podréis conocer a los gemelos.

Jane trató de sonreír, aunque aquello fue más una mueca extraña, y Seo Joon le dio las gracias con suma amabilidad.

—No te gires —ordenó entre dientes, tratando de que solo él la escuchara—. Mi madre nos estará vigilando hasta que doblemos la esquina.

Sin decir nada, Seo Joon sacó su mano del bolsillo del abrigo y rodeó su cintura atrayéndola hacia él.

—¿Qué haces? —dijo ella sorprendida.

—Al público hay que darle lo que espera.



Capítulo 7

—Esa de ahí es la tienda en la que compré mi primer cuaderno de dibujo —señaló la fachada de una mercería.

—Ya veo, así podías comprar los botones e hilos al mismo tiempo.

—No seas tonto. Cuando me marché todavía era una papelería.

—Está claro que cerraron por tu culpa. ¿Quién más compra libretas en este siglo? Te fuiste y les causaste la ruina. Deberías estar avergonzada, señorita Bradford.

Jane no pudo disimular su risa a pesar de sus férreos esfuerzos por contenerse. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se reía tanto como desde que conoció a Seo Joon. Sería muy fácil enamorarse del coreano. Al darse cuenta de lo que estaba pensando se asustó. ¿Cómo podía pensarlo siquiera? Si él se daba cuenta sería horrible. No, de ninguna manera.

—Ven, iremos por allí, te enseñaré el bar de los Nam. —Al darse la vuelta se quedó paralizada—. ¿Cindy?

Una mujer pelirroja con ojos expresivos y una sonrisa blanquísima la miraba fijamente.

—Te he visto desde allí —señaló— y os vengo siguiendo. Mis ojos me decían que eras tú, pero no podía creérmelo.

Las dos se abrazaron como si no hubiese pasado el tiempo.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —exclamó Cindy.

—¡Cuánto me alegro de verte!

—¿Has venido por lo de tu abuelo?

La joven asintió y sus ojos se pusieron tristes al pensar en ello. Trataba de no tenerlo todo el rato en la mente para que su abuelo no se percatase. Se volvió hacia Seo Joon.

—Te presento a S...

—Min Ho —dijo él rápidamente al ver que Jane metía la pata—. Soy su novio.

Jane se sintió fatal por mentir a Cindy y ella se percató de que había gato encerrado.

—¿Hasta cuándo os quedaréis? —preguntó.

—Hasta después de Navidad.

—Bien, pues tenéis que venir a cenar a casa. ¿Qué os parece mañana?

Los dos se miraron sin saber qué decir. Finalmente, ella asintió.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó.

—¿Te acuerdas de la casa de la vieja señora Travis? ¿La que se vestía con ropas antiguas y tomaba el té en tazas con el borde de plata? Pues somos sus vecinos.

—¿En la casa de piedra roja?

—¡Exacto! Veo que aún te acuerdas. Robert y yo la compramos e hicimos obras en ella. Ahora es una casa enorme y preciosa y no tiene nada que envidiar a la de la señora Travis.

—¿Robert? ¿No será Robert Harvey? —preguntó Jane sorprendida.

—Sí —sonrió—. Finalmente me casé con Robert Harvey. Es un hombre muy persistente.

—Cindy siempre fue su gran amor —explicó a Seo Joon—. Estuvo enamorado de ella desde el colegio, pero ella decía que no podía perderlo como amigo y siempre le dio calabazas.

—Siempre no —dijo él con aquella seductora voz que utilizaba para sus personajes.

—La vida te da sorpresas. —Cindy seguía sonriendo—. Llevamos tres años juntos y somos muy felices. Probablemente vayamos en busca de un bebé muy pronto.

—¡Oh, Cindy! —La cogió de las manos, emocionada—. Me alegro muchísimo.

—Por cierto. La señora Travis me pregunta a veces por ti.

—¿Por mí?

—Sí. El otro día me dijo que había pasado muy buenos ratos tomando el té contigo.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Se puso triste al pensar en la pobre mujer.

—Pues a ella no se le ha olvidado —aseguró su amiga sin abandonar su alegre sonrisa—. Quizá podrías hacer un hueco para visitarla. Ya está muy mayor, apenas sale de casa. Nosotros la vigilamos un poco y a veces le llevo algo de comer, por si acaso. Bueno, quedamos así. Mañana venís a cenar a casa y nos ponemos

al día de todos estos años. Encantada de conocerte, Jang. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijeron los dos al unísono.

Durante unos minutos caminaron uno al lado del otro en silencio y fue Seo Joon el primero en hablar.

—Lo sabe —aseguró.

Jane asintió.

—Cindy nunca fue fácil de engañar.



El restaurante de los Nam tenía un cartel en la puerta en el que ponía: Se traspasa. Y de repente Jane tuvo deseos de llorar. No sabía por qué, pero fue como si una enorme burbuja explotara dentro de su pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ver a su abuelo tan desmejorado, tan delgado y pálido. Enfrentarse a sus padres y darse cuenta de que para ellos no había cambiado nada, a pesar de su ausencia seguían mirándola igual. Y, por último, el

encuentro con Cindy. Se la veía tan feliz... ¡Y no le había hecho ni un reproche!

—Vamos —la animó, cogiéndola suavemente de los hombros—. Busquemos un lugar en el que podamos beber algo fuerte.

Después de beberse el segundo tequila el corazón de Jane volvió a latir de manera regular y sus ojos dejaron de mostrar aquella expresión lastimera. Seo Joon la miraba comprensivo, era consciente de que todo aquello estaba siendo una dura prueba para sus emociones. En los días que hacía que se conocían había empezado a adivinar quién se escondía detrás de esa apariencia segura y firme que mostraba ante todos.

—¿Quién es esa señora Travis con la que tomabas el té? —preguntó.

—Ya te hablé de ella. Cuando Tommy y yo éramos unos críos solíamos ir a espiarla. A Cindy le daba miedo y nunca quería venir, por eso iba sola o con Tommy.

—¿Y cómo acabaste tomando el té con ella?

—Me contrató para que cuidase su jardín.

—Vaya, parece que fuiste una niña muy trabajadora.

—Me gustaba ganar mi propio dinero, de esa manera no tenía que justificarme ante mis padres cuando quería comprarme algo. Ya sabes, ropa, música, lo que quieren los adolescentes.

—¿Y la señora Travis no estaba loca?

—No, no estaba loca —negó con la cabeza con la mirada fija en su vaso—. Su marido y su único hijo murieron en un accidente de tráfico. Eran toda su vida y de la noche a la mañana se quedó sola. Se sentía culpable porque cogieron el coche por ella. Iban a celebrar su décimo aniversario de boda y habían invitado a algunos amigos. Ella tenía mucho que hacer y le pidió a él que fuese al centro a buscar su vestido, no había podido recogerlo antes porque se lo habían tenido que arreglar. No volvió a verlos con vida. Después de eso corrió la voz en el pueblo de que creía que seguían en casa con ella.

Miró a Seo Joon y se sorprendió al ver su mirada, parecía realmente apenado por esa mujer a la que no conocía. Estaba claro que era una persona muy sensible.

Después de la tercera copa no la dejó beber más y pidió al camarero que les llevase dos cafés.

—No estaría bien llegar borrachos a la cena —sonrió—. Aunque, si quieres, podemos perdernos por ahí y contar cualquier cosa cuando volvamos.

Jane negó con la cabeza.

—Sería retrasar lo inevitable. No, quiero hacerlo cuanto antes. Enfrentarme a la vida perfecta de mi hermana, afrontar que fui una desgraciada con Cindy y así, después de todo eso, podré centrarme en lo único que importa: mi abuelo.

—No olvides que no estarás sola, Jane, yo estaré contigo.

Lo dijo en un tono que le puso el vello de punta. No podía apartar la vista de su boca, era como si sus labios la atrajesen como un potente imán. Cerró los ojos un instante, tratando de recuperar la serenidad, y cuando los volvió a abrir Seo Joon estaba en la barra pagando.

Lo observó desde la seguridad de la distancia y por primera vez se dio cuenta de lo atractivo que le resultaba. Era muy distinto a los

hombres que ella había conocido. Tenía una elegancia natural y se vestía increíblemente bien. Delgado, con la musculatura justa para que el traje se ajustara a su cuerpo y una expresión aniñada que hacía que sus treinta y cinco años parecieran veinticinco. Se preguntó por qué nunca hablaba de su esposa. A Hyun lo había mencionado en muchas ocasiones, se notaba que adoraba a su hijo, pero ni una palabra de la madre.

—Si quieres ir a esa cena, me temo que ha llegado el momento —dijo, parándose frente a ella con una confiada sonrisa.



Jane se paró frente a la que había sido su casa durante muchos años y contempló la exagerada iluminación con las manos en los bolsillos de su abrigo y el gorro calado hasta las orejas. Se vio a sí misma correteando alrededor de los árboles que adornaban el jardín delantero. Su madre seguía cuidando de sus flores como había hecho siempre. Recordó las veces que había querido ayudarla,

compartir con ella un momento íntimo como madre e hija. Pero Samantha no la quería nunca a su lado, siempre encontraba algo que mandarle para que se marchara de allí.

Al pensar en el pasado se dio cuenta de que habría sido todo mucho más fácil si sus padres la hubiesen maltratado físicamente. Entonces habría podido odiarlos desde el principio y, al alejarse de ellos, los habría olvidado para siempre. Pero los Bradford no hacían esas cosas.

—¡Jane! —Melanie la recibió con una expresión de sorpresa—.
Estás... muy cambiada.

Las dos hermanas se dieron dos fríos besos y por fin Jane se enfrentó a Derek.

—Jane —dijo él con voz profunda y mirada intensa—. Me alegro de verte.

—Y yo —mintió—. Os presento a Jang, mi... novio.

—Encantado —dijo Seo Joon estrechando la mano primero de Melanie y después de Derek mientras lo calibraba con la mirada.

El antiguo novio de Jane era alto, fornido y parecía muy seguro de sí mismo. Estaba claro que toda su vida había conseguido lo que quería y miraba al mundo desde el pedestal en el que él mismo se había puesto. Sintió una antipatía visceral hacia él y se preguntó cómo una persona como Jane pudo enamorarse de alguien así.

Melanie, en cambio, le pareció una pobre mujer. No parecía muy feliz a pesar de su permanente sonrisa y los esfuerzos que hacía por parecer alegre. Sus ojos decían lo contrario y miraba a su hermana casi con envidia. Era realmente hermosa, tal y como Jane había dicho, pero tenía esa clase de belleza simple que él detestaba por superficial.

—La cena ya está lista —anunció Samantha al ver que la cocinera le hacía gestos desde la entrada.

—¿Marisa? ¡Marisa! —Jane no pudo evitar el grito de alegría al ver a la cocinera. No pensaba que siguiese trabajando para su madre.

—¡Jane! —La mujer le devolvió el abrazo—. Pensé que ya no te acordarías de mí.

La joven siguió abrazándola un rato más antes de separarse para mirarla. En esos cinco años no había cambiado nada.

—Estás igual —dijo, emocionada—. Me alegro tanto de verte...

Marisa había cocinado para su madre desde que ella recordaba. Desde niña sintió por ella un enorme cariño y simpatía. Se había ganado un lugar en su corazón a base de pequeños detalles y grandes gestos. Siempre encontraba la manera de ayudarla cuando estaba en apuros. Como la vez que rompió el jarrón de la entrada, al darle con la mochila mientras hacía trastadas, y la mujer se autoinculpó para protegerla.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te va todo? —preguntó sin percatarse de que todos la observaban—. ¿Qué tal Enrique?

—Muy bien, mi niña. Los dos estamos muy bien. —Marisa vio la expresión malhumorada de Samantha y se apartó de la puerta para dejarlos pasar—. Será mejor que pasen al comedor o se les enfriará la cena.

Jane se volvió y no se sorprendió al ver las caras de circunstancias de su familia. El único que parecía entender su

comportamiento era Seo Joon, que la miraba con simpatía, como siempre.

—Después de la cena me gustaría hablar un poco contigo. —Se apartó también de la puerta y dejó que pasaran todos—. ¿Podrás quedarte un poco?

—Claro, mi niña. —La mujer la miró con enorme cariño—. Estás radiante, Jane, no sabes cuánto me alegra verte tan bien.

La inventora sonrió y su rostro se iluminó con una luz que Seo Joon no había visto hasta ese momento. El coreano se acercó a saludarla.

—Buenas noches, señora Marisa. —Le estrechó la mano—. Soy Jang, me alegro de conocerla.

—Él es... —Jane no podía mentirle, a ella no.

—Tu novio —dijo la mujer—, he oído hablar de él. Encantada, señor Jang.

—Dejemos lo de señor para mi padre, ¿le parece? —sonrió—. A mí llámeme Jang. O mejor incluso, llámeme Seo Joon, es como me llaman mis amigos.

Marisa sonrió orgullosa de que hiciese aquella distinción con ella.

—Ahora id a cenar —susurró—. Tu madre va a estar un mes enfadada conmigo por esto.

—Tienes razón —admitió Jane con pesar—, lo siento mucho.

—Tranquila, *mija*, si no fuera por eso sería por otra cosa, ya sabes cómo es.

Ella asintió y cogió la mano que le tendía Seo Joon para ir al comedor. Se estaba acostumbrando a ese gesto y ya lo aceptaba con naturalidad. Pero, precisamente por eso, había empezado a preocuparse. ¿Qué pensaría su mujer si los viese? ¿Cómo explicarle que tan solo era una función navideña?



Capítulo 8

—Mamá, tienes que ver los vestidos que ha traído Brittany. Son lo más precioso que hayas visto nunca. ¿Vendrás conmigo mañana? Quiero comprarme uno para la cena de Nochebuena.

—Claro que sí, tesoro. —Samantha miró a su hija mayor con cariño—. Brittany debería regalártelos. Después de todo, luciéndolos tú, seguro que se ven más hermosos.

—No digas esas cosas, mamá, que me avergüenzas.

—En el despacho todo el mundo la admira. —Su padre se dirigió a Seo Joon—. Es la asociada más elegante y también la más competente.

Melanie miró a su hermana con una expresión que Jane conocía bien. Era la que ponía siempre que sus padres la halagaban. Era un: te jodes silencioso.

—Abuelo, ¿quieres mantequilla para las patatas? —preguntó ella ignorándola.

El anciano asintió sin decir nada, pero la expresión de su rostro advertía de que no le gustaba nada cómo se estaba desarrollando la cena.

—Y tú, Jane, ¿a qué te dedicas? —preguntó Derek.

—Diseño juguetes —explicó.

—¿Juguetes? —Su hermana la miraba como si no diera crédito—
—¿En serio fabricas juguetes?

—No los fabrico, los diseño —aclaró con toda tranquilidad.

—Madre mía, pobrecita. —Movi6 la cabeza con pesar—. No creo que se pueda llegar muy lejos en el campo de los juguetes. ¿Cómo funciona? ¿Los mejores hacen Barbies?

Thomas Bradford soltó una sonora carcajada y su mujer lo imitó de manera muy artificial.

—¡Cómo eres, Melanie! —dijo su madre.

Jane sonrió y se ahorró cualquier comentario sarcástico. Sabía bien que eso era lo que su hermana estaba deseando. Le encantaría que perdiera los papeles delante de Seo Joon.

Derek no se reía, al contrario, parecía molesto con la actitud de su mujer. Seo Joon, por su parte, trataba de mantener la serenidad. Era un invitado en aquella casa y, además, debía mantener la compostura por Jane.

—¿Has visto que bonita ha dejado mamá la que era tu habitación? —preguntó Melanie.

—Sí —respondió Jane—. He visto que ahora hay dos camas.

—Son para Jackson y Peter, mis tesoros. Papá y mamá están completamente enamorados de ellos. Yo no quería que desmontaran tu habitación, que te lo digan ellos.

—Es cierto —reconoció su madre—. Melanie creía que era demasiado pequeña para los gemelos.

—Pero mamá insistió en que la mía no se puede tocar porque nosotros estamos aquí y tú no.

—Después de todo tú te fuiste porque quisiste —dijo Samantha.

Jane no dijo nada y se centró en la comida que seguía llenando su plato.

—Nosotros vivimos muy cerca de aquí, al lado del parque Lincoln. ¿Te acuerdas de ese parque, Jane? —Melanie se giró hacia su marido con una enorme sonrisa—. Ahí fue donde nos dimos nuestro primer beso.

La inventora bajó la mirada a su comida, estaba empezando a sentir vergüenza ajena al ver los esfuerzos que hacía su hermana por incomodarla. Hubiese querido decirle que dejase de esforzarse, que a ella no le importaba ya nada de todo aquello, pero se concentró en separar los guisantes de las zanahorias y las patatas. Había que ver lo impertinentes que llegaban a ser los guisantes.

—Mamá. —Melanie volvió al ataque—. Después de cenar podríamos enseñarles el vídeo de la boda. Ya que no quiso venir...

—¿Y los gemelos? —preguntó Jane tratando de atajar el tema—. Mamá dijo que los traerías para que los conociera.

—Los hemos dejado con la canguro —dijo su hermana con expresión de hartazgo—. Necesito ayuda, ¿sabes? Son dos niños muy movidos.

—Lo que pasa es que no sabes manejarlos. —Derek se sirvió del plato del guiso de ternera haciendo caso omiso a los gestos de Melanie—. Esos críos nos están costando un riñón.

Melanie trató de sonreír, pero solo consiguió una mueca torcida.

—No se puede escatimar en los hijos...

—¿Escatimar? Se pasan el día en la guardería y por la noche tienes a Ellen para que los bañe y les lea un cuento. Si eso es escatimar...

—¿Ellen? —preguntó Jane—. ¿Ellen Breedlove?

Su hermana asintió.

—¿Cómo está?

—Pues bien, supongo. —Melanie parecía confusa con su interés.

—Estará estudiando, imagino. ¿Y sabéis algo de Tommy?

—Su madre se ha inventado una historia muy rocambolesca sobre su hijo —se burló Samantha—. Va contando a todo el mundo que es dueño de una empresa de zapatillas deportivas y que está muy bien situado en Boston. Todos la miramos con simpatía, ya se sabe que para una madre sus hijos son siempre altos y guapos.

—No todos —susurró Jane, por lo que solo la escuchó Seo Joon que estaba sentado a su lado y que hacía rato que no probaba bocado.

—Jang, cuéntanos algo de tu vida. Por lo que me ha dicho mi madre debe ser muy interesante —pidió Melanie mirándolo con interés.

No podía creer que su hermana hubiese conseguido un novio rico y famoso. Cuando su madre se lo contó se rio, convencida de que estaba bromeando.

—No hay mucho que contar. —La miró a los ojos—. Estudié piano en el conservatorio y doy conciertos.

—Debes haber conocido a muchísima gente —siguió ella—. ¿Cómo fue que te fijaste en Jane?

La susodicha se atragantó con el trozo de zanahoria que se acababa de meter a la boca y tuvo que beber agua entre toses. Cuando la situación se calmó Seo Joon volvió a tomar la palabra.

—Sería muy difícil no fijarse en Jane —dijo con expresión ambigua, tratando de ocultar su enfado—. Es una persona

extraordinaria.

Melanie bajó la cabeza haciendo ver que contenía la risa, pero su marido miraba a Seo Joon fijamente.

—Jane siempre fue alguien muy especial —dijo de pronto.

Tanto la mencionada como su hermana miraron a Derek con sorpresa.

—¿Qué quieres decir con especial? —preguntó su esposa.

Derek seguía mirando a Seo Joon, ignorándola.

—Era una persona auténtica, nada superficial. Y divertida, también muy divertida.

—Lo dices como si solo ella lo fuese. ¿Es que acaso yo no soy divertida? —preguntó Melanie enfadada.

—No estamos hablando de ti. —Por fin la miró con expresión de hartazgo—. Siempre tienes que ser el centro de todo. Ahora hablamos de tu hermana, a la que, por cierto, hace cinco años que no veíamos. Podrías mostrar un poco más de interés por lo que ha sido su vida en este tiempo, digo yo.

Seo Joon se mantenía serio porque, a pesar de que Derek estaba defendiendo a Jane frente a los demás, había algo en él que no le gustaba nada.

—Creo que en cuanto la vi me enamoré de ella —siguió y a punto estuvo de provocar otro atragantamiento en Jane, esa vez con el vino que estaba bebiendo—. Es una persona maravillosa, divertida y dulce. Y como diseñadora es increíble, sus juguetes para niños han revolucionado el mercado del juguete a nivel mundial. Sin embargo, ella se muestra humilde, sencilla y auténtica, sin hacer caso a los halagos.

Pasó el brazo por sus hombros y la atrajo hacia él, plantándole un beso en la boca que la dejó sin palabras.

Los padres de Jane se miraron sorprendidos. No solo por aquel intempestivo gesto amoroso, sobre todo al saber que su hija había triunfado de ese modo.

—Debes ganar mucho dinero. —Su padre la miró con atención—. Supongo que tendrás abogado.

Jane trataba de recuperarse de aquel beso y le importaba muy poco lo que le estaba preguntando su padre.

—De momento no he necesitado los servicios de ningún abogado y espero no necesitarlos nunca —dijo después de unos segundos con el corazón latiendo desbocado—. En cuanto a lo del dinero, no me quejo, trabajo en una gran empresa y me siento muy a gusto allí. Creo que seguiría trabajando, aunque me pagaran menos.

—Suerte que tus jefes no pueden oírte —apuntó Melanie—, pensarían que eres tonta. Lo cierto es que nunca tuviste ambición. Por eso no pudiste trabajar con papá en el bufete...

—Jane —la llamó su abuelo—, pásame el vino.

Su nieta lo miró sorprendida.

—Pero abuelo...

—Tranquila, beberme una copita de vino no será lo que me mate.

—Abuelo —intervino Samantha—, no puedes beber con las past...

—Yo no soy tu abuelo. —La miró muy serio.

—Cómo eres, papá —dijo su nuera riendo como si hubiese contado un chiste.

—Tampoco soy tu padre —insistió Bill—. Tu padre era James Donald, un granjero de Minnesota que murió solo en su granja sin haber podido conocer a sus nietas.

—Papá... —medió Thomas.

El anciano dio un golpe en la mesa.

—Debería daros vergüenza, aunque para eso tendríais que haberla tenido alguna vez. —Se puso de pie—. Jane ha venido a verme a mí, así que dejad vuestras estúpidas pullas y dejadla en paz. Cuando os escucho me doy cuenta de que la muerte no es un lugar tan terrible al que ir.

Sin decir nada más abandonó el comedor, dejándolos a todos con el corazón encogido.

—¿Qué le pasa al abuelo? —preguntó Melanie cuando el silencio se le hizo insoportable.

—Ya le conoces, hija —dijo Samantha—, de una tontería hace un problema.

Jane se levantó apartando la silla con suavidad.

—Voy a verle...

—No seas tonta. —Melanie le hizo un gesto para que se sentara —. Si vas aún se pondrá peor, es como un niño.

—¿Te importa? —preguntó, mirando a Seo Joon.

—Claro que no, ve —la animó el coreano con una dulce sonrisa.

Melanie sintió una rabia visceral al ver con qué delicadeza la trataba. Sabía que era muchísimo más guapa que su hermana y que si se lo proponía podía ser mucho más interesante y divertida.

—Jang, qué nombre tan bonito —dijo con su sonrisa más seductora—. Ojalá tuviésemos un piano para escucharte tocar.

—¿No hay ningún vídeo tuyo en YouTube? —preguntó Derek con expresión irónica.

—No que yo sepa.

Seo Joon se preocupó un poco al pensar qué pasaría si se ponían a buscarlo en YouTube y descubrían que su nombre era el

del protagonista de una serie coreana.

—Tienen una casa preciosa. —Desvió la conversación hacia los padres de Jane.

—¿Te gusta? —preguntó Samantha.

—Se nota que es decoradora, ha hecho un trabajo magnífico aquí.

La señora Bradford se hinchó como un pavo.



Capítulo 9

Jane entró en la salita en la que solía estar su abuelo y lo encontró en su sillón, junto a la ventana, con una pipa en la mano y la radio puesta.

—¿Te molesto, abuelo?

El hombre la miró con ternura.

—Tú nunca molestas, Jane. Pero no quiero que te quedes sin cenar por mi culpa.

La nieta arrastró un escabel y se sentó frente a él con las piernas encogidas.

—Ahí te sentabas para contarme tus cosas cuando eras una niña.

Jane sonrió emocionada al recordar aquellos tiempos, cuando se trasladó a vivir con ellos después de la muerte de la abuela Tamy. Se sentaba allí y le contaba todo lo que se le ocurría. En realidad, solo quería distraerlo para que no estuviese triste. La abuela y él se querían mucho y su abuelo perdió la alegría durante mucho tiempo.

—Ya sé que lo hacías para distraerme —dijo el anciano como si pudiera leerle el pensamiento.

—Tú también me distraías a mí.

Bill asintió mirándola con ternura.

—Sé que este viaje debe haber sido duro para ti. Y después de esa espantosa cena no sé si he sido demasiado injusto obligándote a venir.

—No te preocupes, abuelo, no pasa nada.

—Hola.

Jane se volvió al escuchar la voz de Seo Joon y le sonrió.

—¿Has podido escaparte?

—Van a servir el postre y me han pedido que viniera a buscaros a los dos.

—Ven aquí, muchacho. —El anciano le hizo un gesto para que se acercara.

Seo Joon obedeció y se sentó en el hueco de la ventana que salía hacia la calle y tenía un espacio para sentarse.

—Con lo que has visto esta noche te haces una idea de cómo fue la vida de mi nieta en esta casa. Espero que sepas tratarla tan bien que puedas compensar todos esos años de sufrimiento.

—Abuelo, no fue para tanto —se quejó—. No pongas a Seo Joon en este aprieto.

—Creí que se llamaba Jang —dijo el anciano confuso.

—Me llamo Jang Seo Joon, los más cercanos me llaman Seo Joon.

—¿Y yo cómo debo llamarte?

—Puede llamarme como usted quiera.

—Seo Joon entonces.

El coreano sonrió alegre.

—Sonríe mucho este muchacho —apuntó el abuelo frunciendo el ceño.

—Es una característica de los coreanos —dijo Jane—, sonrían a menudo y sin venir a cuento.

—¡Oye! —exclamó él fingiendo haberse ofendido.

—¿Qué? ¿No es cierto? Te ríes todo el tiempo y le quitas importancia a las cosas.

—Porque realmente hay muy pocas cosas que la tengan.

Bill miraba a su nieta y a ese joven coreano y sonrió satisfecho. Estaba claro que Jane había encontrado a alguien que merecía la pena.

—Escucha, Jane. Quiero que sigas su consejo —señaló a Seo Joon con la pipa—. Muy pocas cosas tienen importancia y te aseguro que ninguna de ellas tendrá que ver con esas dos arpias que están en el comedor poniéndome verde. Quiero irme de este mundo sabiendo que mi nieta es feliz, pero feliz de verdad, no esa felicidad de ahora que consiste en tener un buen coche o una casa lujosa. Feliz como lo fue tu abuela conmigo. Como lo fui yo mientras ella vivió.

Jane cogió la mano de su abuelo y apoyó en ella su mejilla. Quería sentirlo cerca, notar su calor y el olor de su piel que tan bien conocía. Había sido su ancla, su soporte en los malos momentos.

Incluso aquella noche de hacía cinco años, entonces también intentó aliviar el dolor que le salía por todos los poros.

—Cuídala bien, Seo Joon. Esta niña es igual que su abuela, tiene un corazón de oro. Si has conseguido que te ame, debes saber que te espera una vida de amor y felicidad. Incluso aunque tengáis que soportar algún que otro golpe, sabréis que sois afortunados.

Seo Joon la miraba pensativo. Tenía una expresión lánguida y relajada, el pelo caía hacia atrás y su mejilla se apoyaba en la mano del anciano. La vio realmente hermosa, con una belleza que subyugaba y estremecía. Se sintió vulnerable frente a ella, como si hubiese tocado su corazón haciendo que latiese a otro ritmo.

Jane vio cómo sus ojos se oscurecían al mirarla y sintió como se protegía de ella. Levantó la cabeza y miró a su abuelo con enorme cariño.

—Será mejor que regresemos al comedor, abuelo —dijo—. Voy a estar aquí solo unos días y, si quieres que estemos el mayor tiempo posible juntos, tendremos que aceptar las cosas de mamá y de Melanie.

—¿Te puedes creer que tu madre le puso ese nombre a tu hermana por Melanie Hamilton, de *Lo que el viento se llevó*?

—Claro que sí. —Su nieta se puso de pie—. Y a mí me puso Jane por Jane Eyre. Recuerdo que cuando pregunté quién era esa Jane, Melanie se encargó de aclararme que se trataba de una institutriz fea a la que un hombre engaña para que se case con él, aunque ya está casado.

—En realidad la novela no habla de eso —intervino el coreano frente a ella—. Jane Eyre es fea para quienes no son capaces de ver en su interior, pero para Rochester es la mujer más hermosa del mundo. Él no quiere engañarla, pero ¿qué hacer cuando sabes que ella es el amor de tu vida y un error del pasado no te permite tenerla?

—No he leído el libro, así que no puedo opinar —admitió Jane—, pero diría que acabas de hacerme un *spoiler* como una casa.

—Por suerte eso tiene fácil solución. Lo de que no la hayas leído —dijo Seo Joon sonriendo—. Para lo del *spoiler* ya no hay nada que hacer.

—Y tan fácil. —Bill se levantó de su butaca y caminó hasta una de las estanterías con libros que había en aquel saloncito. Sacó uno de los tomos perfectamente ordenados y se lo llevó a su nieta—. Aquí lo tienes, *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. Y es una magnífica edición, por cierto.

Jane abrió el libro por la primera página y leyó en voz alta el fragmento inicial:

«Aquel día no hubo manera de dar un paseo. El caso es que por la mañana anduvimos deambulando una hora entre los pelados arbustos; pero después de comer —y la señora Reed, cuando no había invitados, comía pronto—, el helado viento invernal había acarreado unas nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante que volver a poner el pie fuera de casa era algo que a nadie se le pasaba por la cabeza.

Yo me alegré. Nunca había sido aficionada a las caminatas largas y menos si la tarde estaba fría. Me resultaba horrible volver a casa a la cruda puesta del sol con los dedos de los pies y manos entumecidos, el corazón contrito por las regañinas de Bessie, la

niñera, y apesadumbrada bajo la conciencia de mi inferioridad física con respecto a Eliza, John y Georgina Reed».

Cerró el libro y miró a los dos hombres alternativamente.

—Ya tengo lectura para estas Navidades. Y creo que va a ser un gran libro.

—Puedes estar segura —dijo Seo Joon.



—Podéis juntar las camas si queréis —dijo Samantha cuando los acompañó hasta la habitación—. En el armario tenéis ropa de cama y mantas por si tenéis frío. Que durmáis bien.

—Gracias, mamá —pronunció Jane y en el mismo instante en que lo dijo sintió una punzada en el estómago.

Hacía cinco años que no llamaba así a nadie.

—Me alegra que estés aquí —dijo su madre antes de salir y cerrar la puerta y, curiosamente, a Jane le pareció que era sincera.

Se volvió hacia Seo Joon que colocaba su maleta en una silla dispuesto a deshacerla.

—¿Quieres escoger cama? —preguntó.

—Deberíamos juntarlas. —La miró con una ceja levantada—. Tu madre no es tonta, si dormimos así se dará cuenta de que hay gato encerrado.

Jane asintió, tenía toda la razón y ellos eran dos adultos, no iba a pasar nada porque durmieran en la misma cama.

—Tú empuja por ahí y yo empujo por aquí. —Él le dio instrucciones.

—Espera, espera —dijo ella y se subió a la cama para sacar las sábanas del lado interior, donde iban a quedar pegadas—. Tenemos que vestirla como si fuese una cama de matrimonio.

—Tienes razón. —Se subió a la suya e hizo lo mismo.

Como estaban muy cerca el uno del otro no calcularon bien las distancias y en uno de los movimientos chocaron sus cabezas.

—¡Au! —gritó ella.

Seo Joon se llevó las manos a la frente donde se había golpeado y luego empezó a reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella enfadada al tiempo que se bajaba de la cama frotándose la cabeza.

—Tú —dijo él acercándose—. No imaginaba que tuvieses la cabeza tan dura.

—¿Que yo tengo la cabeza dura? ¡Pero si ha sido como chocar con una roca! ¡Qué digo con una roca! ¡Con una bola de acero!

—Y exagerada. También eres exagerada —se burló.

—¿Exagerada? Me va a salir un chichón, ya lo verás.

—Pues a ver qué se te ocurre para explicarlo porque seguro que a tu madre y a tu hermana les interesará saberlo —bajó el tono—. Si quieres les digo que eres muy salvaje en la cama...

—¡Serás...! —Cogió la almohada y le golpeó con ella repetidamente mientras él trataba de alejarse sin conseguir evitarla—. Ni se te ocurra decir nada...

—¿Te imaginas la cara de envidia de tu hermana?

Ella se detuvo y lo miró tratando de saber si hablaba en broma o lo estaba diciendo en serio, pero con Seo Joon era muy difícil asegurarlo.

—¿Quieres que piensen que soy una loca del sexo?

—¿Por qué no? Estoy seguro de que tu hermana se llevaría una sorpresa.

Jane lo miró con curiosidad.

—Estás hablando en serio.

Seo Joon asintió lentamente y no pudo evitar que el rubor acudiese a sus mejillas, haciendo que se sintiera como una quinceañera.

—Será mejor que deshagamos el equipaje y nos metamos en la cama —dijo sin pensar—. Quiero decir... Que nos acostemos. O sea, que... ¡Mierda! Es igual, tú ya me entiendes.

Soltó la almohada, abrió su maleta y empezó a sacar su ropa. Seo Joon inclinó la cabeza tratando de ver en sus ojos, pero Jane tenía la suya baja a propósito para evitar su escrutinio. El coreano

se acercó a ella suavemente, hizo que dejara la ropa donde estaba y cogiéndole la barbilla la obligó a mirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Se encogió de hombros.

—Ha sido tal y como esperaba.

El coreano se sorprendió de que aquellos grandes y brillantes ojos se mostrasen tan vulnerables.

—Si me permites decirte algo sobre lo que he visto esta noche, deberías saber que todo lo que dicen habla más de ellos que de ti. Lo que yo he visto en la cena de esta noche es a dos mujeres muy insatisfechas unirse para atacar aquello que no comprenden.

—¿Insatisfechas? —Jane torció una sonrisa—. Mi hermana siempre ha tenido lo que deseaba. Desde niña. Y mi madre se siente orgullosa de su hija, la ve como su gran obra. Yo tan solo soy un accidente, un mal que hay que soportar.

—¿Eso eres? —sonrió—. ¿Lo único que importa es lo que otros piensen de ti?

—No quería decir eso.

—Jane, la familia no la elegimos, nos elige. Somos libres de tomar nuestras propias decisiones y de que nuestros pasos nos lleven a donde deseamos realmente. Incluso si esos pasos nos alejan de ellos.

—Eso fue lo que hice, alejarme. Pero aquí estoy otra vez. —Miró aquel dormitorio infantil—. En la habitación de unos sobrinos a los que ni siquiera conozco. Me marché de casa hace cinco años y el único que ha querido saber de mí en este tiempo ha sido mi abuelo. Para mi madre mi partida solo provocó el deseo de borrar cualquier rastro que yo hubiese dejado. Y lo consiguió bien, por cierto.

Se apartó de él y deambuló por el cuarto, recordando cómo era.

—Aquí había un escritorio de color rojo. Tuve que luchar mucho para conseguir que me dejaran ponerlo en ese color. Todos los muebles eran blancos y rojos. La cama estaba aquí y tenía varios póster en esta pared.

—¿De quién? —preguntó, interesado.

—Pues de superhéroes. Tenía a Spiderman, a Lobezno y a Wonder Woman.

—¡Wow!

—¿Qué pensabas? ¿Que era la *grupi* de alguna *boy band*?

Seo Joon asintió.

—Pues ya ves —dijo ella y se sentó en una silla de escritorio utilizando las ruedas para deslizarse por la habitación—. ¿Y tú?

—Yo no tenía *posters* en mi habitación.

—Lo imagino —habló sin dejar de moverse—. Seguro que a tu mujer no le gustaría.

De repente la alegría abandonó el rostro de Seo Joon y se puso serio. Se levantó.

—Será mejor que nos pongamos con las maletas, estoy muy cansado y me gustaría acostarme ya.

Jane lo miró sorprendida por su cambio de actitud. ¿Le había molestado que mencionase a su mujer? Debía tenerlo en cuenta de ese momento en adelante.



Cuando salió del lavabo, lista ya para meterse en la cama, Seo Joon estaba tumbado en su lado mirando la tele. ¿Por qué no llevaba camiseta? —se preguntó Jane—. ¿Es que no se había dado cuenta de que estaban en invierno? Fuera había nieve... Entonces miró sus piernas y se lamentó por haberse comprado un camión tan corto. Y, sí, era de manga larga y de franela, pero ¿ese escote? Juntó ambas partes de la pechera y se metió en la cama lo más rápidamente que pudo, tapándose hasta el cuello.

—¿Tienes frío? —preguntó él distraído—. Te diría que subas el termostato, pero temo morir deshidratado si lo haces.

«Deben ser esos abdominales los que le dan calor» —pensó Jane sin moverse.

—No, estoy bien así —dijo en voz alta—. Creía que querías dormir.

Seo Joon la miró y, después de asentir, apagó el televisor. Estiró el brazo para darle al interruptor de la luz, que había quedado en el lado de ella.

—Buenas noches, Jane —habló con la cara tan cerca de la suya que notó que su aliento le hacía cosquillas en la nariz.

—Buenas... noches. —Se dio la vuelta, dándole la espalda, y apretó los ojos con fuerza deseando que la noche pasara lo más rápidamente posible.



Capítulo 10

Jane abrió los ojos y pegó un salto en la cama al ver aquel rostro tan cerca de su cara.

—¿Qué pasa? —dijo Seo Joon mirándola con ojos soñolientos.

Soltó el aire de golpe.

—¡Dios, qué susto me he llevado! —exclamó.

—¿Tan feo estoy por la mañana?

—Perdona, es que no recordaba... Lo siento, lo siento —reconoció avergonzada al tiempo que se levantaba de la cama—. Me ducho yo primero.

El coreano miraba la puerta del baño que Jane había cerrado sin esperar respuesta y después de mirar el reloj se abrazó a la almohada y cerró los ojos de nuevo.



La diseñadora bajó las escaleras con cuidado y se saltó el séptimo escalón al recordar que crujía. Entró en la cocina y preparó

café, se sirvió una taza y salió con ella al porche envuelta en una manta que había cogido del sofá. Cuando se terminase el café saldría a correr.

Se apoyó en una de las columnas y contempló el paisaje invernal. El césped cubierto de nieve y los árboles combinando el verde y el blanco como si se hubiesen vestido para la ocasión. Sola en aquel porche recordó la escena que hizo pedazos su mundo. ¿Cómo habría sido su vida si aquello no hubiese sucedido? En poco más de un mes se habría casado. Se habría quedado a vivir en Growville y jamás habría diseñado juguetes. Quizá a esas alturas tendría uno o dos hijos y miraría a Derek preguntándose qué había fallado. ¿Seguro? Ella lo amaba. Negar lo evidente no ayudaría. Lo amaba y su corazón se hizo pedazos aquella noche. Aún tenía clavada en la retina su mirada, su triste y descorazonada mirada. La tristeza de aquella noche la arrolló como entonces y se sorprendió al darse cuenta de que no estaba preparada para ello. ¿Acaso no había cambiado hasta el punto de convertirse en otra persona? Se marchó de allí porque no quería arrastrar aquella tristeza entre la gente. No

quería, simplemente, aceptar su desgracia como el que acepta una enfermedad incurable que no lo matará, pero consumirá la energía que necesita para vivir. Secarse por dentro y sobrevivir en una vida que le recordase constantemente todo lo que no sería.

Por eso se marchó.

Pero la tristeza había pasado, en su nueva vida no había espacio para ella. Se había volcado en el trabajo, algo palpable que sabía que no le fallaría porque era algo que solo dependía de ella, de su esfuerzo y su tesón. Sin embargo, volvía a sentirla palpitando en su corazón. Y también la rabia y la impotencia...

—Jane, ¿qué haces ahí fuera?

Su padre la miraba desde la puerta abierta con el periódico en la mano, que acababa de coger del suelo.

—Vas a enfriar toda la casa. —Le hizo gestos para que entrase —. ¿Has hecho café?

Lo acompañó a la cocina y se sentó en uno de los taburetes mientras él se preparaba el desayuno. Sus padres nunca desayunaban juntos.

—¿Tienes que trabajar? —preguntó ella con la taza entre las manos.

Thomas se volvió a mirar a su hija como si no hubiese entendido la pregunta.

—Pues claro que tengo que trabajar, hija.

—Claro, no sé por qué lo he preguntado. —Quizá esperaba que se tomara unos días para estar con su hija pequeña, a la que no había visto en cinco años.

De pronto Thomas paró de untar la mantequilla y se volvió de nuevo a mirarla.

—Tendremos tiempo de vernos —aseguró como si se hubiese dado cuenta—. Estos días solemos salir antes...

—Oh, no, no te preocupes, no dejes tu trabajo por mí. Además, yo... nosotros saldremos. Esta noche vamos a cenar a casa de Cindy.

—Bien hecho.

Su padre se volvió de nuevo y siguió untando de mantequilla su pan. Jane miró su espalda y sintió, como tantas veces había

sentido, que un muro invisible la separaba del hombre que había propiciado su existencia. Era su padre, pero no había ningún nexo entre ellos. No tenían nada de lo que hablar y a ninguno de los dos les merecía la pena el esfuerzo de intentarlo.

Dejó la taza y salió de la cocina sin hacer ruido. Thomas terminó de prepararse el desayuno, colocó el plato y la taza en la barra de la cocina y entonces vio que su hija ya no estaba. Se encogió de hombros y abrió el periódico.



Llevaba cinco kilómetros cuando se volvió instintivamente al escuchar el claxon de un coche.

—Jane —la llamó Derek desde el monovolumen, haciéndole gestos para que se acercara.

Ella frunció el ceño y lo saludó con la mano esperando que se marchase, pero su cuñado insistió y, viendo que estaba interfiriendo en el tráfico, optó por hacerle caso.

—Sube. —Abrió la puerta del copiloto desde su asiento—.

Vamos, necesito ayuda.

Jane obedeció a regañadientes.

—Le he prometido a tu hermana que compraría el árbol hoy antes de ir al despacho. Debería haberlo hecho ayer, pero se me pasó y si vuelve del trabajo y no tiene el árbol en casa me matará.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Quiere el árbol más perfecto del mundo y no es que yo sea un entendido en árboles, precisamente. —Puso cara de pena—. Ayúdame, Jane, por favor. Estoy seguro de que es la providencia la que ha hecho que te cruzaras en mi camino.

Ella dudó un momento, pero finalmente asintió. Se comportaría como lo que era, la hermana de su mujer.

—Está bien.

Derek sonrió satisfecho y dedicó toda su atención a la carretera.

—¿Qué te parece este? —preguntó él.

—Es demasiado flaco —negó con la cabeza.

Siguieron avanzando entre los pasillos de árboles y Derek señaló otro mucho más gordo, pero Jane arrugó la nariz y negó con la cabeza de nuevo señalando el suelo lleno de agujas verdes que se habían desprendido de sus ramas.

—Menos mal que has venido, no veo diferencia entre ninguno de ellos —dijo Derek sonriendo.

—Pues no se parecen en nada. Mira, ese de ahí está torcido y aquel tiene unas cuantas calvas. Ese de la esquina es demasiado alto para el cuerpo que tiene y el que está a su lado parece un árbol enano. Está claro que el dueño de este puesto es como tú, no tiene ni idea de abetos o no los habría colocado así.

Finalmente, dieron con uno que sí pasó el examen y que Jane catalogó como casi perfecto. Lo llevaron hasta el coche a rastras y lo colocaron en la baca.

—Si lo atas así, no llegará a tu casa —dijo ella riendo—. Déjame hacerlo a mí.

Derek la observó mientras ataba el árbol y sintió un pellizco en el corazón.

—Gracias, Jane.

Notó un escalofrío que recorría su espalda y cerró los ojos mientras sus dedos detenían el nudo que estaba trenzando. No se movió, no quería que él viese en su mirada todos los recuerdos que acababa de evocar el tono suave y profundo de su voz. Soltó el aire de sus pulmones y siguió con el nudo.

—Sube —pidió él cuando hubieron terminado.

—No, prefiero regresar caminando.

—No digas tonterías —negó—. Sube al coche, dejamos el árbol en mi casa y te llevo a la de tus padres.

—No hace falta.

—¿Qué pasa? ¿Te pongo nerviosa? Si nos damos prisa tu hermana aún no habrá salido de casa con los gemelos. ¿No quieres conocer a tus sobrinos?

Se sintió débil e insegura, lo que le provocó un arranque de rabia al que se enfrentó subiéndose al coche.

—Parece buen tipo.

Jane lo miró confusa.

—Jang, tu novio.

—Ah. Sí, lo es. —Giró la cabeza hacia su ventanilla.

—¿Eres feliz, Jane? —preguntó, mirándola a intervalos sin que ella le devolviese la mirada.

—Lo soy —dijo sin demasiado convencimiento.

—No estaréis pensando en boda ni nada de eso, ¿no?

Lo miró sorprendida, no creía que eso fuese asunto suyo.

—De momento estamos bien así.

—Uff, qué susto. —Soltó el aire con un bufido—. Por un momento pensé que habías vuelto por eso, porque querías anunciarnos que te casabas.

Jane se sentía cada vez más confusa. Definitivamente aquello no era asunto suyo.

—No digo que no vaya a casarme, pero aún no hemos puesto fecha —respondió algo molesta.

—¿O sea que vais en serio? —preguntó, mirándola con el ceño fruncido.

—Oye, Derek, no creo que esta conversación...

—Me preocupo por ti, Jane. Aunque me casara con tu hermana, tú y yo fuimos el uno para el otro y me importas... mucho.

—Será mejor que pares el coche para que me baje. —Se puso seria.

—¿Por qué te enfadas? ¿Qué he dicho?

Ella lo miró como se mira a un niño que no sabe lo que hace.

—En serio, Derek, para el coche.

Estaban en una zona boscosa en las afueras de Growville, en la carretera que llevaba a su casa. Derek le hizo caso y se bajó también. Rodeó el coche y se puso delante de ella.

—Tú también lo has sentido. ¿Es eso? —preguntó con un brillo peligroso en los ojos—. Si me dices que no lo has sentido, sabré que ya no eres la misma Jane que yo recuerdo. Porque ella jamás me mentiría.

—No como tú. —Lo miró con rencor.

—Puedes golpearme si lo deseas, sé que me lo merezco por lo que te hice.

—¿Golpearte? No te tocaría ni con un palo —dijo ella enfadada.

Trató de sortearlo y alejarse de allí, pero Derek la cogió por la cintura y la atrajo hacia él. Sentir sus labios hizo que se borraran de un plumazo aquellos cinco años. Recordaba su sabor y la suavidad de sus caricias como si se hubiesen despedido la noche anterior. Fue como si su cerebro se desconectara por un segundo y le devolvió el beso de manera involuntaria. Derek se volvió más y más atrevido hasta que las conexiones neuronales de Jane recuperaron sus funciones y ella lo separó con firmeza.

—Pero ¿qué mierda te crees que haces? —le dijo entre dientes, enrabiada por haber respondido a sus caricias.

Derek sonrió.

—Me has besado, Jane. No puedes negar que me has besado.

—Pero ¿de qué vas? Estás casado con mi hermana —escupió como si necesitara oírlo—. ¡Tienes dos hijos! Eres un gilipollas redomado.

—Desde que te vi ayer todo mi mundo se ha desplomado. Pero no quería que pasara esto. No lo he buscado...

La diseñadora no podía sentir compasión por él, había demasiado desprecio para que le cupiese nada más.

—Será mejor que te mantengas alejado de mí —advirtió muy seria.

—Las cosas con tu hermana no van bien. Nada ha sido como esperaba. Jane...

—Ni se te ocurra decir una palabra más. Lo que pase entre mi hermana y tú no es asunto mío. Yo no soy como ella. —Al decir esas palabras un intenso dolor salió por todos sus poros—. Jamás le haría esto a otra mujer. Ni siquiera a ella.

Derek la cogió del brazo impidiéndole que se diera la vuelta para marcharse.

—Sé que no vas a creerme, que pensarás que soy un maldito cobarde, pero te juro que yo no la busqué. Me sedujo, Jane. Aprovechaba cualquier momento en el que no estabas para hacerse la encontradiza conmigo. Acudió a la fiesta de Serena cuando tú estabas enferma y me arrastró hasta el *jacuzzi*. Nunca pensé... Tienes razón, soy un gilipollas, pero yo te quería.

Jane sonrió con tristeza.

—Pobrecito Derek. —Lo miró con expresión desolada—. Fuiste solo una víctima, ¿verdad? Tengo una pregunta. Cuando me pediste que nos casáramos, ¿ya te la follabas?

—Por supuesto que no —dijo él muy serio—. Ocurrió un mes antes de que... nos vieras.

—Un mes antes de Navidad. ¡Qué tierno! ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿O creíste que era más sencillo que lo viera con mis propios ojos?

—Ya te he dicho que te quería, por eso no podía decírtelo. Se me partía el alma solo de pensarlo.

—Pues no pareció que tuvieras ningún problema cuando me hicisteis pedazos entre todos.

—Jane, por favor, perdóname. —Trató de abrazarla.

—Eres un cínico. —Lo apartó con desprecio—. Y muy poco hombre por echarle la culpa de tus actos a los demás. Tardé tiempo en ver las cosas como son, pero ahora ya no soy aquella estúpida a la que engañaste durante años.

—¡Era tu hermana! ¡Ella no debería haberme buscado!

—No, no debería, pero no te equivoques, ella no tenía ningún compromiso conmigo aparte del meramente afectivo, claro. Tú, en cambio... —Le puso el dedo índice en el pecho—. Tú te comprometiste conmigo. ¿Sabes lo que significa comprometerse? Íbamos a casarnos, Derek. En lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas? Podrías haberme dicho lo que ocurría cuando empezó. Cuando te diste cuenta de que sentías algo por ella.

—No quería hacerte daño —repitió.

Lo miró como si hablase en un idioma extraño.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Creíste que podías tenernos a las dos?

—Se me fue de las manos, pero te juro que yo te quería.

Ella movía la cabeza sin encontrar las palabras. Parecía que iba a hablar, pero volvía a enmudecer, atónita.

Derek trató de besarla de nuevo y esa vez Jane lo abofeteó.

—Si vuelves a ponerme una mano encima, te juro que llamo a mi hermana y se lo cuento todo.

Él dejó escapar un gruñido entre dientes, se dio la vuelta y lanzó un puñetazo al aire. Aquel gesto no le gustó a Jane, pero eran tantas cosas las que no le gustaban de Derek que ya nada le sorprendía.

—Voy a estar aquí tan solo hasta después de Navidad, será mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro hasta que me vaya. Eres mi cuñado y será inevitable que nos veamos en casa de mis padres, pero no te acerques a mí, Derek, te lo digo en serio.

Él se volvió y parecía furioso. Se acercó de nuevo a ella y la agarró por los brazos con tanta fuerza que le hizo daño, pero no se quejó y le mantuvo la mirada.

—¿Te lo hace mejor que yo? —dijo fuera de sí—. ¿Es eso? ¿Has tardado cinco años en encontrar a uno que te lo hiciese mejor que yo?

—Suéltame. —Trató de mantener la serenidad, aunque empezaba a estar asustada.

—No he olvidado nada de aquella época. Cada palabra que me decías mientras te hacía mía. Cada cosa que me pedías que te

hiciese... ¡Dios! Ahora mismo la tengo dura como una piedra...

—Te he dicho que me sueltes —insistió en el mismo tono.

Derek respiraba con dificultad y parecía estar sopesando sus distintas opciones. Estaban en medio de ningún sitio, en una carretera secundaria... Finalmente, entró en razón y la soltó. Jane no esperó un segundo más, se dio la vuelta y echó a correr hacia el pueblo. Aquella mañana batió su propio récord en carrera.



Capítulo 11

—¿Me has preparado el desayuno? —preguntó Seo Joon siguiéndola a la cocina.

—Alguien tenía que hacerlo y tú has resultado ser un bello durmiente.

—Gracias por lo de bello, pero gano mucho después de una buena ducha y un buen afeitado —dijo con una de sus seductoras sonrisas—. Siento haberme dormido, anoche me costó mucho conciliar el sueño, tenía mucha actividad... cerebral.

Jane lo miró con curiosidad, le parecía que iba a decir otra cosa.

—¿Has salido a correr? —preguntó Seo Joon sentándose en uno de los taburetes de la barra.

—¿Por qué lo dices? ¿Por la ropa? No, así es como me visto para desayunar. Ya lo verás, tengo un color diferente de mallas para cada día de la semana.

—Veo que correr hace salir tu vena cínica. —La miró con atención. Parecía tensa y preocupada, algo había pasado.

Se sentó frente a él una vez hubo colocado los platos y tazas del desayuno. Había hecho tostadas, untado la mantequilla y la mermelada y solo quedaba empezar a comer.

—¿Tus padres no están en casa?

—No, los dos madrugan mucho. A mi padre lo he visto antes de irme. Mi madre debe haberse marchado mientras no estaba.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó más tranquilo al saber que nadie los interrumpiría.

—¿Por qué lo dices?

¿Era alarma lo que había visto en sus ojos?

—Estás tensa —dijo Seo Joon—. Después de salir a correr suelo estar cansado, pero nunca tenso.

—¿Tú corres?

El coreano asintió. En ese momento ya no tenía dudas, ese cambio de tema era una clara evidencia de que había ocurrido algo. Pero ella no quería hablar del tema y él no iba a presionarla.

—Lo combino con la bici. A Hyun le gusta ir en bici y salimos juntos.

—Háblame de Hyun —pidió, empezando a relajarse.

—¿Qué quieres que te cuente? Es un niño muy cariñoso, abierto y sin miedos. Cuando hay tormenta suele dormir en la casa grande con mi madre. A ella le dan pavor los truenos y se relaja si Hyun está con ella. Mi padre se traslada a la otra habitación y le deja su sitio. Es muy divertido verlo. No importa la hora que sea, si escucha truenos se levanta de la cama y se va con su abuela.

—¡Qué adorable!

—Una vez, hace dos años, estábamos en una cafetería y se me ocurrió mirar a una chica que estaba trabajando con su ordenador. Te soy sincero, me pareció muy atractiva y no me di cuenta de que Hyun me observaba. Me preguntó: papá, ¿esa chica te gusta? A lo que yo le respondí que sí, que era muy guapa. Se levantó y se fue a hablar con ella. Me quedé tan sorprendido que no se lo impedí. Cuando regresó se sentó delante de mí y me miró con cara de circunstancias. Lo siento, papá —me dijo—, dice que llegas seis años tarde, que ya está casada. Me levanté y fui a pedirle disculpas,

pero ella me dijo que no había nada de qué disculparse, que Hyun era un niño encantador.

La expresión de Jane no era la esperada, más bien parecía confusa.

—Creí que estabas casado, no sabía que te habías divorciado — dijo sin disimular su sorpresa.

—Nunca he estado casado. —Se puso serio—. La madre de Hyun era mi mejor amiga.

—No quería cotillear, es solo...

—No pasa nada —la interrumpió—. No me importa contártelo, de hecho, me apetece hacerlo.

Jane le sirvió más café y esperó su relato.

—Se llamaba Bong y crecimos juntos. —Volvió a rellenar su taza con un tercer café—. Era hija del mejor amigo de mi padre y pasamos todas las vacaciones de nuestra niñez juntos. Éramos como hermanos siameses —dijo, riendo—. Bong hizo un viaje a Estados Unidos y allí conoció a John, con el que más tarde se casó. Sé que era feliz con él, aunque pasaban mucho tiempo separados a

causa de su trabajo, John estaba en el ejército. Aunque ya no podíamos vernos tan a menudo como antes seguíamos en estrecho contacto, las redes son una gran herramienta. Gracias a eso pude estar al tanto de todo lo que ocurrió porque me temo que Bong habría tratado de ocultármelo. —Hizo una pausa y Jane supo que llegaba lo importante—. John estaba en Irak cuando descubrió que estaba embarazada. Recuerdo perfectamente el día que me llamó por videollamada para decirme que su marido había muerto en un ataque al convoy que conducía. Me pidió que fuese a buscarla, que tenía que regresar a Corea antes de que la familia de John supiese que estaba embarazada. Tenía miedo de que pudiesen quitárselo. Él no se llevaba bien con sus padres, apenas tenían relación, pero el padre era juez y Bong estaba muy asustada ante la posibilidad de perder a su hijo. Compré un billete y me quedé con ella hasta dejar todos los asuntos resueltos. No pudieron repatriar los restos de su marido porque no los había.

Jane se mordió el labio para contener una exclamación angustiada.

—Volvimos a Corea sin que Bong hubiese derramado ni una lágrima. —Seo Joon bebió un largo trago de café. Le estaba costando más de lo que esperaba—. Decía que lloraría cuando el niño hubiese nacido, que debía pensar en él y sus lágrimas lo entristecerían. No quería que pensase que el mundo era un lugar triste y decidiese no venir.

Los ojos de la diseñadora se humedecieron sin que pudiera evitarlo.

—Se vino a vivir conmigo y durante esos meses cuidé de ella. Todo el mundo pensaba que teníamos una relación y dieron por hecho que el niño era mío. Solo nuestros padres sabían la verdad. Cuando estaba de siete meses enfermó. Volví del trabajo y me la encontré tumbada en el sofá delirando. Tenía muchísima fiebre. La metí en mi coche y la llevé al hospital en el que trabajaba su médico. Y entonces me enteré de todo. Tenía un tumor que no se había querido operar. Era tratable, pero estaba en un sitio que habría comprometido la seguridad del bebé, por lo que decidió no operarse.

Tampoco aceptó el tratamiento con quimioterapia ni radioterapia por el mismo motivo. Estaba dispuesta a esperar a que el bebé naciera.

—¿La historia de los padres de John no era verdad?

—Sí, en parte. John no tenía ninguna relación con ellos, pero no era nada probable que quisieran saber nada de ese niño. Si me hubiera contado la verdad, sabía que yo habría tratado de hacerle cambiar de opinión. El resto de la historia ya te la imaginas.

Jane puso una mano sobre la suya y lo miró con tanto cariño que Seo Joon tuvo que apartar la mirada para contener la emoción. Era increíble lo mucho que dolía aún.

—Y te quedaste con Hyun —dijo ella con la voz ronca.

—Tuvo tiempo de verlo nacer, pero ya no había nada que hacer para salvarla. Me pidió que lo registrara como hijo mío y que cuidara de él. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. No lleva mi sangre, pero no importa. Daría mi vida por él.

Ella asintió.

—La sangre no es la que crea los lazos, es el amor y ya veo que de eso tú tienes mucho. —Colocó una mano en su pecho, en el

lugar en el que latía su corazón.

Seo Joon sonrió con tristeza.

—Le he hablado mucho de su madre y nunca con tristeza. Quiero que tenga una idea clara de cómo era Bong y cumplir todo lo que me hizo prometer. Era una maldita manipuladora. —Se rio—. Le habría prometido cualquier cosa.

—Debió ser una mujer maravillosa para haber contado con una persona como tú. Y muy afortunada —dijo Jane con sinceridad.

—Yo fui el afortunado —aseguró—. Ella tuvo que conformarse.

La joven sonrió ante su arranque de modestia.

—¿Tienes una fotografía de Hyun? Me gustaría verlo.

Seo Joon sacó su móvil y buscó en su galería de fotos, después se lo pasó a Jane para que las mirara. Había muchas imágenes. Algunas de cuando era un bebé y dormía en los brazos de su madre. Bong tenía un rostro delicado y, aunque sus ojos mostraban el cansancio fruto de la enfermedad, parecía feliz. Siguió mirando las fotografías y vio cómo Hyun crecía junto a Seo Joon. El niño tenía una mirada brillante y serena, la de alguien que vive feliz y se

siente seguro y protegido. Le sorprendió lo mucho que se parecían físicamente, no le extrañaba que todo el mundo creyera que era su hijo. El afecto y la complicidad que compartían había hecho que se mimetizaran.

—Estoy deseando conocerle —dijo.



—Abuelo. —Jane entró en el saloncito y lo encontró fumando su pipa y leyendo un libro—. ¿Te apetece dar un paseo conmigo?

—¿Dónde está ese muchacho tuyo?

—Tiene cosas que hacer —dijo sin entrar en detalles. Seo Joon tenía que trabajar, pero su abuelo creía que era pianista y en la casa no había ningún piano.

Cogieron los abrigos y salieron a la calle. El día estaba despejado y el sol brillaba a pesar del frío. Jane se agarró al brazo de su abuelo y caminaron tranquilos hacia el parque.

—¿Cómo estás? —preguntó el anciano en cuanto se hubieron alejado de la casa.

Su nieta sonrió mirándolo con expresión incrédula.

—¿Tú me preguntas a mí cómo estoy?

—Estás aquí por mi culpa —dijo el viejo que no parecía tener ganas de sonreír—. Lo que pasó anoche en la cena...

—No te preocupes, abuelo. Estoy bien. No estoy sola, además de tenerte a ti también tengo a Seo Joon.

—Parece un buen chico —siguió Bill y se tocó el sombrero para saludar a una señora que pasaba.

—Lo es. De verdad, es una gran persona —aseguró.

Su abuelo la miró y después asintió.

—Ya veo que estás muy enamorada de él. Tienes ese brillo en los ojos.

Jane se ruborizó, ¿qué pensaría su abuelo si supiese que todo era una mentira?

—Me alegra la idea de que habrá alguien que cuide de ti cuando yo me vaya. No es que yo haya hecho mucho por ti, pero...

—No hables así, abuelo. —Apretó un poco más su brazo para transmitirle su cariño—. Yo estoy muy bien. Tengo un trabajo que me llena por completo.

—Y tienes a Seo Joon. Espero que el trabajo os deje tiempo para lo que importa —dijo Bill con una sonrisa—. Me habría gustado conocer a tus hijos. Espero que les hables de mí, pero no te inventes cosas heroicas y cuéntales la verdad.

—¡Abuelo!

—¿Qué? ¿Vas a ser como esa mojigata falsa de tu madre que no quiere que hable de esto? Como si el hecho de no hablar de ello hiciese desaparecer el problema. Si tienes que parecerte a alguien, parécete a tu abuela. Cuando supo que estaba enferma no permitió que lo obviase. Me hizo ayudarla a prepararlo todo, incluso su funeral. Aunque debo confesarte algo que no le he dicho jamás a nadie. Tu abuela quería que sonara la *Marcha Radetzky* cuando acompañáramos al féretro a la iglesia. Espero que me perdonara por no hacerle caso, pero me pareció excesivo hasta para ella.

Jane sonrió.

—Me temo que la abuela te recibirá con una sartén en la mano dispuesta a darte algún que otro sartenazo.

—Yo también lo temo —reconoció, riéndose—. Y no sabes lo mucho que lo estoy deseando.



Por la tarde Jane aceptó acompañar a Seo Joon a comprar algunos regalos de Navidad. Quería llevar algún obsequio a Cindy y a su marido esa noche, así que salieron antes de casa para buscar algo en el centro. Los escaparates estaban engalanados con luces de colores y adornos navideños.

—En Corea la Navidad es un poco diferente a la vuestra —explicó Seo Joon a una pregunta suya—. Es más parecida a un San Valentín navideño. Es un día para pasarlo en pareja o con los amigos si no tienes. Para los católicos, como mi familia, sí es un día familiar, pero para el resto es otro tipo de fiesta. Kang, por ejemplo,

siempre quería que saliera con él a tomar copas y a cenar. Y algunas veces salíamos los tres, Kang, Bong y yo, para darle gusto.

—Pero me dijiste que ponáis luces y adornos...

—Sí, sí, eso es igual y las parejas salen a pasear para ver la iluminación y disfrutar del espíritu navideño, pero no es diferente. El año que viene podrás comprobarlo por ti misma.

Jane asintió. Cada vez le apetecía más aquel viaje.

—¿Y tú has celebrado muchas navidades con pareja? —preguntó con una pícara sonrisa.

Él sonrió también.

—Unas cuantas —dijo.

—Lo imaginaba. Siendo un actor famoso debiste tener muchas «novias».

—No te creas. En esa época fueron más bien relaciones esporádicas o breves. Pero después del intento de mi madre tuve un par. Y antes... Bueno, antes no cuenta, era muy joven y creía que me iba a comer el mundo.

Jane lo miró sin fingimiento y asintió.

—¿Y tú?

—Yo nunca creí que me iba a comer el mundo —respondió irónica.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Has tenido muchos «novios»?

Negó con la cabeza.

—Derek fue mi primer y único amor —admitió sin amargura—. En Nueva York tuve un par de citas que no salieron bien. Creo que la culpable fui yo, no estaba preparada para confiar en nadie.

Seo Joon se metió las manos a los bolsillos.

—¿Cómo ha sido volver a... verlo? —preguntó sin mirarla, consciente de que era una pregunta difícil.

—Mejor de lo que me pensaba —respondió ella con firmeza—. Mucho mejor.

En ese momento sí la miró y lo hizo de un modo que consiguió estremecer a Jane, que se apretó el abrigo buscando su calor. De manera inesperada el coreano cogió su mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Jane miró a su alrededor esperando ver a alguien de su familia, pero no había nadie y sintió una oleada de bienestar

como no había sentido nunca antes. Sonrió con timidez y cruzaron la calzada para entrar en una tienda de regalos.



Capítulo 12

—Tenéis una casa preciosa —dijo Jane después de que Cindy les diese una vuelta por todas las habitaciones.

Su amiga se cogió a la cintura de Robert y apoyó la cabeza en su hombro.

—La hemos arreglado con mucho amor —sonrió con la ternura de los que amaban en la mirada—. ¿Y vosotros dónde pensáis vivir? Por lo que he entendido, Seo Joon vive en Corea y tú en Nueva York.

—De momento voy a viajar un año a Daegu, la ciudad de Seo Joon, y después ya veremos —aclaró un poco incómoda. Aunque lo que decía era cierto, lo que estaba dando a entender no.

Cindy no disimuló su decepción y Jane se preguntó si realmente su amiga había adivinado la verdad. De ser así, seguro que esperaba que se sincerase con ella y ver que continuaba con su «función navideña» le demostraría que la amistad que tuvieron había desaparecido para siempre.

Con aquella nube negra sobre su cabeza se sentó a la mesa y trató de mantener una conversación distendida y agradable. Sin embargo, los esfuerzos que tenía que hacer por mostrarse natural iban mermando poco a poco su ánimo y llegó al final de la cena completamente exhausta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Seo Joon cuando los dejaron solos para ir a por el postre.

—Estoy cansada de fingir.

—Y la tensión sexual que hay entre nosotros no ayuda mucho —habló el coreano con una sonrisa.

Jane se sonrojó y se enfadó consigo misma por ello. ¿Tan transparente era?

—Creo que lo más sensato sería acabar con eso —propuso—, y yo solo conozco un modo de hacerlo.

Ella frunció el ceño, pero no se apartó cuando él le cogió la cara con las manos y la besó.

Tenía que ser un beso suave y dulce, sin exigencias y aparentemente sin pasión, por lo que a ella no le costó nada dejarse

llevar. Pero el beso se hizo más y más profundo hasta hacerles perder la noción del tiempo. Cuando Seo Joon se separó su mirada era puro fuego y el corazón de Jane latía desbocado.

—No quiero que haya malentendidos —habló él rápidamente, como si temiera que ella hablase primero—. No busco una relación, ahora mismo mi prioridad es Hyun.

—Yo tampoco busco una relación —respondió, tratando de que no se notara que estaba molesta por sus palabras—. Solo ha sido un beso, nada más. No eres mi tipo y vamos a trabajar juntos, así que tampoco sería buena idea.

No dijeron nada más, ambos estaban demasiado ocupados tratando de asimilar la fuerza de sus emociones. Seo Joon cogió la copa de vino y apuró el contenido para borrar de sus labios el delicioso sabor de su boca. Ella se levantó y fue hasta la chimenea para calentarse las manos en un gesto que buscaba estar lo más alejada de él.

—Ya va el postre. —La voz de Cindy les llegó desde la cocina y Jane supo que su amiga trataba de avisarles, así que supuso que

los había visto.

Robert se sentó y Cindy le pidió el plato a Jane para servirle la primera.

—Siéntate un momento, Cindy —pidió su amiga—. Tengo algo que contarte.

Sin esperar a pensárselo les explicó toda la verdad y sus amigos la escucharon con atención y sin expresión alguna.

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó cuando hubo terminado.

Cindy sonrió.

—Tenía mis dudas. Lo cierto es que hacéis muy buena pareja y llegué a dudar si...

—Pues te equivocaste, no hay nada entre nosotros —la cortó con una sonrisa nerviosa—. Seo Joon y yo hicimos un trato. Él me hacía este favor a cambio de que aceptase la propuesta de trabajo en Corea. Nada más.

Su amiga la miró a ella y luego a Seo Joon y al darse cuenta de la tensión que había entre ellos optó por dejar el tema.

—¿Os apetece un poco de tarta?



—Me he alegrado mucho de verte.

Cindy y Jane estaban sentadas en el sofá, frente a la chimenea, bebiendo una copa de ponche mientras los dos hombres fregaban los platos y recogían la cocina.

—Yo también, Cindy. Y quiero que sepas que siento mucho haberme marchado sin...

—No tienes que decirme nada —la cortó—. Sé lo duro que fue para ti alejarte de esto y, aunque lloré mucho cuando encontré tu vestido de novia en mi puerta, comprendí que habías hecho lo único que podías hacer.

Jane apartó la mirada. Sus ojos se habían llenado de lágrimas al recordar aquel momento. Quizá fue el más triste de todos. Se vio a sí misma sentada en el banco que había en el porche de la casa de los padres de su amiga, abrazada al vestido de novia que habían elegido juntas, sin saber qué hacer ni a donde ir.

—Hubiera preferido que tocaras a mi ventana, que me dejaras consolarte y acompañarte hasta el autobús. Pero lo entendí, lo entendí, Jane.

Las dos amigas se abrazaron entre lágrimas y cuando Robert y Seo Joon entraron al salón y las vieron así se dieron la vuelta y volvieron por donde habían llegado.

Salieron de casa de Cindy y Robert unos minutos antes de la media noche. Tenían un paseo hasta la casa de los Bradford y ninguno de los dos parecía apresurado por llegar a su destino.

—Son una pareja muy agradable —dijo Seo Joon.

Jane se detuvo frente a una majestuosa casa.

—Esta es la casa de la señora Travis. —Miró las ventanas cerradas y el desvencijado jardín que volvía a estar repleto de malas hierbas.

Se sintió apenada por ella, aquel jardín era una muestra de su triste vida enquistada para siempre en sus recuerdos.

—Podrías hacerle una visita —propuso el coreano como si hubiese leído sus pensamientos.

Siguieron caminando, refugiándose en sus pensamientos. Las cosas no estaban saliendo como el empresario coreano había imaginado. No buscaba una relación cuando emprendió ese viaje. No le convenía y no la deseaba. En ese momento su prioridad era Hyun en todos los aspectos y no quería líos amorosos. No, no y no. Era un hombre adulto, no un crío sensible. Sabía perfectamente lo que le convenía y Jane Bradford no le convenía en absoluto. La miró de reojo y su mirada se fue directamente a sus labios, esos suaves y aterciopelados labios. Movi6 la cabeza nervioso y musitó algo inaudible.

—¿Has dicho algo? —Jane lo miró con el ceño fruncido.

—No, nada —dijo él.

Jane volvió la vista al camino mientras se recriminaba en su cabeza la estupidez que había hecho. ¿Cómo se le ocurría besar a su jefe? Últimamente estaba encadenando una estupidez tras otra. ¿En qué momento le pareció buena idea aceptar la proposición de

Seo Joon? Volver a casa con la marabunta de sentimientos que eso iba a provocar en su corazón y hacerlo con alguien tan dulce y especial como Seo Joon estaba claro que iba a traerle problemas. Se mordió el labio sin poder borrar de su mente la dulce caricia de aquel beso.



Veinticuatro de diciembre. Por fin había llegado el fatídico día y esa noche celebrarían la temida cena de Nochebuena en casa de los Bradford. Jane se levantó temprano y salió a correr a pesar de que apenas había dormido. Y a juzgar por las vueltas que Seo Joon dio en la cama, tampoco debía haber descansado mucho.

Al regresar preparó el desayuno y el coreano y su abuelo lo tomaron con ella. Ni siquiera el día de Nochebuena sus padres dejaban de trabajar. Seo Joon les habló de las costumbres navideñas de los coreanos y Bill se mostró muy interesado cuando supo que tenía un hijo. Jane se alegraba de que su abuelo estuviese

con ellos, de ese modo pudieron comportarse con normalidad y borrar los acontecimientos de la noche anterior.

Su abuelo dijo que Samantha había dejado una lista de cosas que había que ir a comprar para la cena y Jane y Seo Joon dijeron que se encargarían. Los dos se habían propuesto olvidar aquel estúpido beso y recuperar la complicidad que habían tenido desde el principio, y acabaron riendo y charlando como siempre.

Regresaron para comer. Él preparó un plato coreano con los ingredientes que había comprado y a Bill le encantó la comida a pesar de que era un poco picante.

La diseñadora trató de mantener a raya los recuerdos de cinco años atrás a pesar de que cada rincón de la casa y cada detalle de ese día se empeñaban en recordárselo. Para los Bradford la tradición marcaba que mientras se preparaba la cena de Nochebuena la familia decoraba el árbol. Y las tradiciones retrotraían a otros momentos iguales a aquellos que se estaban viviendo. Eran como anclas en una imagen a la que volvíamos irremediabilmente año tras año.



—¿Vas a salir? —preguntó Seo Joon al verla con el abrigo puesto.

Jane asintió.

—Voy a ir a visitar a la señora Travis. —Se puso los guantes—.

¿Quieres venir?

—Le había dicho a Bill que jugaríamos una partida de ajedrez.

Parece ser que no tuvo bastante con la derrota de ayer —sonrió.

Ella lo imitó.

—Seo Joon, quería darte las gracias.

—No tienes que dármelas.

—Sí, sí tengo que dártelas —insistió—. Has sido... He visto cómo tratas a mi abuelo y...

No le salían las palabras, las emociones se agarraban a su garganta y le impedían expresar todo lo que sentía. Así que se

acercó y le dio un tierno beso en la mejilla. Después sonrió y salió de la casa con la mirada de su jefe clavada en su espalda.



Capítulo 13

Se detuvo delante de la casa y miró hacia la ventana del salón. Alguien la estaba observando. Entrecerró los ojos para enfocar y vio que era la señora Travis, pero no estaba sola. Había alguien con ella, un hombre que la cogía por los hombros en actitud relajada. Debía ser alguien muy cercano, aunque estaba claro que ella no lo conocía. Las cortinas se cerraron y Jane esperó a que la puerta se abriese.

—¡Jane! —exclamó Margaret Travis emocionada—. ¡Jane, qué alegría!

Subió los escalones que la separaban de la entrada y abrazó a la anciana con cariño.

—Yo también me alegro de verla, señora Travis.

—¡Mírate! ¡Estás guapísima! Pero muy delgada. —Movié la cabeza con preocupación.

Jane había sentido una reconfortante sensación al notar su apretado abrazo y se afianzó al ver su preocupación por ella.

—Usted, en cambio, está maravillosa.

—¡Uy, sí! Maravillosa —dijo la mujer riendo—. Vamos, entra, tomaremos un té con pastas que nos vendrá de perlas a las dos.

La siguió a la casa y cerró la puerta tras ella. El interior de la mansión estaba exactamente como lo recordaba, aunque un poco descuidado. Había polvo en los muebles y en los rincones.

—¿No viene nadie a ayudarla? —preguntó.

—¿Ayudarme? —preguntó—. ¿Ayudarme a qué?

—Me refiero a la casa... Y al jardín.

Entraron en la cocina y allí sí que todo estaba impecable.

—¡Tengo unas preciosas petunias! —dijo la anciana cogiendo la tetera—. Aunque este año ganaron en belleza las hortensias.

La joven la miró con tristeza. No había flores en el jardín y de haberlas tenido no habrían sobrevivido a un invierno tan frío. Se preguntó si la pobre mujer habría perdido por completo la razón.

—No te preocupes, Jane. —Vertió el té en las tazas. Después colocó una lata con galletas y se sentó frente a ella—. No estoy loca, muchacha, no pongas esa cara lastimosa. Ya sé que has visto

el *hall* un poco descuidado y el jardín de delante completamente abandonado. Solo utilizo una parte de la casa. Esta mansión es demasiado grande para mí sola. Viene la señora Powell dos veces a la semana y limpia lo que puede, pero como quiero que la cocina y los baños estén impecables le queda poco tiempo para el resto. El *hall* es lo menos importante, ¿no crees? Ni se come ni se duerme ni se hace nada ahí. Yo siempre le digo que no se esmere, que pase el plumero y poco más, pero ella una vez al mes pasa el aspirador. Ya sabes lo difícil que es mantener una casa como esta en condiciones. Por eso la gente ya no compra casas así.

—¿La señora Powell? ¿Martha Powell? ¿No es demasiado mayor para esas tareas?

—Sí, hija. Debe tener sesenta años ya, pero necesita el dinero y por eso no he buscado a otra persona más joven. En cuanto al jardín de delante, tuve que renunciar a él, no puedo permitirme pagar otro sueldo, además del de Martha, así que opté por adecuar una parcela del jardín trasero y encargarme yo misma de cuidarla. Ya sabes lo mucho que me gustan las flores. He aprendido a

secarlas y ahora tengo petunias y hortensias todo el año para mis jarrones. Aunque no es lo mismo, claro.

Asintió, aliviada al ver que tenía la cabeza perfectamente.

—¿Está como a ti te gusta? —preguntó Margaret refiriéndose al té.

—Sí, está perfecto —sonrió.

—Y, cuéntame, ¿cómo estás tú? ¿Ya se ha curado tu corazón?

Jane la miró sorprendida. ¿Cómo sabía...?

—Supe de tu marcha y poco después tu hermana y ese novio tuyo se casaron. Soy vieja, no tonta.

Sonrió, divertida y triste a la vez.

—Es usted muy perspicaz, señora Travis.

—¿No podrías empezar a llamarme Margaret? Ya sé que soy una vieja con un pie en la tumba, pero, aunque no lo creas, por dentro sigo siendo igual que tú.

—Claro que sí, Margaret.

—Pues no es que sea perspicaz, lo que soy es vieja y he tenido tiempo de ver muchas cosas en mi vida. Ojalá hubieses venido a

verme antes de marcharte, te habría dicho unas cuantas cosas. — Empujó la caja de galletas—. Anda, come.

Jane cogió una galleta y le dio un mordisco.

—No me acordaba de lo deliciosas que son estas galletas, Margaret. —Puso los ojos en blanco—. Tiene que decirme dónde las compra, pienso llevarme una tonelada cuando vuelva a Nueva York.

—Ese Derek no era para ti —volvió al tema, sabiendo que Jane trataba de evitarlo—. Es un cazurro y no tiene la delicadeza que tú necesitas. El otro me gusta más.

Ella frunció el ceño sin comprender.

—¿Qué otro?

—Con el que ibas anoche. Os vi parados delante de la casa.

Jane enrojeció.

—¡Oh, no, no! Ese es mi jefe, no es mi...

—¿Tu jefe? —preguntó, riéndose—. Claro, claro, tu jefe.

—De verdad. Hemos hecho un pequeño pacto y por eso me ha acompañado. Yo no quería volver a casa sola. Todo aquello ya

pasó, pero verlos de nuevo...

—Entiendo. —La anciana se quedó unos segundos pensativa—.

Sé que tu abuelo está muy enfermo.

Asintió y un velo triste oscureció sus ojos.

—¿Sabías que tonteamos un tiempo tu abuelo y yo?

—Sí, me lo dijo una vez hace mucho.

—Cuando venías a espiarme con ese Tommy —sonrió, divertida—. No pongas esa cara, siempre he sabido lo que decían de mí. La gente habla de lo que no sabe o no entiende. Pues sí, salimos cuando éramos muy jóvenes y tengo muy buen recuerdo de aquel tiempo. Aunque no estábamos enamorados, no vayas a pensar cosas raras. Eran cosas de críos. Queríamos experimentar...

Jane sonrió. Cuando su abuelo se enteró de que espiaba a la señora Travis la cogió de una oreja y le dio un buen sermón. Fue entonces cuando se enteró de su tragedia y nunca volvió a molestarla.

—De quien sí se enamoró perdidamente fue de tu abuela. Tamy era una mujer maravillosa —dijo pensativa—. Mucho más guapa

que yo y más inteligente también. Aun así, nunca fue creída ni presuntuosa. Tu hermana se parece a ella físicamente, pero tú tienes su carácter.

—Por eso Melanie siempre ha sido la más guapa de las hermanas Bradford —se rio.

—No seas muy dura con esa muchacha. Si hay algo que he aprendido con los años, es que las personas como ella tienen una vida muy desgraciada. Los malos pueden ser felices y pueden ser afortunados, pero las personas como tu hermana no suelen tener suerte. No es mala, pero hay algo en ella que no le permite disfrutar de los dones que ha recibido. A pesar de ellos siempre envidiará los de los demás. Por eso te robó el novio y aun así se comporta como si hubieses sido tú la que la agraviaste.

Jane la miró sorprendida. Había descrito a Melanie a la perfección.

—Por eso tu hermana no conocerá nunca al hombre de su vida como lo conoció tu abuela o lo conocí yo. —Empujó la caja de galletas—. Otra galletita.

Se sintió como una niña pequeña, pero obedeció con una sonrisa.

—¿Sabes cómo supe que Albert era el hombre de mi vida?

La muchacha negó con la cabeza y se llevó la taza humeante a los labios.

—Albert y yo no teníamos nada en común. No nos gustaban las mismas cosas, teníamos opiniones opuestas del mundo y de las personas. Él era muy progresista y yo más conservadora. Pero la primera vez que me besó perdí por completo la noción del tiempo. Fue como si cuando nos besábamos entráramos en una nueva dimensión en la que nada más existía.

Jane dejó su taza escuchándola con atención. A su mente llegó raudo el recuerdo del beso en casa de Cindy y sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—No te enfades, pero cuando besé a tu abuelo jamás sentí algo así. Me gustaba, pero... —negó con la cabeza repetidamente—. El mundo es demasiado grande para que dos almas gemelas puedan encontrarse fácilmente. Él podría estar en otro lugar del planeta,

completamente fuera de tu alcance. Por eso, si el destino se empeña en ponerlo en tu camino, serás una necia si lo rechazas.

Jane sintió otro escalofrío. Seo Joon vivía a más de once mil kilómetros de distancia. Su destino habría sido no conocerse nunca y, sin embargo, allí estaba, durmiendo con ella en la casa de sus padres.

—Yo no creo en el destino —confesó en voz alta.

Margaret Travis sonrió.

—Yo tampoco creía —dijo enigmática—. Pero puedo decirte algo, Jane Bradford, al destino le importa un pimiento lo que creamos. Si encuentras al verdadero amor de tu vida, no habrá nada en este mundo que pueda separaros. Ni siquiera la muerte.

La diseñadora la miró sorprendida y supo lo que le estaba diciendo. ¿Aquel hombre junto a ella en la ventana...? ¡No! ¡Imposible!

—Pero ten cuidado —la advirtió Margaret poniéndose muy seria—. Igual que hay corrientes ocultas empujando a esas almas gemelas para que se encuentren, también hay otras fuerzas

intentando impedir que lo logren. Y, a veces, tanto las acciones de unas como las de las otras pueden ser muy dolorosas y hasta romperte el corazón.

Le cogió la mano y le dio golpecitos mientras la miraba con una afable sonrisa.

—La Navidad es una fecha muy propicia para que esas fuerzas actúen. Nuestro corazón se impregna del espíritu navideño y los muros con los que lo protegemos desaparecen. De ese modo puede entrar el amor, pero también el dolor. No temas ser vulnerable, es necesario para que puedas sentir. Solo así sabrás si es él.

Jane sonrió con ternura a la anciana y asintió. Su corazón la empujaba a creer, pero su cerebro le decía que solo eran las locuras de una anciana.

—Ibas a casarte con el hombre equivocado —sentenció Margaret —. Ahora lo sabes, ¿verdad?

Asintió.

—Pues no dejes que el orgullo o el miedo te hagan negar la verdad cuando tengas ante ti al adecuado.



Cuando estaban en la puerta despidiéndose Jane le dio su número de teléfono.

—Quiero que estemos en contacto —dijo con cariño.

—¿No vas a venir a verme más? —preguntó Margaret con tristeza.

—Me marcho mañana.

—Me habría gustado conocer a ese muchacho. ¿Por qué no os pasáis esta noche? Cindy y su marido vendrán, siempre se pasan cuando vuelven de la cena de Nochebuena. Venid vosotros también. Yo soy vieja, duermo poco. Podemos poner música, aquí no molestaremos a nadie.

Jane sintió una enorme tristeza al pensar que iba a cenar sola en una noche como aquella. Si hubiera sido su casa, la habría invitado a acompañarla.

—No sé cuánto durará la cena...

—Como quieras, hija, no quiero obligarte. Si queréis venir, aquí estaremos.

Volvió a abrazarla antes de marcharse.



Cuando llegó a casa Seo Joon había salido y su abuelo tampoco estaba. Creía que le había dicho que iban a jugar al ajedrez. Se encogió de hombros y subió corriendo a su cuarto. Así tendría tiempo de ducharse tranquila y de arreglarse para la cena.

Dos horas después miraba el reloj con preocupación. Sus padres hacía una hora que habían llegado. Seo Joon y su abuelo no tendrían tiempo de cambiarse para la cena si no llegaban ya. Se sentía ridícula tan elegantemente vestida frente a un árbol sin adornar y en un salón vacío.

Cuando la puerta se abrió y los vio aparecer casi no pudo disimular su alivio.

—Pero ¿dónde estabais? —preguntó, consternada.

Seo Joon se había quedado con la boca abierta y su abuelo lanzó una exclamación antes de acercarse a ella.

—Sin lugar a dudas eres tan bella por fuera como por dentro, mi querida nieta —dijo riendo, visiblemente emocionado.

Jane le devolvió el abrazo pidiéndole que no la hiciese llorar con mojigaterías porque se le estropearía el maquillaje.

—Subid a vestiros —ordenó—. ¡Rápido! Mamá y papá deben estar a punto de bajar y aún tenemos que adornar el árbol.

—Lo siento —se disculpó Seo Joon—, ha sido culpa mía.

Seguía con aquella expresión admirada y Jane se sintió feliz a pesar de todo. El coreano echó a correr y subió las escaleras de dos en dos. Ella se acercó al espejo de la entrada y volvió a mirarse. Había escogido un vestido lila oscuro con pequeñas piedrecitas brillantes esparcidas por toda la falda de vuelo. La parte superior marcaba sus sinuosas curvas con elegancia y el escote corsé realzaba su sensualidad dándole un punto juvenil al conjunto.

Buscó la caja de los adornos de Navidad y la colocó sobre el aparador. Cuando la abrió fue como recibir una bofetada de cinco

años. Allí estaban todos aquellos objetos que creía haber olvidado. Los recuerdos nos atacan cuando estamos desprevenidos y de pronto las imágenes de aquel día cayeron sobre ella como una lluvia helada.



Capítulo 14

Cinco años antes...

—Mamá, ¿has visto a Melanie?

—Creo que ha ido al garaje a por el palo para poner la estrella del árbol —dijo Samantha colocando los langostinos en la copa gigante hecha con hielo—. ¿Y esto aguantará, Marisa?

—Claro, señora, está hecha para que aguante. El hielo es solo el exterior, cuando se derrita caerá sobre el recipiente de plata que le sirve de pie.

Jane respiró aliviada al saber que estaba todo previsto, estaba claro que ese hielo no iba a aguantar el calor incendiario de los Bradford.

Eran sus últimas Navidades soltera y había mucho que celebrar. ¡Por fin tenía el vestido! Y en el vestido iba pensando mientras atravesaba el salón y salía por la puerta principal. Los Bradford tenían muchas tradiciones navideñas y una de ellas era que la

estrella del árbol se colocaba con el palo que guardaban en el garaje. Nadie sabía de dónde había salido, cada uno contaba una historia sobre el dichoso palo, pero la cuestión era que siempre lo utilizaban para eso, desde que las niñas eran pequeñas. La culpa era de su padre que tenía que escoger siempre el árbol de Navidad más alto de todos.

Salió al porche y se abrazó al recibir la bofetada de aire frío del exterior. Llevaba un vestido de tirantes, quizá debería haberse puesto un abrigo o haberse envuelto en una manta. Desde la esquina del porche se veía la puerta del garaje y seguro que Melanie la oiría si le gritaba. Miró a su alrededor y comprendió que no sería muy adecuado ponerse a gritar. Vio a la madre de Tommy a través de la ventana. Estaba sirviendo la cena y el sitio de su hijo seguía vacío, como cada año. Sabía lo mucho que lo echaba de menos porque se había puesto a llorar cuando le preguntó por él esa mañana.

Se estremeció y apretó más los brazos alrededor de su cuerpo. Se estaba quedando helada. Volvió de nuevo la vista al garaje y

frunció el ceño. La puerta estaba abierta, pero Melanie no había encendido la luz.

—Qué extraño —susurró con una sonrisa perversa.

Hacía un tiempo que su hermana estaba muy extraña. Salía a horas intempestivas sin decirle nunca a dónde iba. Se arreglaba mucho más y siempre estaba con el móvil en la mano. Estaba claro que tenía un rollo con alguien, pero no había querido decirle quién era. Amplió su sonrisa, imaginando la escena. Volvió a entrar a buscar un abrigo y se dirigió al garaje sin hacer ruido. Esperaba que no lo estuvieran haciendo encima del coche de su padre, sería muy violento pillarlos *infraganti*.

Vio la sombra de una pareja que se estaba besando. Pensó en encender la luz y darles el susto de la noche, pero cuando ya tenía el dedo en el interruptor no pudo hacerlo. ¿A quién quería engañar? Ella no hacía esas cosas. Además, en ese garaje fue donde Derek le dio su primer beso y no habría querido que nadie le estropease ese momento. Se encogió de hombros antes de darse la vuelta para

volver a casa. Le diría a su madre que había visto a Melanie hablando con una amiga y que enseguida entraba.

—Me encanta cómo me besas —dijo Melanie en voz muy baja—. No me separaría de tu boca.

—No te imaginas lo que me gustaría hacerte ahora mismo con esta boca.

Jane se detuvo en seco. El corazón golpeó su pecho con fuerza, como si alguien le hubiera puesto un desfibrilador. Buscó la pared para apoyarse. Su cerebro le estaba jugando una mala pasada.

—¿Te refieres a lo de anoche? —Una risita juguetona.

—Mel, no me recuerdes ahora lo de anoche o no podré aguantar la maldita cena de Nochebuena.

—Esta noche, cuando todos duerman, iré a verte a tu casa. Pero tendrás que dejar la ventana abierta con el frío que hace.

—¿Frío, sabiendo que vas a venir? Imposible —dijo, besándola después.

Melanie se rio bajito.

—Jane se pensará que te alegras de verla.

—No seas mala.

Jane atravesó el jardín sin respirar. Entró en la casa y se apoyó en la puerta. Necesitaba unos segundos para asimilar lo que acababa de presenciar. Asegurarse de que no se había vuelto loca. Su cabeza era un torbellino de sentimientos que luchaban por hacerse con el control. Rabia, dolor, odio, desprecio, angustia, todos presionando para que reaccionase dándoles salida. Pero Jane no se movía de la puerta y alguien trataba de abrirla desde fuera.

—¡Jane! —exclamó su hermana cuando se apartó y consiguieron entrar—. Pero ¿qué haces? ¿Por qué no nos dejabas entrar?

Derek se acercó a ella para darle un beso, pero Jane se apartó bruscamente y se dirigió al salón donde estaban su padre y su abuelo.

—Jane, estás muy pálida —dijo el anciano al verla aparecer.

—Jane, ¿qué te pasa, hija? —preguntó su madre entrando en el salón.

—Jane, Jane, Jane. —Se llevó las manos a la cabeza como si le doliera—. Me vais a gastar el nombre.

Samantha miró a Melanie interrogadoramente y después a Derek y cerró los ojos al comprender lo que había pasado. Se acercó a su hija pequeña y la cogió de la barbilla para hacer que la mirase.

—Es Nochebuena, hija. A veces uno tiene que hacer de tripas corazón por el bien de los demás.

Jane miró a su madre con una expresión vacía y apartó su mano sin violencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó el abuelo.

Nadie decía nada. El ambiente era tan espeso que habría podido cortarse con un cuchillo romo.

Melanie caminó tranquilamente hasta el árbol y enganchando la estrella al palo que llevaba en la mano colocó la estrella de Navidad en la punta. Después lo dejó apoyado en la pared y se acercó a su hermana, mirándola con altivez.

—Lo siento, Jane —habló con aquella expresión tan suya que la hacía parecer asesino y víctima al mismo tiempo—. No quería hacerte daño, pero me alegro de que por fin te hayas enterado.

Derek y yo nos amamos y no tiene sentido seguir manteniendo esta insoportable situación.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Bill miró a su nieta mayor como si hubiese perdido la razón.

Derek agarró a Melanie del brazo y trató de impedir que siguiera hablando.

—No lo planeamos, Jane —siguió, soltándose de Derek, y de repente rompió a llorar lastimosamente—. Lo siento, de verdad que lo siento, pero ¿qué podíamos hacer si nos habíamos enamorado?

Jane seguía sin decir nada, tan solo se mantenía de pie en medio del salón dejando que la vapulearan emocionalmente. Por dentro se iba haciendo pedazos al ver cómo su madre abrazaba a Melanie mientras lloraba desconsolada. Miró a Derek que trataba de encontrar las palabras que lo justificaran sin conseguirlo.

—Jane... —Su abuelo puso una mano en su hombro, pero ella lo miró suplicante y el anciano comprendió que su fragilidad se sostenía tan solo por un fino hilo que se quebraría si le mostraba su compasión.

Marisa entró en el salón y anunció que la cena estaba lista con evidente incomodidad. Derek cogió a Melanie por los hombros y la llevó hacia el comedor sin que dejase de llorar. Thomas salió del salón sin decir una palabra y siguiendo al pie de la letra su política de no meterse en problemas que no le afectaban.

—Vamos a cenar —dijo Samantha mirando a su hija pequeña con una fingida sonrisa—. Después de la cena hablaremos como personas adultas y resolveremos este problema. Ya verás cómo después de comer el besugo que ha preparado Marisa lo ves todo de otra manera.

Al ver que su hija no iba a responderle miró a Bill con expresión lastimera.

—Ya no sé qué más decirle, Bill. Por favor, haz que tu nieta sea razonable, no puede hacer una escena en Nochebuena. Sería un pésimo recuerdo para todos que nos perseguirá para siempre. —Se volvió de nuevo a su hija antes de marcharse—. Tu hermana ha sufrido mucho estas últimas semanas y ha aguantado por la familia. Tú deberías hacer lo mismo.

Jane esperó a que su madre saliera del salón y entonces se derrumbó.



Capítulo 15

Jane y Seo Joon adornaban el árbol de Navidad con los objetos que Bill iba sacando de aquella vieja caja. El coreano se había puesto un traje gris acero que se ajustaba a su cuerpo como un guante y Jane intentaba no mirarlo constantemente, lo que le estaba resultando una tarea demasiado difícil.

Derek y Melanie se encargaban de entretener a los gemelos mientras Samantha y Thomas bebían una copa del ponche que había preparado Bill. Todos en el salón como una gran familia.

—¿No deberíais poner algún adorno? —preguntó Jane mirándolos a todos—. Se supone que es una tradición de los Bradford.

—Yo pondré la estrella —dijo Melanie—. Derek, amor, ¿podrías ir a buscar el palo al garaje?

A Jane se le cayó la bola que iba a colocar en ese momento y se volvió a mirar a su hermana, que le ofreció una brillante sonrisa. Derek miró a su esposa con expresión malhumorada.

—Mejor ve tú —respondió muy serio—. Creo que estoy a punto de acatarrarme y no quiero coger frío.

La diseñadora se encontró con la mirada de Seo Joon, que le guiñó un ojo y sonrió.

—¿A ti qué te hace tanta gracia? —Melanie lo había visto.

Jane miró a su hermana sorprendida.

—Melanie. —Movi6 la cabeza—. Hay que ver... ¿Tan amargada te has vuelto que ya no soportas que los demás sean felices?

—Tía Jane, ¿nosotros podemos poner un adorno? —preguntó Jackson acercándose a ella.

—Pues claro —dijo ella sonriéndole—. Vais a poner los más bonitos.

Cogió las figuritas de Papá Noel y se las fue dando a los niños, que las colgaron a su altura en diferentes ramas.

—¡Hemos adornado! ¡Hemos adornado! —cantaron, dando palmas.

Jane sonrió al verlos tan contentos.

—¿Queréis poner vosotros la estrella? —preguntó Seo Joon agachándose frente a ellos.

—¡Síiiiiiiii! —exclamaron al unísono.

El coreano hizo que cogieran la estrella entre los dos.

—Tú coge a Peter. —Miró a Jane—. Yo subiré a Jackson.

Elevaron a los dos pequeños para que llegaran a la rama más alta del árbol y colocaron la estrella en un equilibrio perfecto.



—¿Os marcharéis mañana? —preguntó Melanie mientras esperaba a que su madre le sirviera el besugo.

—Sí —respondió Jane—. Tengo que preparar las cosas para el viaje.

—¿Vais a vivir juntos en Corea? —preguntó Derek muy serio.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Su mujer lo miró malhumorada—. ¡Pues claro que van a vivir juntos! ¿Aún no te has enterado de que son novios?

—Me refería a si van a formalizar su relación —dijo Derek molesto.

—Lo decidiremos sobre la marcha —respondió Seo Joon con expresión distendida.

—Pero tú viajas mucho, ¿no? —siguió el otro—. ¿Qué hará ella en Corea cuando tú no estés?

Seo Joon frunció el ceño como si no entendiera.

—Pues trabajar —respondió como si fuese algo demasiado evidente para tener que explicarlo.

—La empresa para la que trabajo es coreana —explicó Jane, consciente de la tensión que se estaba creando entre los dos hombres.

—¡Qué casualidad! —exclamó Derek.

—Mamá. —Jackson tiraba de la manga de su madre para llamar su atención—. Peter no me deja el tambor.

Melanie miró a Derek con mala cara.

—Les he dado de cenar antes de sentarme para poder comer tranquila —escupió entre dientes.

—¿Y qué quieres que haga yo? —respondió sin inmutarse.

—Iré yo. —Jane apartó su silla para levantarse—. Ven, Jackson, vamos a ver ese tambor tan chulo.

Jane y el gemelo salieron del comedor.

—Deberíamos haberlos acostado —dijo Samantha—. No te dejarán cenar tranquila, hija.

—Es Nochebuena, mamá.

—Lo sé, lo sé.

—¿Has terminado de revisar el caso de los Sullivan, Derek? —preguntó Thomas mirando a su yerno.

—¿Esta noche también, papá? —protestó Melanie.

—Es un caso importante, hija.

—Pero no lo dejas ni un solo día.

—No veo que él se queje. ¿Tienes algún problema, Derek?

El mencionado miró a padre e hija y soltó la servilleta al tiempo que se ponía de pie.

—Voy a ver a los niños —dijo y salió del comedor.

Seo Joon lo miró al salir y luego volvió la vista a su plato. No le gustaba nada lo que estaba pasando, tenía un mal presentimiento.

—La tía tiene que terminar de cenar y vosotros debéis comportaros como los niños buenos que sois. No querréis que Papá Noel pase de largo esta noche...

—¡No, no! —exclamaron con cara de susto.

—Nos portaremos bien, papá —dijo Peter levantándose para ir a coger el tambor que ambos hermanos ya habían olvidado—. Toma, Jackson, quédate el tambor.

Jackson se lo estaba pasando muy bien jugando con Jane y Peter, pero al saber que su tía volvía al comedor aceptó el ofrecimiento.

—Después de cenar volveré —Jane sonrió.

Derek y ella salieron del cuarto de los juguetes y se dirigieron a las escaleras para bajar al comedor. Antes de que pusiera la mano en la barandilla él la arrastró hasta una de las habitaciones y la

arrinconó contra la pared para besarla. Jane apartó la cara, pero no podía moverse porque él era mucho más fuerte que ella.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Sí! —susurró él buscando su boca—. Estoy loco por ti, Jane. Tengo que volver a besarte, no he podido dejar de pensar en tus labios...

Ella consiguió eludirlo de nuevo, pero Derek utilizó una de sus manos para agarrarla por la barbilla y finalmente consiguió besarla. Jane tuvo tentaciones de morderle, pero no quería montar un escándalo. Se dijo que solo era un beso y, además, después de esa noche no volverían a verse. No respondió a su gesto, apretó los dientes y se quedó inmóvil, esperando a que se le pasara el calentón.

Seo Joon apareció en la puerta de la habitación y al ver la escena no tuvo duda, agarró a Derek por el cuello de la camisa y tiró de él empujándolo contra la otra pared. Jane se limpió la boca y trató de interponerse entre ellos, pero el coreano la apartó con suavidad y se encaró con el marido de su hermana.

—¿Estás seguro de que quieres dar este patético espectáculo delante de tus hijos? —preguntó muy serio.

—Ayer me besó —escupió el otro con rabia—. ¿Te lo ha contado?

Jane lo miraba con tal desprecio que hizo que se encogiera como un gusano.

—Confío plenamente en Jane —respondió con frialdad—, nada de lo que digas cambiará eso, así que no te esfuerces. Bajaremos al comedor, terminaremos de cenar, como personas adultas que somos, y mañana nos marcharemos para que todo el mundo continúe con su vida.

Derek se arregló la ropa y el pelo mientras se calmaba.

—¿No le diréis nada a Melanie?

Jane lo miró asqueada, no soportaba estar en aquella casa. Salió del cuarto y Seo Joon la siguió. Cuando se sentaron a la mesa apareció Derek con una radiante sonrisa.

—Ya están en paz los monstruos —dijo excesivamente alegre para no resultar sospechoso.

Melanie los miraba a los tres pasando de uno a otro. Jane sabía que su hermana no era tonta y ya debía saber la clase de persona que era su marido.

—¿Ocurre algo, Seo Joon? —preguntó Melanie—. Pareces nervioso.

—Eres una persona muy perspicaz. —La miró con ojos acerados—. Al ver a tus pequeños me he dado cuenta de lo mucho que echo de menos a mi hijo.

Jane lo miró sorprendida, su voz había sonado muy triste. De repente comprendió que no había sido un comentario sin más, sino una confesión sincera. Seo Joon había hecho un gran sacrificio para acompañarla en ese estúpido viaje al pasado. La había ayudado, protegido y salvado. Y ella estaba tan imbuida en sus propios problemas que no había pensado en lo que sentiría él tan lejos de los suyos en una noche como aquella.

—¿Tienes un hijo? —preguntó Melanie sorprendida.

Ni Seo Joon ni Jane le hicieron el menor caso. Ambos se miraban de un modo muy íntimo, como si se hablaran con los ojos.

La diseñadora desvió la mirada y dejó la servilleta en la mesa. La función debía terminar.

—Mamá, papá, quiero que sepáis que ya no os guardo rencor. —
Se puso de pie—. Soy una mujer adulta y comprendo que el amor no se puede dirigir ni manipular, se siente sin más. Vosotros me disteis la vida, un techo, comida y estudios, así que no voy a reprocharos nada. Melanie, eres mi hermana, pero nunca me has soportado. No te molestes en negarlo. Y te confieso que durante mucho tiempo no logré entenderlo porque tú eras la perfecta, la hija querida y la que tenía siempre éxito. Alguien me hizo darme cuenta de que la frustración es un sentimiento que vive en ti y que no importa lo que poseas, siempre querrás lo que no es tuyo.

Apartó la silla y se levantó.

—No tiene sentido seguir con esto. Vosotros no queréis que esté aquí y yo tampoco quiero estar. Por una vez estamos todos de acuerdo. Abuelo, hay una reunión en casa de Margaret Travis, ¿quieres venir con nosotros?

Bill se levantó de la silla con una enorme sonrisa.

—Voy a por mi abrigo —dijo.

Seo Joon se levantó también y salieron juntos del comedor ante la estupefacta mirada del resto de la familia.



Cuando estuvieron frente a la casa de la señora Travis, Jane le dijo a su abuelo que entrase, que ellos le seguirían enseguida.

—Quiero darte las gracias por lo que has hecho por mí. —Se volvió hacia su jefe cuando estuvieron solos—. Sin ti este viaje habría sido una bajada directa a los infiernos.

Se miró los zapatos, tratando de recuperar la compostura, tenía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo y así era muy difícil hablar.

—Estos días han sido... —Se mordió el labio—. Quiero que sepas que yo no besé a Derek. Es cierto que en un primer momento no lo rechacé, pero fue porque ese beso provocó un caos en mi cabeza. Los recuerdos me arrollaron, regresé a la persona que había sido. Y cuando me sentí en la piel de la antigua Jane me

asusté. Me asusté tanto, Seo Joon, que comprendí que jamás querría volver a ser esa persona. Jamás. Esa Jane estaba cargada de tristeza, de soledad, de... —No le salían las palabras—. No quiero pensar en ella, quiero olvidar todo aquello porque ya no tiene nada que ver conmigo.

—Jane, yo...

—No hace falta que digas nada —lo cortó—. Sé lo que me dijiste, no te preocupes, no te voy a poner en un aprieto. Hyun es tu prioridad y nosotros no...

Seo Joon la atrajo suavemente cogiéndole la cabeza y la besó. Fue un beso tan dulce que derribó cualquier barrera que hubiese podido existir entre ellos. Jane se agarró a su cintura y se entregó a un beso mucho más profundo e intenso. Un beso cargado de promesas y de futuro.

Cuando se separaron lo miró extasiada y también interrogadora.

—Olvida lo que te dije —sonrió con aquella sonrisa que iluminaba sus ojos—. Hyun es muy importante para mí, pero eso no significa que no haya sitio para alguien más.

Jane no podía apartar los ojos de esos labios que se acercaban otra vez...

—Bueno, chicos, ¿vais a estar mucho rato dándoos el lote en medio de la calle como dos adolescentes? —dijo Cindy delante de la puerta envuelta en una manta—. Vamos, venid ya. La señora Travis ha hecho unos pastelitos deliciosos y me voy a poner como una vaca como no entréis y me ayudéis con ellos.

Jane y Seo Joon sonrieron y caminaron hasta Cindy, que se agarró al brazo de su amiga para entrar en la casa.

—En serio, les pone unas coberturas de colores que están deliciosas. En especial la azul, es mi favorita...



Capítulo 16

—¿Lo habéis pasado bien? —Margaret Travis despedía a sus invitados frente a los escalones de la entrada.

—Voy a tener que ponerme a régimen, Margaret —dijo Cindy con las manos en lo que para ella era una abultada barriga—. Espero que no me sienten mal tantos dulces.

—Eres joven, muchacha. A tu edad nada sienta mal. —La anciana le dio dos besos.

—Gracias por todo, Margaret. —Robert la besó también—. Y no recoja nada, mañana por la mañana me pasaré por aquí y la ayudo.

—Pero ¡cómo no le voy a querer! —exclamó Cindy al tiempo que cogía la cara de su marido para después plantarle un beso en la boca.

—Ha sido la mejor Nochebuena de mi vida —aseguró Jane cuando le tocó el turno de despedirse—. Muchas gracias por todo, Margaret.

—Uy, hija, pues si esta es la mejor Nochebuena de tu vida debo decir que has tenido unas Navidades muy birrias hasta ahora —rio, mirando a Seo Joon mientras lo señalaba con el dedo—. Muchacho, tienes mucho trabajo por delante con esta jovencita. Espero que la próxima Navidad sea apoteósica.

—Así será, señora Travis. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Las dos parejas se alejaron para dejar a los dos viejos amigos un poco de intimidad.

—Me alegra mucho que hayas venido. —Margaret miró a Bill—. Hacía mucho que no te veía.

—He estado un poco aislado. Saber que vas a morir te obliga a replantearte algunas cosas.

—Todos vamos a morir, Bill. La única diferencia es que tú sabes más o menos cuándo ocurrirá. —Margaret le sonrió con naturalidad—. A mi edad la muerte es una silenciosa compañera.

—Y, después de todo, no es tan terrible —aseguró—, a fin de cuentas, ya he hecho lo que vine a hacer.

Margaret asintió.

—Pues sí, lo mismo digo.

—Es curioso. Pero desde que me dieron la sentencia Tamy vuelve a visitarme. Espero que no pienses que estoy desvariando.

Margaret soltó una carcajada. Si ella le contara...

—No, Bill, no creo que estés desvariando.

—Ella fue la que me dijo que llamara a Jane, que tenía que arreglar lo que le hicieron a esa niña...

—Ya no es una niña, Bill. Y, mírala, ahora es feliz.

El abuelo asintió emocionado. Jane se reía con ganas. Cuando llegara la hora de marcharse esa era la imagen que quería llevarse de su nieta pequeña.

—No sé a quién ha salido mi hijo —dijo pensativo—. Si hubiese nacido en un hospital, pensaría que me habían dado el cambiazo.

Margaret volvió a reírse a carcajadas. Bill Bradford siempre la había hecho reír. Ese fue el motivo por el que creyó estar enamorada de él cuando era una cría.

—Ojalá yo hubiera podido disfrutar más de mi Bobby —dijo con una serena tristeza—. Muchas veces me he preguntado qué clase de hombre sería ahora.

—Si se pareciera a su padre, un hombre cabal y digno de confianza. Y si se pareciera a ti, un hombre bueno y digno de confianza.

La anciana lo miró con afecto y asintió.

—Hemos sido muy afortunados, ¿verdad? Hemos amado y nos han amado. Y ese es el auténtico sentido de la vida.

Bill le sonrió con cariño.

—Será mejor que entres, Margaret —dijo antes de bajar los escalones de la entrada—. Solo faltaría que te resfriases en Navidad por mi culpa.

—¡Ay, Bill! No sería la primera vez —exclamó la anciana con un aluvión de recuerdos de su juventud desplegándose ante ella.

Bill esperó hasta que la puerta se hubo cerrado y bajó los escalones poniendo cuidado de no dar un traspiés.



—Iremos a verte a Nueva York —dijo Cindy—. Cuando vuelvas, claro.

—Si vuelve —apuntó su marido.

Jane sonrió al sentir el brazo de Seo Joon rodeándole la cintura en un gesto cálido y cómplice.

—Estaremos en contacto. —Miró a su amiga—. Ahora ya tienes mi teléfono y espero esa llamada para darme la gran noticia.

—Es mejor que no nos hagamos ilusiones. —Cindy miró a Robert.

—A mí no me mires, eres tú la que te has pasado la noche comiendo pastelitos y sin beber una gota de alcohol.

—Tienes razón. —Se mordió el labio—. Mañana mismo me hago la prueba. Es que mientras no me la hago puedo soñar que ya estoy embarazada.

Jane sonrió divertida. Bill llegó hasta ellos en ese momento.

—Parece que no tenéis frío. —Se ajustó la bufanda.

—¡Estoy helada! —exclamó Cindy—. Hay que ver lo que nos gusta hablar.

Las dos amigas se dieron un abrazo y dos besos.

—Que tengáis un buen viaje —se despidió también de Seo Joon.

—Cuidaos mucho. —Jane abrazó a Robert—. Y quiero ser de las primeras en recibir la buena nueva.

Las dos amigas volvieron a abrazarse. Jane sentía los ojos húmedos, pero se había prometido no llorar esa noche. Cada uno tomó su camino y agitaron las manos en la distancia antes de perderse de vista.

Se agarró al brazo de su abuelo, apretándolo con cariño.

—¿Lo has pasado bien?

—Estupendamente —reconoció el anciano—. Solo he echado de menos mi pipa.

—No deberías fumar, abuelo.

—La única cosa buena de saber que te vas a morir es que puedes hacer lo que te venga en gana —dijo Bill riéndose.

Jane respiró hondo, si seguían por ese camino no podría cumplir su promesa.

—Y, ahora, ¿vais a contarme la verdad? —Los miró a ambos alternativamente.

—Me llamo Lee Seo Joon —dijo el coreano sin hacerse de rogar—. Soy el hijo del dueño de la empresa para la que trabaja Jane. Vine a Estados Unidos para intentar convencerla de que viajase conmigo a Corea. Quiero que realice un proyecto muy especial y personal.

—Seo Joon quiere que adecue todos los juguetes que he creado a las capacidades de su hijo Hyun.

Seo Joon y Jane le explicaron toda la historia: que había sido actor, que hicieron un pacto y también le hablaron del modo en que Hyun se convirtió en el hijo de Seo Joon. Cuando se dieron las buenas noches Bill tenía un detallado resumen de toda la historia.

—No has cambiado nada —susurró el anciano cuando entró en su cuarto y se encontró a su esposa Tamy leyendo en la cama—. Sigues teniendo ese sexto sentido.

—Ya te dije que tenías que hacerla venir para que todas las piezas encajasen —dijo su mujer cerrando el libro y mirándolo con enorme cariño.



—¿Tienes sueño? —le preguntó Seo Joon con el abrigo aún puesto.

Negó con la cabeza. Lo que menos le apetecía en esos momentos era dormir.

El coreano la cogió de la mano y la sacó de nuevo de la casa.

—¿A dónde vamos?

—A comer un plato de sopa caliente —dijo enigmático.

La calle principal de Growville estaba tal y como Jane la recordaba cinco años atrás. Las mismas luces, los mismos adornos en los escaparates... Abrió la boca, sorprendida al ver a Papá Noel caminando por la acera de enfrente mientras hacía sonar su campana.

—Ese es el mismo...

No terminó la frase. Estaban cruzando la calzada y se fijó en el rótulo del bar al que Seo Joon la llevaba. El restaurante de los Nam ya no tenía el cartel de traspaso en la puerta. Cuando entraron fue como si el tiempo se hubiese detenido, casi podía verse a sí misma sentada en uno de aquellos taburetes tomando una sopa caliente aderezada con lágrimas. Solo que en esa ocasión el local estaba lleno de gente a pesar de ser Nochebuena, o precisamente por eso.

La señora Nam empezó una retahíla de frases, incomprensibles para Jane, mientras se acercaba a abrazarla. Su marido también hablaba y Seo Joon les respondía con una divertida expresión en el rostro. Jane los miraba sin saber qué hacer o qué decir, temiendo que todo aquello fuese un sueño y acabase despertando, sola y triste, en su apartamento de Nueva York después de haber pasado la noche viendo series coreanas y comiendo como una cerda.

—Muy contenta de verla —aseguró la señora Nam, por fin en un lenguaje comprensible para ella—. Siéntense donde quieran, les traeré un cuenco de sopa a cada uno.

Jane se mostró agradecida y feliz de volver a verlos. Cuando su mujer se marchó a por la sopa el señor Nam le explicó que habían estado a punto de perder el negocio, pero que Seo Joon los había buscado y se había ofrecido a ayudarlos.

—Llamé a mi tío y le hablé de la sopa de la señora Nam —explicó Seo Joon sonriendo—. Le aseguré que yo la había probado y que era la mejor que he comido nunca. Tiene mucha confianza en mí y se ofreció a ayudarles a cambio de que la señora Nam le diera la receta de su sopa. Ella estuvo de acuerdo al escuchar la cantidad que pensaba pagarle por ello. Va a venir a charlar con ellos para llegar a un acuerdo respecto al negocio. Hace tiempo que le daba vueltas a la idea de abrir otro tipo de restaurante típicamente coreano, pero para gente humilde.

—Mucho dinero —dijo el señor Nam con expresión entusiasta—. Habla de invertir mucho dinero.

Jane sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y respiró por la nariz tratando de impedirles su avance.

—Usted llorar aquella noche también. Creo que gustarle la sopa salada.

La joven se echó a reír y consiguió frenar el llanto. La señora Nam les llevó los cuencos de sopa y le explicó la emoción que sintió al ver a Min Ho en la puerta de su casa. Casi se desmaya de la impresión. Él les explicó quién era en realidad y por qué había dejado de actuar. Ahora le gustaba más que antes, dijo, era un hombre aún más bueno que el protagonista de su serie preferida.

—Nosotros no molestar más. —La mujer les hizo gestos para que empezaran—. Coman, coman tranquilos.

La señora Nam volvió con su esposo detrás de la barra.

—Es maravilloso —dijo Jane emocionada—. Tú eres maravilloso.

Seo Joon la miraba sin poder dejar de sonreír. Cogió una de sus manos, que descansaba sobre la mesa, y entrelazó sus dedos con ella.

—¿Podría decirse que eres feliz, Jane Bradford?

Jane asintió y se dio por vencida. Las lágrimas rodaron por sus mejillas cayendo rítmicamente sobre la sopa. La señora Nam le dio

un codazo a su marido para que mirase y el hombre asintió satisfecho diciendo algo en coreano.



Capítulo 17

—Este es mi favorito —dijo Hyun, en un perfecto inglés, enseñándole la Noria de las palabras.

Seo Joon tenía una habitación de la casa dedicada exclusivamente a los juguetes que ella había creado. Estaban todos, desde el primero hasta el último, y aquel era el lugar preferido de Hyun. El niño le hizo un recorrido por todas y cada una de sus creaciones hablándole con tal detalle de ellas que la dejó sin palabras. Cuando observó al pequeño jugando con alguno de esos objetos por primera vez empezó a discernir cuáles eran las dificultades que le impedían disfrutar de la experiencia completa. No le hizo falta tomar notas, tan solo necesitaba conocer a Hyun para que su mente fuese recolocando las piezas en su justo lugar. A partir de entonces solo tenía que pasar tiempo con el niño para trazar juntos las líneas del proyecto.

—No será difícil rehacerlos. —Cogió la copa de vino que Seo Joon le ofrecía.

Un potente trueno sonó fuera de la casa y Jane se estremeció.

—Si Hyun descubre que te dan miedo los truenos, lo tendrás durmiendo contigo siempre que haya tormenta. —Se sentó en el sofá junto a ella.

—Creo que tu madre lo necesita más que yo —sonrió.

—Es la primera noche que voy a tenerte para mí solo desde que llegamos a Corea —dijo él mirándola con intensidad.

—¿Seguro que dormiré con tu madre toda la noche? —preguntó.

Seo Joon asintió.

—Tus padres son maravillosos. —Ella cambió de tema abrumada por lo que estaba por llegar.

Hacer el amor en casa de sus padres, en aquella habitación que en ese momento era de los gemelos, con tantos recuerdos nefastos sobrevolando sobre ellos no era una opción. Cuando llegaron a Corea Seo Joon insistió en que se instalara en su casa, con él y con Hyun, pero saber que el niño estaba en la habitación al otro lado del pasillo tampoco resultó muy afrodisíaco. No quería que la primera

vez juntos tuviese una traumática interrupción. Por eso aquella noche estaba tan nerviosa. Y excitada, también eso.

—Les has gustado mucho —aseguró, dejando la copa en la mesa y acercándose más a ella—. Pero deja de distraerme, no vas a lograr zafarte de mí. Esta noche no.

—Me siento como si fuera mi primera vez —reconoció, temblando.

—Tranquila, seré delicado —dijo él sonriendo.

Jane dejó también su copa y se volvió a mirarlo.

—No estoy segura de poder decir lo mismo. —Se lanzó sobre él y le hizo caer en el sofá de espaldas.

—¡Au! —gritó Seo Joon.

—¿Qué? —Se apartó rápidamente, mirándolo asustada—. ¿Te he hecho daño?

Seo Joon tenía una expresión que era una mezcla de dolor y risa. Se incorporó, sacando de su espalda una nave espacial.

—Tengo que decirle a Hyun que no deje sus juguetes en el sofá las noches de tormenta.

Jane lo miraba con cara de susto y con las manos tapándose la boca, arrodillada en el sofá.

—Oye —aseguró, tirando de ella hasta tenerla apoyada sobre su cuerpo—, no pasa nada. No soy tan debilucho.

Fue un beso intenso y tierno. La besó como jamás la habían besado. Deleitándose en su sabor, jugando con sus labios y provocándola con su lengua. Borró de un plumazo cualquier otro beso que hubiera recibido antes. Nada existió antes de aquella boca tomando lo que era, a todas luces, suyo.

Seo Joon se separó y la miró para asegurarse de que deseaba aquello tanto como él.

—Estoy loco por ti —dijo con la voz ronca por la excitación.

—Yo también —respondió ella con la misma intensidad.

El coreano se levantó del sofá, la cogió de la mano y subieron a su habitación. Se sentó en el borde de la cama y la hizo sentarse sobre él a horcajadas. Metió las manos por debajo de su jersey y le acarició la espalda. Le sorprendió el calor que emanaba de su cuerpo, sabiendo lo friolera que era.

Ella se sintió autorizada a intervenir y tiró de su camiseta ayudándolo a quitársela por la cabeza. Jane acarició sus pectorales y después bajó hasta los marcados abdominales.

—Desde la primera vez que te vi tuve ganas de hacer esto —sonrió pícaro—. ¿Siempre duermes sin la parte de arriba del pijama o era una estrategia?

Seo Joon sonrió divertido.

—¿Por quién me tomas? —dijo sin dejar de acariciarla.

Ya había jugueteado suficiente debajo de su jersey. Lo agarró por el elástico y lo subió hasta librarla de él y dejarla solo con el sujetador. Tampoco se lo pensó mucho antes de deshacerse de esa prenda que ocultaba algo que se moría por ver... y tocar.

Jane estaba excitada y nerviosa a partes iguales. Se preguntaba cómo debía ser el sexo perfecto. Si deberían haber encendido unas velas y haber puesto una música excitante, como el bolero de Ravel, por ejemplo... Seo Joon se levantó con ella encima y en un rápido gesto la tumbó en la cama y le quitó los pantalones. Solo le quedaban las braguitas, pero el coreano pensó que antes de

quitárselas debía compensar la exposición y se quitó sus vaqueros. En unos segundos estaban en igualdad de condiciones, completamente desnudos.

Serpenteando sobre la cama, uno encima del otro, se movieron hasta encontrar el centro del colchón y dejaron que sus besos hablaran por ellos. Él arrastró sus húmedos labios por el esbelto cuello femenino, siguió por sus hombros, trazó el perfecto dibujo de su clavícula y siguió bajando hasta sus pechos, jugueteando con aquellas protuberancias que no dejaban nada a la fantasía y mostraban sin timidez su excitación.

Estaba claro que la quería exhausta entre sus brazos y Jane no estaba dispuesta a dejarse llevar. Con un sencillo gesto hizo que se detuviera y lo obligó a tumbarse. En esa ocasión fue ella la que se recreó en sus caricias, arrastrando sus manos por encima de su piel y llevándolas hasta los lugares más sensibles de su anatomía. Lo acariciaba con la exigencia propia de quien sabe lo que es suyo. Mientras se recreaba, descubriendo cada porción de su piel y sintiendo el poder que ostentaba, el ansia que nacía en el centro de

su sexo se extendió por todo su cuerpo como una descarga eléctrica. ¿Podía una desear con la yema de los dedos? ¿Con los hombros y con el pelo? Todo su ser lo deseaba y susurró las palabras que él se moría por escuchar.

—Tómame.

Seo Joon se tumbó sobre ella y sus cuerpos se acomodaron perfectos, cada hueco encontraba en el otro la protuberancia exacta que lo llenaba. Jane se preguntó cómo sería, pero no tuvo tiempo de valorar las distintas opciones, el coreano alivió sus dudas con una certera embestida que la obligó a emitir un largo gemido de placer.

—¿Quieres que sea más delicado? —preguntó, mirándola a los ojos.

Se mordió el labio y negó con la cabeza. El siguiente envite la aplastó contra el colchón y la hizo poner los ojos en blanco. A partir de ese momento el ritmo se fue acelerando animado por los movimientos sensuales de Jane, que trataba de atraparlo cada vez que él se alejaba.

—Creo que no querré hacer otra cosa en mi vida —susurró Seo Joon mientras seguía provocándole un goce incontenible.

Ella sintió un intenso placer estallando en brascas sacudidas que se propagaron por su cuerpo como un tsunami. El coreano se apropió de nuevo de su boca y empujó una última vez antes de dejarse caer en la cama, a su lado, completamente exhausto.

Jane necesitó unos minutos para recuperar la respiración y el control de sus miembros. Se giró y apoyó la cabeza en el pecho masculino y él la rodeó con su brazo en un gesto íntimo y sensual.

—Tienes menos pelo en el cuerpo que yo. —Jane acarició su tersa piel.

—Es genético —sonrió.

—Pues la genética es muy injusta, mi querido señor Lee.

Seo Joon inclinó la cabeza para mirarla.

—Has dicho querido.

—Es una manera de hablar. —Ella intentó apartarse.

—Has dicho querido —repitió él riendo—. No puedes desdecirte, lo he oído.

—No digas tonterías, apenas te conozco.

—¡Jane me quiere! —gritó.

—¡Calla, tonto! —Le tapó la boca con la mano, colocándose sobre él.

—Te advierto que tener tus pechos encima de mí no me tranquiliza precisamente.

Jane se rio. No entendía por qué no podía dejar de sonreír cuando estaba con él. De hecho, se había reído más en el tiempo que hacía que conocía a Seo Joon que en los últimos veinticinco años.

—Te quiero —dijo él—. ¿Ves? No pasa nada por decirlo.

Se mordió el labio pensativa y tras unos segundos asintió.

—Te quiero, Seo Joon.

—¡Por fin! —La apartó y estirando el brazo abrió el cajón de su mesilla para sacar un pequeño objeto.

Jane se sentó sobre sus tobillos y cogió la cajita que le ofrecía mirándolo con expresión confusa.

—No es un anillo, si es lo que temes —sonrió—. ¿Te acuerdas del día de Nochebuena cuando te dije que tu abuelo y yo íbamos a jugar al ajedrez y por eso no podía acompañarte a casa de Margaret?

Asintió. Cuando regresó ni su abuelo ni él estaban en casa y llegaron juntos cuando ella ya estaba arreglada para la cena.

Seo Joon abrió la cajita, ya que ella parecía no atreverse a hacerlo, y sacó un colgante de oro.

—Tu abuelo le regaló esta estrella a tu abuela la primera vez que Tamy le dijo que lo amaba. Él quería que fuese tuya y me pidió ayuda para «modernizarla».

La diseñadora miró el colgante y vio que la pequeña estrella había sido engarzada en otra un poco más grande. Seo Joon la desabrochó y se la puso alrededor del cuello. Después le cogió la cara con las manos y la miró con una intensa mirada.

—Hablé mucho con Bill esa tarde y se dio cuenta del profundo sentimiento que había empezado a crecer en mi corazón. Me dijo que éramos almas gemelas. Solo me puso una condición: no podía

dártelo hasta que fueses capaz de entregarme tu corazón. Tenías que decirme que me quieres. Por eso he tenido que esperar tanto para dártelo.

Jane sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Si te pones a llorar tendremos que bajar a calentar sopa — advirtió, riendo—, no puede malgastarse el ingrediente más especial.

Se abrazó a él con enorme ternura. Se sentía tan feliz que creía que su corazón no podría soportarlo. Las palabras de Margaret Travis resonaron en su cabeza:

«Si encuentras al verdadero amor de tu vida, no habrá nada en este mundo que pueda separaros. Ni siquiera la muerte».

Se apartó y lo miró a los ojos, limpiándose las lágrimas.

—Lee Seo Joon, eres el hombre de mi vida y quiero que me prometas ahora mismo que jamás te morirás.

Seo Joon sonrió con ternura.

—Te vaticino una larga vida a mi lado —aseguró—. En eso la genética también ha sido muy generosa con los hombres Lee.

Jane lo empujó, haciéndolo caer sobre la cama, y selló con sus labios aquella dulce promesa.



Fragmento de: Tu voz bajo la lluvia

Capítulo 1

Henry Lockford, conde de Lockfordshire, tenía la mirada clavada en el papel que había dejado sobre su escritorio con gesto irritado. Sus ojos parecían concentrados en que el conjuro infantil que elucubraba su mente hiciese prender el papel con una poderosa llamarada. ¿Casarse con un granjero? ¡Era la hermana de su padre! ¿Cómo se le había ocurrido aquella idea tan absurda?

Volvió a coger la carta con las manos crispadas y leyó el último párrafo con la voz de su tía resonando en su cerebro:

«...Espero que tú, al menos, apoyes mi decisión, ya que siempre me has tenido a tu lado en todo. Ya he cumplido los

cincuenta y el destino ha querido ser magnánimo conmigo dándome una última oportunidad de ser amada. He tenido una vida gris y solitaria y ahora se me presenta la oportunidad de disfrutar de una familia propia y dos personas que me aman.

Haz tú mismo el anuncio a mi cuñada y al resto de la familia.

La boda se celebrará aquí, en Surley y, por supuesto, considérate invitado...».

—¡Un granjero! —gritó—. ¡Un maldito granjero!

Burton Collier lo miraba en silencio y sin expresión alguna, esperando a que tuviera a bien explicarle lo que sucedía. Como buen secretario se mantenía siempre a la expectativa sin mostrar curiosidad ni interés por temas que no estuviesen estrictamente relacionados con las propiedades y negocios del conde. Y aquella carta de su tía y madrina era absolutamente personal, así que no movió un músculo y no dijo una palabra.

Henry seguía dándole vueltas al contenido de la carta y su rostro sí mostraba gran preocupación. No tenía a su tía por una majareta,

al contrario, siempre pensó que era el miembro más inteligente y centrado de la familia. Su carácter sosegado y meditabundo había hecho que la considerase siempre su principal consejera. Cuando era demasiado joven para sostener el título de conde ella era la persona en la que más confiaba a la hora de tomar decisiones importantes. Al contrario de lo que le ocurría con su propia madre.

Dejó la carta sobre el escritorio y se levantó para pasear por el despacho. Eso siempre lo relajaba, estar en movimiento lo ayudaba a pensar. Estaba claro que su tía Faith estaba pasando por un mal momento. Dejar que viviese sola en Surley no había sido la mejor solución por mucho que su madre se alegrara de tenerla lejos. No debería haber aceptado. A saber qué clase de malas artes habría utilizado ese Nicholas Doughty para llegar al punto de atreverse a pedirle matrimonio.

—Te quedas a cargo de todo —dijo, mirando a Burton con expresión decidida—. Me voy a Surley y no sé cuántos días tardaré en volver, pero no regresaré hasta que lo haya solucionado.

Su secretario lo vio salir del despacho y soltó el aire que se había acumulado en sus pulmones. Se levantó para coger la carta de lady Faith Lockford y la leyó rápidamente. Claro, ahora entendía el disgusto del conde. La hermana de su padre casada con un simple granjero. ¿Cómo iba a tolerarlo? Torció una sonrisa irónica. Ya había cumplido los treinta y llevaba demasiado tiempo viviendo en un mundo que no era el suyo. Ser el secretario del conde de Lockfordshire le permitía codearse con la clase alta, pero sin que por un solo instante le dejasen sentirse parte de ella. Había vivido innumerables situaciones ejemplarizantes con las que lo mantenían en su sitio. Al principio algunas de esas «situaciones» le resultaron tan amargas y duras como para hacerlo llorar de rabia y frustración en la soledad de su habitación. Pero después de ocho años sabía muy bien cuál era su sitio y nunca se dejaba engatusar por la familiaridad con la que lo trataban en algunos momentos. Sabía que en cuanto bajase la guardia le darían una patada para enviarlo al lugar que le correspondía, así que prefería mantenerse él mismo en su sitio y evitar un puntapié innecesario.

Por eso entendía bien la situación, lady Lockford había traspasado una línea prohibida y su sobrino, el conde, no iba a permitírselo. De ningún modo.

A muchas millas de allí, en Surley, Nicholas Doughty paseaba con su hija por el paraje de las hadas, un lugar mágico cuyas leyendas se remontaban a más de setecientos años. Esas tierras pertenecían a Faith Lockford y el bosque de hayas que lo rodeaba era de los más bellos de Inglaterra. Al menos eso decían los Doughty, que habían sido dueños de ese lugar durante varios siglos hasta que el abuelo de Nicholas jugó una nefasta partida de cartas con el entonces conde de Lockfordshire. Stuart Doughty se quedó con una pequeña porción de tierra en la que construyó una granja que sus herederos fueron ampliando y mejorando con el tiempo. Ahora podría decirse que la granja Doughty contaba con una casa solariega que nada tenía que envidiar a otras aparentemente más lujosas.

Aunque el paraje de las hadas era propiedad de Faith Lockford, padre e hija seguían paseando por allí todos los sábados por la mañana en una cita ineludible establecida desde que ella era una niña. Grace se agarraba al brazo de su padre y de vez en cuando apretaba la mejilla contra ese brazo en un claro signo de afecto. Nicholas sonreía entonces y sentía una cálida sensación que invadía su cuerpo. La sensación de haber hecho las cosas bien a pesar de no contar con la ayuda inestimable de su amada esposa.

Recordar a la madre de Grace fue inevitable en un momento como aquel. Su pérdida había sido el dolor más grande que jamás sintió y había tardado años en conseguir que su recuerdo dejase de retorcerle las entrañas y cortarle la respiración. Su marcha fue tan imprevista y fulminante que dinamitó su autocontrol y resistencia, haciéndolo salir despavorido de la casa y correr hasta ese lugar que tanto había significado para ellos. Una vez en aquel paraje gritó como un poseso. Quería saber por qué no lo habían prevenido, por qué el hada de la muerte no había anunciado la tragedia para que así pudiese prepararse. No obtuvo respuesta alguna. Jamás vio a

ninguna de las cuatro hadas, ni cuando se enamoró ni cuando Emma murió. Para él aquellas hadas no existían.

Según la leyenda que había sido transmitida de padres a hijos, generación tras generación, había cuatro hadas y se distinguían por el color de sus alas. La roja prevenía de una guerra. Solía deslizarse sobre la hierba, yendo de un lado a otro de manera caótica, y emitía un sonido parecido al que producen las chispas del pedernal. La verde era el hada de la paz y la serenidad. Solía volar ligera entre las ramas de los árboles de manera que solo un avisado observador podía verla aletear unas milésimas de segundo entre sus hojas antes de desaparecer. La blanca anunciaba el amor y solía aparecerse de manera intempestiva, después de una tormenta o al anochecer. Era pequeña como una mariposa y apenas se dejaba ver un instante. Y la más temida, la negra, presagiaba la muerte. Se quedaba inmóvil, lo bastante cerca para ser vista, pero no lo suficiente para ser alcanzada.

—He invitado a Faith a comer —anunció a su hija, despojándose de sus pensamientos.

Grace lo miró expectante y con un brillo especial en los ojos.

—¿Se lo has pedido, papá?

Nicholas tenía los ojos brillantes y una expresión entre asustada y temerosa.

—¿De verdad no te importa? No quiero que pienses que he olvidado a tu madre. Emma estará siempre en mi corazón y quiero que sepas que jamás...

—Papá —lo interrumpió, poniendo una mano en su brazo—, ya hemos hablado de esto y te dije que tienes mi aprobación, aunque no la necesites. Quiero muchísimo a Faith, es buena, dulce y comprensiva. He visto cómo te mira y está claro que te adora. Sé que tú también la quieres y eso me hace muy feliz. Estoy segura de que mamá se alegraría por nosotros.

Su padre se limpió una furtiva lágrima y soltó el aire de golpe.

—No se quedará tranquila hasta que hables con ella —confesó—. Yo le dije que estarías encantada con la idea, pero insiste en que quiere oírtelo decir a ti.

Grace se llevó instintivamente la mano al broche con forma de lazo, recuerdo de su madre, que llevaba siempre en la solapa.

—Pues volvamos a casa y solucionemos esto cuanto antes. Estoy deseando tener una familia como Dios manda.

—¡Oye! —exclamó su padre fingiendo ofenderse—. Nosotros somos una familia.

La joven lo cogió del brazo e iniciaron el camino de regreso a casa.

—Será muy agradable tener a alguien con quien hablar de cosas de mujeres.

—Pensaba que te gustaba hablar conmigo.

—Y me gusta —confirmó su hija—, pero odias que te hable de telas y no soportas que te cuente las novelas románticas que leo.

Exageró un suspiro largo y sonoro y su padre soltó una carcajada después de mirarla sorprendido.

—Os he oído hablar y casi nunca lo hacéis sobre esa clase de cosas que se consideran femeninas. El otro día discutíais sobre una de las obras de Mary Wollstonecraft: «Vindicación de los derechos

de la mujer», y me parece que no tiene nada que ver con esas novelitas románticas de las que hablas.

—Esas novelas son un entretenimiento muy divertido, papá. Faith tiene unas cuantas en su librería. Son muy interesantes, deberías leer alguna. Me sorprende lo mucho que se desmayan esas pobres chicas de la alta sociedad. Menos mal que siempre tienen un sofá cerca para recostarse o a un guapo galán para sostenerlas. Si eso me ocurriese a mí, podría caer encima de un montón de excrementos. Lo que no sería nada romántico, ¿no crees? Faith se rio mucho cuando se lo comenté.

La expresión de Nicholas se dulcificó al pensar en la contagiosa risa de su futura esposa. Era el sonido más agradable del mundo.

—Pues ella debería poder explicarte si eso que cuentan las novelas es veraz. Ha sido hija, hermana y ahora tía de condes de Lockfordshire, así que debería haber visto a muchas damas languidecer.

—Algunos desmayos me ha contado. Es muy divertida relatando anécdotas —confirmó Grace.

—Lo es, sin duda, su fina ironía es capaz de hacerte reír varios segundos después de haber lanzado un afilado comentario que en un primer momento te pasó desapercibido. Tiene un don para eso.

—Y para muchas otras cosas —dijo su hija apretando la mejilla contra su brazo—. He visto cómo es capaz de descubrir lo que te pasa antes de que tú mismo te hayas percatado de que estás preocupado por algo y cómo sabe hacerte hablar de ello.

—Tienes razón —reconoció Nicholas, divertido—, es una bruja adorable.

La joven le dio una pequeña palmada en el hombro y lo miró con severidad.

—No digas eso, no hay nada «adorable» en una bruja.

—Digamos que es un hada entonces.

—Un hada blanca —afirmó Grace y su padre asintió.

Faith abrazó a Grace, con lágrimas en los ojos, después de que la joven le asegurarse lo inmensamente feliz que le hacía que se casara con su padre. Estaban tomando el postre en el saloncito al que se retiraban tras la comida siempre que comían juntos.

—Quería oírte decir —dijo Faith apartándose para mirarla través de las lágrimas—. En estos dos años he aprendido a quererte como a una hija, Grace. Gracias a ti conocí a tu padre, el hombre más maravilloso que hay sobre la tierra, y tuve la fortuna de que pusiera sus ojos en mí.

—¡Oh, Dios Santo! —exclamó Nicholas poniendo los ojos en blanco—. Si seguís con esto me marchó con los animales.

Las dos mujeres se echaron a reír y Faith se deshizo de las lágrimas dispuesta a no incomodarlo más.

—¿Ya habéis pensado en la ceremonia? —preguntó Grace con curiosidad.

—Queremos algo sencillo. Le he escrito a mi sobrino y me temo que no tardará en venir a «visitarme». Es un muchacho muy responsable. Demasiado, diría yo.

—Es conde desde muy joven —apuntó Nicholas.

Faith asintió.

—Mi hermano murió demasiado pronto, Henry solo tenía dieciséis años entonces y su madre puso sobre él toda la

responsabilidad de su título y su familia. Rebecca es una mujer dominante y manipuladora que haría cualquier cosa por mantener su estatus dentro de la sociedad. No sé lo que vio mi hermano en ella... —Hizo un gesto como si se librara de aquella actitud crítica, apartándola de su mente—. Henry es un hombre maravilloso y su madre debería haberlo querido un poco más y haberle exigido bastante menos.

—Por suerte te tuvo a ti a su lado en aquellos momentos.

—Sí. A veces me he arrepentido de dejarlo, pero la situación con Rebecca era ya insostenible. Debía escoger entre marcharme o matarla y ya sabéis que no soy nada violenta.



Terminó de cepillar al señor Rafferty y le palmeó el lomo con cariño antes de salir de su cubículo y cerrar la puerta tras ella. Mientras guardaba los utensilios que había utilizado para su tarea no pudo dejar de pensar en el sobrino de Faith. Claro que no le hacía

ninguna gracia que su tía se casara con un granjero. Lo imaginó estirado y pretencioso, pavoneándose por la corte de su majestad, el rey Guillermo, y hablando a sus amigos, con voz afectada, sobre la terrible decisión de su tía.

Salió de las cuadras dispuesta a dar su paseo diario y el frío le acarició el rostro. Aspiró profundamente para llenarse los pulmones de aquel aire que conocía tan bien y que le hablaba de hierba húmeda y tierra mojada. No podía imaginar un lugar mejor para vivir, por ella el conde podía olvidarse de Surley y dejarlos en paz.

—Vamos, señorita Sami, ¿siempre te tienes que quedar rezagada?

La oveja la miró con expresión indiferente mientras rumiaba algo de comida moviendo la mandíbula mecánicamente.

—Tú misma, el señor Whaley y yo seguiremos con nuestro paseo y te dejaremos aquí sola. —El perro, un *border collie* de siete años, se acercó a ella como si quisiera corroborar su amenaza y juntos reanudaron el paseo ante la fija mirada de la oveja.

Grace sonrió sin darse la vuelta al escuchar las características pisadas del ovino y siguieron su paseo por el sendero que acababa en Loderhill sin más interrupciones. Como su intención no era visitar a los Somers, al llegar a la bifurcación tomaron el ramal que llevaba hasta el paraje de las hadas atravesando el bosque. El viento ululaba y el aire olía a lluvia, por eso la señorita Sami se mostraba reticente a adentrarse en el bosque. El señor Whaley regresó sobre sus pasos y la azuzó un poquito para que tuviera claro que allí la que mandaba era Grace, que estaba decidida a terminar el paseo como todos los días.

—Te estás volviendo una holgazana —dijo Grace caminando con paso ligero—. Si por ti fuera no saldrías de la granja.

El señor Whaley ladró para confirmar que estaba de acuerdo y la oveja desvió la mirada con cierto hartazgo. Cuando llegaron al paraje de las hadas los dos animales se alejaron de su amiga humana y trotaron juguetones, olvidando las rencillas del camino. Grace entornó los ojos para identificar la figura que permanecía

erguida junto a su caballo y con la mirada fija en los campos de cultivo.

Era un caballero, de eso no había duda, ninguno de los granjeros o campesinos de por allí se vestiría así para dar un paseo. Así que solo podía tratarse del conde. Pensó en darse la vuelta, su padre siempre decía que era tan silenciosa que parecía que caminase de puntillas. El sobrino de Faith ni se enteraría de que había estado allí. Se mordió el labio al ver que la señorita Sami acababa de delatar su presencia acercándose a él con claras intenciones de morderle los zapatos. Estaba claro que esa oveja no poseía el don de la oportunidad.

—Buenos días —dijo a una prudencial distancia.

El hombre se dio la vuelta lentamente y la miró de arriba abajo con expresión inquisitiva.

—Imagino que usted es la señorita Grace Doughty —respondió con voz profunda.

Grace frunció el ceño ante el escrutinio tan poco caballeroso al que la había sometido. Pero no pudo dejar de reconocer que su

aspecto físico era impresionante. Sabía que tenía veinticinco años y Faith le había dicho que era bien parecido. Pero esa descripción no la había preparado para su porte regio, un cuerpo que bien podría haber escupido un artista griego y aquella mirada dura en un rostro, más propio de un dios pagano que de un conde...

—Soy Henry Lockford.

—¿Cómo ha sabido quién soy?

Él señaló la oveja y el perro que correteaban ajenos a su conversación.

—Mi tía me habló de usted... y de ellos.

Grace profundizó las arrugas de su entrecejo. ¿Eso que escuchaba en su tono era una crítica?

—Falta un caballo —añadió el conde con ironía.

—Le presento a la señorita Sami y el señor Whaley —dijo altanera—. Si nos visita en la granja le presentaré también al señor Rafferty...

—Su caballo. —De nuevo aquel tono burlón.

—¿Es que acaso su caballo no tiene nombre?

Henry miró al animal y levantó una ceja antes de responder.

—Sí, se llama Duende, a secas. No hace falta que utilice ningún tratamiento con él.

El caballo levantó las orejas y lo miró expectante.

—Un nombre un poco extraño para un caballo, ¿no cree, señor conde?

—¿Duende le parece extraño?

Si seguía sonriendo así, acabaría con un buen mordisco del señor Whaley.

—La persona que me lo proporcionó lo llamaba así y me pareció innecesario cambiárselo. Y prefiero señor Lockford, si no le importa.

—¿Por qué? ¿No le gusta que le recuerden que es usted conde?

Henry entornó los ojos ligeramente y a Grace le pareció que contenía una sonrisa. Estaba claro que quería mostrarse distante y digno con ella, supuso que no estaba de acuerdo con el compromiso de su tía con un simple granjero. Debía de ser muy difícil ser él con toda aquella pose digna y seria y las obligaciones de un conde...

—Me alegra mucho conocer al fin al sobrino de Faith, siempre habla maravillas de usted.

¿Faith? Henry insufló aire en sus pulmones muy despacio por la nariz y después lo soltó también lentamente. Al parecer la relación entre su tía y esa granjera era más estrecha de lo que sería deseable. La joven tenía un aspecto un poco asilvestrado con su larga melena pelirroja y rizada ondeando al viento y aquella chaqueta de lana tan grande que hacía que pareciera más pequeña de lo que era. Su mirada azul resultaba excesivamente franca y la sonrisa que bailaba en sus generosos labios más parecía la de una niña que la de una señorita.

—Yo no conocía su existencia ni la de su padre hasta que recibí la carta de mi tía en la que me hablaba de su próximo matrimonio.

«Vale, no le gusta nada la idea. Ya lo suponíamos, Faith nos lo describió muy bien. No importa, en el momento en el que conozca a mi padre caerá rendido a sus pies. No hay nadie que pueda resistirse a los encantos de Nicholas Doughty, solo hay que tener paciencia y no crear discordia».

—¿Tiene algo contra los granjeros? —dijo en voz alta, contradiciendo sus pensamientos—. Ya sé que es usted conde y supongo que para alguien de su clase un hombre como mi padre no es el candidato perfecto para casarse con su tía, pero sepa que se aman y creo que eso debería bastarle.

—No lo niego —respondió sincero—, y entiendo que para alguien como usted ese detalle parezca de suma importancia, pero...

—¿Ese detalle? —lo interrumpió—. ¿Se refiere al hecho de que se amen como un «detalle»? ¿Qué puede haber más importante que eso para que se lleve a cabo un matrimonio?

Henry Lockford siguió mirándola sin inmutarse.

—¿Quiere que enumere todas y cada una de las cuestiones que superan en importancia a esa que usted ha mencionado?

Grace lo miró burlona. ¿Quién necesita tantas palabras para hacer una simple pregunta?

—Por favor, ilustre a esta pobre palurda.

—No pretendía...

—Tranquilo, no me ofendo con facilidad. Adelante, enumere, enumere.

—Mantengo esta conversación con usted porque necesito un aliado en este asunto tan delicado. Es evidente que tiene una relación de confianza con mi tía y también estoy seguro de que puede influir beneficiosamente sobre su padre —aclaró—. El factor más importante para un matrimonio ha de ser la idoneidad de los contrayentes. Y en esa idoneidad va incluido el pertenecer a la misma clase, aunque no sea el único dato a tener en cuenta. También está la relación de sus familias, la historia que los precede, el que sean mínimamente compatibles...

—¿Mínimamente compatibles? —lo interrumpió sin poder contenerse.

—Cualquier relación resulta más sencilla si los involucrados tienen algo en común.

—Dios Santo... —murmuró Grace sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Me parece aterradora la idea que usted

tiene del matrimonio, señor Lockford, y compadezco a la mujer que tenga a bien ser honrada con su elección.

Henry la miró con ojos impenetrables. Era uno de los solteros más cotizados de Inglaterra y no era que ese dato le importase, pero el modo en el que había dicho «su elección» le había molestado lo suficiente como para hacerle pensar en ello.

—De todos modos —dijo Grace continuando con su verborrea—, no somos nosotros los que tenemos que decidir eso. Su tía y mi padre son perfectamente capaces de tomar sus propias decisiones. Confieso que no es usted como me lo había imaginado. Esperaba a alguien más... divertido. Faith tiene un humor muy irónico que me hace...

—No creo que esa característica sea la más importante en mi tía —la cortó sin dejar aquella expresión severa—. Hay cosas más relevantes para una dama que el hecho de ser «divertida».

«Definitivamente, es usted un triste, señor Lockford», pensó Grace.

Una gota cayó en la nariz del conde y este la limpió de manera mecánica.

—Deberíamos irnos, ha empezado a llover. —Se giró dispuesto a subirse al caballo, pero pareció pensarlo mejor y la miró de nuevo—. ¿Está lejos la granja de su padre? Puedo llevarla...

Ella sonrió, divertida. ¿Cómo pensaba que había sobrevivido los últimos diecinueve años? Igual creía que era la primera vez que se mojaba.

—Tranquilo, nosotros nos refugiaremos en una de las cuevas hasta que amaine.

Henry frunció el ceño con preocupación.

—Debería darse prisa en marcharse, en un momento estará diluviando.

Grace no esperó respuesta y echó a correr hacia las rocas, seguida por los dos animales y ante la atenta mirada de Henry. Tal y como había predicho la joven, un manto de agua cayó sobre él una vez subió al caballo y en un acto reflejo sacudió las riendas del animal y fue tras ella.

La cueva era lo bastante grande para todos, aunque solo constaba de una gran sala no muy profunda. Durante unos minutos se limitaron a contemplar la cortina de agua que caía frente a ellos.

—No se preocupe por mi padre —dijo Grace, que ya había estado demasiado tiempo callada—. Es un hombre maravilloso y quiere muchísimo a Faith. Y yo también la quiero, jamás haríamos nada que la perjudicase. Mi madre murió cuando yo era un bebé, así que no la recuerdo. Siempre he vivido con mi padre y lo adoro, pero tener a Faith ha sido un regalo muy valioso que nada tiene que ver con su posición económica. —Lo miró con ojos claros y transparentes—. No queremos nada de lo que tiene, señor conde, pero la queremos a ella.

Henry no dijo nada y siguió contemplando la lluvia. Grace observó su perfil perfectamente dibujado y pensó que así debían ser los caballeros de los que hablaban los libros románticos. Solo que más amables y encantadores.

—Sé que tiene dos hermanas, Larissa y Maggie —comentó, tratando de encontrar un tema sin aristas—. Faith me habló de ellas.

El rostro de Henry se distendió ligeramente, aunque no lo bastante para considerar aquel sutil gesto una sonrisa. Aun así, Grace comprendió que sentía un gran afecto por ellas.

—Imagino que tener a una tía como Faith debe ser maravilloso. Aunque también tienen a su madre... —Se giró para mirar la lluvia también y se llevó la mano al broche sin darse cuenta. Sus pensamientos se oscurecieron—. Yo siempre he imaginado a mi madre como una mujer dulce y paciente que no se enfadaría conmigo cuando me viese aparecer empapada por haber estado paseando bajo la lluvia. Cuando era niña cerraba los ojos e imaginaba que enroscaba mis rizos en sus dedos mientras me contaba un cuento. Casi podía sentir el roce de sus labios en mi mejilla. —Dejó ver una enorme sonrisa—. Mi padre me ha hablado tanto de ella que es como si hubiese estado presente en todos esos recuerdos. Pero no lo estaba. Por eso Faith es tan importante para mí.

—Perdí a mi padre a los dieciséis años —dijo Henry de forma inesperada—. Creo que sé a lo que se refiere.

Grace lo miró sorprendida, pero no dijo nada al respecto. Estaba claro que al conde no le gustaba mucho hablar y, al ver cómo se marcaba su mandíbula bajo la piel, supo que ya se había arrepentido de aquel espontáneo comentario.